



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN**

Nosotros, **JOSÉ MIGUEL GRANJA NÚÑEZ, CC: 1713673869** y **ANDRÉS FABIÁN PARRA SOTALIN, CC: 1717912560**, autores del trabajo de graduación intitulado: **“ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LAS EXPRESIONES PSICÓTICAS: FORMULACIONES PARA UN PROYECTO. Taller de escritura realizado en el Hospital Psiquiátrico Julio Endara en el segundo semestre del año 2012”**., previa a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGOS CLÍNICOS**, en la Facultad de **Psicología**

1.- Declaramos tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizamos a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE, el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, septiembre 2013

*José Miguel Granja*

**JOSÉ MIGUEL GRANJA NÚÑEZ, CC: 1713673869**

*Andrés Fabián Parra Sotalin*

**ANDRÉS FABIÁN PARRA SOTALIN**

**CC: 1717912560**

PONTIFICA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE  
PSICÓLOGO CLÍNICO

**“ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LAS EXPRESIONES  
PSICÓTICAS: FORMULACIONES PARA UN PROYECTO.**

**TALLER DE ESCRITURA REALIZADO EN EL HOSPITAL  
PSIQUIÁTRICO JULIO ENDARA EN EL SEGUNDO SEMESTRE  
DEL AÑO 2012”**

REALIZADA POR:

JOSÉ MIGUEL GRANJA  
ANDRÉS FABIÁN PARRA

DIRECTORA:

DRA. MARIE-ASTRID DUPRET

QUITO, SEPTIEMBRE DE 2013

*Agradecemos a Astrid Dupret,  
al Hospital Psiquiátrico Julio Endara,  
a los participantes del “Taller de escritura” y  
a todos quienes aportaron a esta investigación*

# ÍNDICE

Resumen .....	1
Introducción .....	2
1. Teoría psicoanalítica de la psicosis .....	5
1.1. Introducción de la psicosis.....	5
1.1.1. La confusión alucinatoria .....	6
1.1.2. La paranoia .....	7
1.2. Schreber .....	10
1.2.1. Historial clínico .....	10
1.2.2. Fantasía de deseo homosexual y complejo paterno .....	12
1.2.3. Represión, proyección e intento de restitución .....	13
1.3. Introducción del narcisismo .....	18
1.3.1. Las parafrenias .....	19
1.3.2. La melancolía y la manía .....	24
1.4. El ello, el yo y el superyó .....	28
1.4.1. Estructuración psíquica.....	28
1.4.2. La dualidad de la psicosis .....	32
1.4.3. Neurosis y psicosis .....	34
1.5. Lacan y la psicosis.....	38
1.5.1. El narcisismo y el estadio del espejo .....	39
1.5.2. La castración y el falo .....	41
1.5.3. De la «Verwerfung» a la forclusión del Nombre-del-Padre.....	44
1.5.4. El goce y la psicosis.....	49
2. Escritura y psicosis.....	52
2.1. La escritura .....	52
2.1.1. Intentos de definición .....	53
2.1.2. Expresión .....	56
2.1.3. Situación de la escritura y de lo escrito .....	59
2.2. La escritura en psicoanálisis.....	64
2.2.1. La escritura del inconsciente.....	64
2.2.2. La instancia de la letra .....	66
2.2.3. Lituratierra .....	70

2.3. Algunas características de la escritura en la psicosis .....	72
2.3.1. La letra en la esquizofrenia .....	72
2.3.2. Las funciones de letra en la psicosis .....	76
2.3.3. El discurso y la holofrase .....	80
3. La escritura en taller .....	84
3.1. El “Taller de escritura” .....	84
3.1.1. Los «ateliers d’écriture» .....	85
3.1.2. Motivo.....	87
3.1.3. Metodología .....	89
3.1.4. Experiencia .....	91
3.2. Un “caso de taller” .....	93
3.2.1. Historia clínica.....	94
3.2.2. Historia de B.....	96
3.2.3. Características generales de la participación .....	100
3.2.4. Características generales de los escritos .....	102
3.2.5. Intentos de interpretación.....	104
3.3. ¿Escritura psicótica? .....	109
3.3.1. No hay un “escrito psicótico” .....	109
3.3.2. Las funciones de la escritura en la psicosis.....	111
Conclusiones .....	117
Recomendaciones .....	121
Bibliografía.....	122
Anexos.....	iii

## RESUMEN

La presente disertación aborda la relación entre la estructura psicótica y la escritura. La primera parte se ocupa del recorrido freudiano en el campo de la psicosis, y de los principales aportes teóricos de Lacan respecto a esta estructura. A continuación, se incluye una articulación entre Lingüística estructural y Psicoanálisis, con el objetivo de precisar las nociones de escritura, escrito, significante y letra, ponerlas en relación y establecer algunas características de la escritura en la psicosis. Seguidamente, se trabajan los aspectos teóricos y metodológicos de un “Taller de escritura”, construido en el Hospital Psiquiátrico Julio Endara. Finalmente, se incluye un intento de análisis de un “caso de taller”, en vías de dar una conclusión a la hipótesis que dirige la investigación: *Existe una relación particular entre la estructura psicótica y la escritura, y el “Taller de escritura permite” un acercamiento a las características de dicha relación así como a sus posibles efectos.*

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo surge del interés por investigar el campo de las psicosis, bajo la suposición de un saber allí. Dicho interés nos llevó a realizar prácticas pre profesionales en el Hospital Psiquiátrico Julio Endara, hospital público de la ciudad de Quito. Una vez allí, tuvimos la necesidad de crear y recrear herramientas, técnicas y métodos para movilizar algún trabajo con los pacientes, trabajo que tenía como fin último el ejercicio de la palabra y la escucha. En estas condiciones surge el esbozo de lo que llegaría a constituirse como el “Taller de escritura”. Este espacio, si bien está inspirado en el texto *Écritures de la psychose* de Bernard Cadoux, fue construyéndose en su proceso, el mismo que confluye en la presente investigación.

Partimos de la siguiente premisa: “en la sociedad quiteña se percibe una falta de apelación a la fuerza constructiva que puede desprenderse de un proceso psicótico”. Esto se evidencia en una carencia de métodos y herramientas para el desarrollo de dicha fuerza que, por lo demás, podría ser dirigida hacia una terapéutica. Por otro lado, el tratamiento que los pacientes psicóticos reciben de la atención médica pública quiteña está restringido a consideraciones orgánicas, funcionales, cognitivas y conductuales, muchas veces dejando de lado aquellas que implican a lo psíquico. En nuestra experiencia la demanda de escucha fue reiterativa por parte de algunos pacientes. La audición que se les presta regularmente está enfocada a la remisión del síntoma mediante la toma de conciencia de la enfermedad y la adherencia al tratamiento psicofarmacológico. En estas condiciones, la emergencia de un posible sentido del síntoma se ve (de)limitada.

Por otro parte, desde sus inicios, el psicoanálisis interrogó el campo de las psicosis. De este acercamiento se han desprendido valiosos descubrimientos y aportes que no se restringen a la estructura clínica en cuestión, sino que conciernen a la constitución de todo ser hablante. Tanto en la psicología clínica como en el psicoanálisis las psicosis se proponen como un campo abierto a la investigación de nuevas consideraciones sobre lo psíquico y de posibles tratamientos.

Maleval (2002) recalca que desde los orígenes de los estudios psiquiátricos se destaca una relación particular entre los psicóticos y el lenguaje. También, ha sido bien conocida y documentada la propensión de muchos psicóticos al ejercicio de trabajos de escritura. Los estudios emprendidos en esta vía han sido fructíferos, empero la cuestión está lejos de agotarse. La relación entre la escritura y las psicosis se presenta aún como un desafío clínico e investigativo respecto a su teoría, su puesta en práctica y a sus efectos.

El objeto de nuestra investigación es la relación entre la escritura y la estructura psicótica. Partimos de la hipótesis siguiente: *Existe una relación particular entre la estructura psicótica y la escritura, y el “Taller de escritura permite” un acercamiento a las características de dicha relación así como a sus posibles efectos.* Trabajaremos las características de las expresiones encontradas en las psicosis para articularlas con la lectura de los trabajos que se producen en el taller, guiados siempre por la pregunta por dicha relación. Para tal efecto, hemos trabajado lo siguiente: el concepto de estructura psicótica en la teoría psicoanalítica, el concepto de escritura en una articulación entre la teoría psicoanalítica y la lingüística estructural, la relación teórica entre la escritura y las psicosis, y los aspectos teóricos, metodológicos y técnicos del taller de escritura que hemos construido.

El primer año de la investigación se dedicó a la puesta en práctica del taller. Este fue realizado en el Área clínica psiquiátrica del Hospital Psiquiátrico Julio Endara durante el segundo semestre del año 2012 y el primer cuatrimestre del año 2013; empero hemos tomado en cuenta solamente la experiencia y los trabajos del primer periodo, pues al cabo de este iniciamos la redacción de la presente disertación. A la par, se emprendió el estudio teórico que sirvió de base para la lectura de las expresiones surgidas en el taller. Se seleccionó un conjunto de escritos para trabajar algunos de los elementos estudiados y profundizar en la relación psicosis - escritura. Finalmente, realizamos un intento de análisis de un “caso de taller”. Aplicamos una evaluación objetiva de los escritos de un paciente y de su participación dentro del taller. Estas dos categorías —escritos y participación— consisten las variables implicadas en la hipótesis; los indicadores correspondientes fueron estructurados en dos fichas diseñadas para la evaluación. No obstante, nos fue necesario hacer una aproximación a la historia del paciente a través de una serie de entrevistas clínicas y de una lectura de los registros de “Historia clínica” que conserva el Hospital.

Este estudio no trata sobre “las psicosis” en términos de diagnóstico nosológico, sea del campo de la psiquiatría o los de las psicologías. Trabajamos el término psicosis enmarcados en la teoría psicoanalítica. Cabe señalar que en el curso de esta investigación nos referimos tanto a *las psicosis*, en plural, como a *la psicosis*, en singular. Entendemos por «*la psicosis*» a la estructura clínica efecto de la forclusión del Nombre-del-Padre y usamos el sintagma «*las psicosis*» porque consideramos que dentro de tal estructura clínica se encuentran variantes que presentan características particulares y que merecen un estudio específico. Subrayamos que esta disertación deja de lado aportes psicoanalíticos como la *topología de nudos*, la *pluralización de los nombres-del-padre*, el *sinthome* y la relación psicosis-transferencia. Reconocemos el valor indiscutible

de estas enseñanzas y la importancia que implica su estudio para un acercamiento a las psicosis, sin embargo, por motivos de extensión y complejidad no los hemos incluido en esta investigación. Asimismo, advertimos que no consideramos el valor estético de los trabajos escritos en el taller y que nuestra aproximación al concepto de escritura está restringida por la articulación teórica mencionada. Por ello, no abordaremos los estudios literarios ni grafológicos sobre la escritura.

De la puesta en práctica del taller y de la investigación teórica se desprende que existe una relación particular entre la estructura psicótica y la escritura. También evidenciamos que el taller de escritura permite un acercamiento a las características de dicha relación. Mas, lo que se nos impone como fundamental es que esta relación únicamente puede ser leída en el marco de lo que el espacio del taller ha producido y en el movimiento dirigido a lo particular de cada caso, inclusive, de cada escrito.

La presente disertación está dividida en tres capítulos. En el primero se trabajan los principales aportes de Freud en el campo de las psicosis: el narcisismo, la proyección, el complejo paterno, la castración, y las incidencias de la segunda tópica en la concepción de esta estructura. A la luz de las preguntas surgidas de esta lectura, se esboza el estudio de algunos conceptos lacanianos fundamentales en el abordaje de las psicosis: el estadio del espejo, la constitución del yo, el falo, la castración, la forclusión del Nombre-del-Padre y, finalmente, una breve referencia al concepto de goce.

En el segundo capítulo se trabaja la relación entre psicosis y escritura. Para esto, nos ocuparemos de las nociones de expresión, escritura, escrito y letra, a partir de la lingüística estructural. Ello nos permitirá acercarnos a los conceptos de escritura, significante y letra en el campo del psicoanálisis. Seguidamente, se abordan algunas características de la escritura en las psicosis, en un estudio que va de Freud a Lacan, pasando por otros autores tanto lingüistas como psicoanalistas.

La primera parte del tercer capítulo está dedicado a la descripción de los antecedentes y la metodología de taller de escritura. También haremos referencia a la experiencia de su puesta en práctica, a sus peculiaridades, a sus giros, a sus adaptaciones y a su enseñanza. Posteriormente, se presentará el proceso investigativo del “caso de taller”. Finalmente, volveremos sobre la hipótesis de la cuál hemos partido, para delimitar su alcance y precisar sus condiciones.

Es importante advertir que en la redacción del presente trabajo hemos utilizado el plural de la primera persona cada vez que considerábamos necesario enfatizar nuestro lugar ante la investigación —tanto teórica como práctica. Esto nos ha permitido hacer uso de la forma impersonal del singular de la tercera persona cuando ha sido suficiente considerar el valor objetivo de la teoría y de la experiencia.

# 1. TEORÍA PSICOANALÍTICA DE LA PSICOSIS

En este capítulo recorreremos los puntos fundamentales de aquello que se ha desarrollado en torno a la *psicosis* en la teoría psicoanalítica. Cabe señalar que la historia de la psicosis, en tanto concepto psicopatológico, es anterior al psicoanálisis. No obstante, es a partir de su práctica y teoría que Freud introdujo la cuestión del sujeto allí, separándose de las concepciones organogénicas de su época. Esta introducción, trabajada por Lacan hasta llegar a la conceptualización de aquello irreductible en la psicosis, será nuestro punto de partida. Por lo tanto, comenzaremos puntualizando las características y los mecanismos de la psicosis formulados por Freud desde sus primeros escritos hasta el análisis del caso de Schreber. Posteriormente, consagraremos un subcapítulo al estudio de este caso, tan fructífero y relevante para la teoría. En seguida, introduciremos el narcisismo como uno de los fundamentos de la psicosis. Después, trataremos las consecuencias de la articulación de la “segunda tópica” con lo ya elaborado. Por último, nos acercaremos a la elaboración lacaniana sobre la psicosis, en vías de dar una lectura de estructura a aquello que habremos recorrido de la Obra freudiana.

## 1.1. Introducción de la psicosis

El término psicosis fue introducido en 1845 por el médico vienés Ernst von Feuchtersleben. “En su origen, el término no se opuso al de neurosis, propuesto en 1777 por el escocés William Cullen” (Maleval, 1981, p. 257). Feuchtersleben, seguidor de las ideas de Philippe Pinel, subsumió bajo tal término a las patologías denominadas vesanias —estas fueron antes agrupadas por Pinel en una de cuatro clases de neurosis. La gran influencia de la psiquiatría alemana en Europa estableció el uso frecuente del término. No obstante, debido al descubrimiento de la base orgánica de algunas patologías que caían bajo la extensión del concepto, su especificidad se determinó por la referencia a una etiología orgánica, extendida a otras patologías psicóticas cuya organogénesis se suponía (Maleval, 1981, pp. 256-260). Ello terminó por relegar el concepto de neurosis a las patologías cuya etiología no podía ser ubicada en un órgano. Por lo tanto, la primera especificidad de la psicosis fue efecto de la diferenciación entre neurosis y psicosis y se fundamentó en factores etiológicos y no en factores clínicos.

En la década de 1890, los cuadros clínicos específicos de la psicosis estaban en vías de esquematización. Kraepelin, psiquiatra alemán, unificó sintomatologías del tipo de la paranoia, la esquizofrenia y la catatonia, bajo una misma entidad: *Dementia praecox*. Este establecimiento nosológico motivó a otros estudiosos de la época a trabajar en sus características y especificidad. En este contexto, Freud sometía a su *análisis psíquico* a personas que padecían síntomas cuya etiología no remitía a los órganos, para luego escribir lo que en ello descubría. Es posible decir que los primeros estudios de Freud sobre la psicosis intentaban devolverle su estatuto psíquico, retornando al origen del concepto; incluso pretendían explicarla con los mismos mecanismos descubiertos en las neurosis.

### 1.1.1. La confusión alucinatoria

En 1894 Freud publica *Las neuropsicosis de defensa*, texto en el que analiza los mecanismos psíquicos de tres grupos de síntomas: la histeria de conversión, las representaciones obsesivas y las fobias, y la psicosis alucinatoria<sup>1</sup>. Allí se encuentran las primeras teorizaciones sobre las neurosis. Su mecanismo giraría en torno a una *defensa* del yo contra representaciones intolerables que, clínicamente, parecen siempre proceder del terreno de la experiencia sexual. La voluntad intenta olvidar una representación inconciliable, pero ni ella ni el afecto a ella enlazado pueden desaparecer del todo. A cambio se efectúa una separación entre sus partes: la representación despojada del afecto queda debilitada, *aislada* de toda asociación; el afecto o bien es transformado en excitaciones somáticas (conversión: histeria), o bien se asocia falsamente con una representación no intolerable en sí, representación que deviene subrogado de la original (transporte del afecto: representación obsesiva y fobia). La imposibilidad de eliminar la representación inconciliable, incluso en su débil estado, determina la formación de un segundo grupo psíquico, de la que ella es núcleo.

La confusión alucinatoria, variante de la psicosis, es introducida en esta etapa de la teoría de las neurosis, no obstante, ya desde este momento se esboza una distinción importante:

En los dos casos considerados hasta ahora, [por un lado, histeria de conversión, y por otro, fobias y representaciones obsesivas] la defensa frente a la representación

---

<sup>1</sup> Cabe señalar que la voz alemana «*Psychoneurose*» es traducida al castellano tanto por «neuropsicosis» como por «psiconeurosis»; al francés se la traduce por «*psychonévrose*». En el *Diccionario del Psicoanálisis*, dirigido por Chemama y Vandermersch (2010, p. 546), se señala que este término es usado por Freud para nombrar distintas neurosis y algunas psicosis, en oposición a las *neurosis actuales* que, a diferencia de aquellas, no requieren tramitación psíquica de la tensión sexual. Esta distinción se abandonó con la introducción de la oposición neurosis-psicosis.

inconciliable acontecía mediante el divorcio entre ella y su afecto. Pero la representación, si bien debilitada y aislada {*isolieren*}, permanecía dentro de la conciencia. Ahora bien, existe una modalidad defensiva mucho más enérgica y exitosa, que consiste en que el yo desestima {*verwerfen*} la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido. Sólo que en el momento en que se ha conseguido esto, la persona se encuentra en una psicosis que no admite otra clasificación que «confusión alucinatoria». (Freud [1894b], p. 59)

Esta afección se establecería por una *desestimación*, o un *rechazo*<sup>2</sup>, que el yo hace de la representación insoportable, inseparable de un trozo de la realidad. Por ello, debe también rechazar parcial o totalmente la realidad y, consecuentemente, dar vida alucinatoria a sus propias representaciones (Freud [1894b], p. 60). Entonces, mientras que entre las formas de neurosis la diferencia que se establece reside en el modo de tramitación del afecto después de ser separado de la representación, la confusión alucinatoria se distingue de ellas en un tiempo anterior, a saber, en la defensa misma. En esta se *desestima* la representación y afecto juntos, en lugar del proceso de divorcio, aislamiento y tramitación. Por lo demás, ello resultaría en que la defensa de la confusión alucinatoria es *más enérgica y exitosa* que la de las otras patologías. Adicionalmente, queda establecido que, al menos en la psicosis alucinatoria, hay una ruptura total o parcial entre el yo y la realidad, quedando esta sustituida por representaciones propias del sujeto; ello será una característica importante de la psicosis freudiana, empero no quedará restringida a esta patología.

### 1.1.2. La paranoia

El 24 de enero de 1895 Freud remite a Fließ un texto conocido como *Manuscrito H*, subtulado *Paranoia*, donde la agrega al grupo de neurosis de defensa —grupo que ya incluía a la histeria, a la representación obsesiva, a la fobia y a la confusión alucinatoria. Allí, Freud [1895b] propone que “La paranoia tiene, por lo tanto, el propósito de combatir una representación ‘inconciliable’ con el yo por la vía de proyectar al mundo exterior el sumario de la causa” (p. 110). La idea delirante del paranoico se sustenta con fuerza igual a aquella con la que se combate una representación insoportable para el yo; representación que, junto con su afecto, es proyectada al mundo exterior, con fines defensivos. La *proyección* “normal” respondería al traslucimiento, por la vía de la expresión emocional, de aquello que se ubica como “interno”, proyección acompañada

---

<sup>2</sup> Luis López Ballesteros traduce el término alemán «*verwerfen*» por «rechazo» (Freud, [1894a], p. 175); mientras que, como vimos, Echeverri, basado en la traducción de Strachey, propone traducirlo por «desestimación» (Freud, [1894b], 59).

del delirio “normal” de ser notados. De acuerdo a Freud ([1895b], p. 110), este mecanismo es normal mientras se mantenga la conciencia de aquello “interno”, en tanto que la paranoia resultaría de su olvido. De modo que la representación insoportable y su afecto son tenidas por exteriores —volveremos sobre este punto (ver acápite 1.2.3.). En el mismo texto, se agrega sobre la confusión alucinatoria que el yo se *abstiene* de la representación inconciliable íntegra, es decir, afecto y contenido —antes se hablaba de *desestimación*. Entonces, la confusión alucinatoria se diferenciaría de la paranoia por cuanto en la primera faltaría en la conciencia la representación inconciliable íntegra y en la segunda se la conservaría, también íntegra, pero en condición de externa.

En dos textos de 1896 íntimamente relacionados, *Manuscrito K* —anexado a una carta remitida a Fließ el primero de enero del mismo año— y *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, se presentan nuevos aportes sobre la paranoia. Cabe señalar que entre estas obras y las antes citadas, Freud escribió *Proyecto de psicología* y publicó *Estudios sobre la histeria* —texto que venía trabajando desde 1893— por lo que tales aportes se ven condicionados por el contexto de la teoría de la seducción y el desarrollo de los conceptos de represión e inconsciente. En ambos textos, la paranoia es trabajada en analogía con la neurosis obsesiva; trataremos entonces de describir el mecanismo de esta última.

Primero, se registra una vivencia sexual primaria, ocurrida antes de la maduración sexual. Después, atravesada la pubertad, el recuerdo de tal vivencia se asocia a un reproche otrora ausente; ambos, recuerdo y reproche, son experimentados conscientemente. En seguida, la represión recae sobre el recuerdo y el reproche, a cambio de lo cual se forman los *síntomas defensivos primarios*: “Escrúpulos de la conciencia moral, desconfianza de sí mismo [...]” (Freud, [1896c], p. 170).

Se constituye, así, un estado de salud aparente, acompañado de tales síntomas primarios. “El período siguiente, el de la enfermedad, se singulariza por el *retorno de los recuerdos reprimidos*, vale decir, por el fracaso de la defensa [...]” (Freud, [1896c], p. 170). Retorna el reproche inalterado como conciencia de culpa pura, para luego asociarse al recuerdo que ha retornado doblemente desfigurado, a saber, en tiempo y contenido. De este modo se establecen las representaciones obsesivas, *síntomas del retorno de lo reprimido en formación de compromiso con lo represor*<sup>3</sup>. A continuación, el yo, con la ayuda del síntoma primario, deniega creencia a la representación obsesiva y la ubica como ajena, no obstante, su obligación no se puede levantar. Se instaura, así, la

---

<sup>3</sup> Aquello que en *Las neuropsicosis de defensa* se enuncia como *aislamiento* cae ahora bajo el concepto de *represión*; asimismo, lo que antes era *el segundo grupo psíquico* constituye ahora *lo reprimido* inconsciente. Además, destacamos que desde sus orígenes el concepto de represión implicaba también su contrapartida: *el retorno de lo reprimido*.

*defensa secundaria* del yo, cuyas medidas protectoras frente a las representaciones obsesivas determinan sus síntomas: compulsiones motoras o del pensamiento.

La paranoia se distinguiría de la neurosis obsesiva en tres puntos. Primero, en la medida en que en ella se *denegaría creencia* o se *reprimiría por proyección* el reproche inicial, mudando este en desconfianza hacia los otros. Segundo, en el período del retorno de lo reprimido y del fracaso de la defensa, por un lado, el contenido del recuerdo retornaría en forma de ocurrencias, alucinaciones visuales y sensoriales, deformadas solamente en tiempo, ya no en contenido. Por otro lado, “[...]los reproches reprimidos retornan como unos pensamientos enunciados en voz alta, para lo cual se ven forzados a consentir una doble desfiguración [...]”: son sustituidos por pensamientos asociados o disfrazados en modos vagos de expresión, y se refieren a experiencias recientes (Freud, [1896c], p. 184). Tercero, por la ausencia inicial de reproche, el yo no se opone a los síntomas del retorno, quedando avasallado por ellos. Por esto, “[...] se ve precisado a adecuarseles; así es como a los síntomas de la defensa secundaria en el caso de la neurosis obsesiva corresponde aquí la formación delirante combinatoria, el *deliro de interpretación*, que desemboca en la *alteración del yo*” (Freud [1896c], p. 184). Se lee entonces que es la ausencia del reproche el núcleo de esta diferenciación. Sea por denegación de creencia en él o por represión mediante proyección, en la paranoia el reproche no aparece sino como el retorno desde “afuera” de algo que nunca estuvo “dentro”.

Hasta 1896 este era el estado de la relación entre el psicoanálisis y las psicosis. Freud intentaba someterlas a la teoría de las neurosis, que estaba en desarrollo. Sin embargo, tanto con la confusión alucinatoria, como con la paranoia había algo que no se dejaba conquistar por una teoría general. Ora la defensa misma constituía un proceso distinto al descubierto en las neurosis, ora ciertos elementos, necesarios en la trama etiológica de estas, faltaban en aquellas. Es así cómo, habiendo dejado en suspenso su teorización respecto de la psicosis durante tres años, Freud [1899] anuncia esta problemática en una carta a Fließ, escrita el nueve de diciembre de 1899: “Ante mí se presenta como problema el de la «elección de neurosis». ¿Cuándo un hombre se vuelve histérico en lugar de paranoico?” (p. 427). En efecto, el problema de la elección de neurosis concierne las causas íntimas, específicas —incluso diferenciales— de cada psicopatología. Se diría que la *elección* es tomada, no por la consciencia ni el yo, sino por el aparato psíquico mismo, en su dinámica, en sus relaciones económicas y tópicas. Más adelante, en la misma carta, leemos aquello que prefigura el desarrollo posterior de la investigación freudiana sobre la psicosis. La paranoia, dice Freud ([1899], p.428), implica un retorno a la posición autoerótica infantil.

## 1.2. Schreber

En 1903, Daniel Paul Schreber, destacado jurista alemán, publica *Memorias de un enfermo nervioso*. En esta obra describe de forma aproximada las “concepciones religiosas” que le fueron “rebeladas” y relata la serie de “fenómenos sobrenaturales” de los que fue sede a partir de su enfermedad de los nervios (Schreber, [1903], pp. 53-54). La lectura de este texto llevó a Freud a publicar *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*, en 1911. Allí vuelve a trabajar sus concepciones sobre la paranoia, tras haberlas dejado en suspenso después de aquellos primeros trabajos y tras haberse dedicado al estudio de las formaciones del inconsciente, elaborar su teoría sexual y desarrollar la doctrina de la libido.

### 1.2.1. Historial clínico

Primero, Freud describe el historial clínico de Schreber, resumido a continuación: En 1884, a la edad de 42 años y tras haberse anunciado su candidatura a la cámara baja del Parlamento (Reichstag), Daniel Paul Schreber es internado en “Schloss Sonnenstein”, asilo público ubicado en Pirna. Después de unas cuantas semanas, es trasladado a la Clínica psiquiátrica de la Universidad de Leipzig. Allí es tratado durante siete meses por un “ataque de hipocondría grave”, según el director de la clínica en cuestión, el doctor Flechsig. Por la eficacia del tratamiento, Schreber desarrolla un significativo aprecio hacia la persona de Flechsig.

Tras su alta, a mediados de 1885, convive felizmente con su esposa durante ocho años, “[...] solo perturbados temporariamente por la reiterada frustración de la esperanza de recibir la bendición de los hijos” (Schreber, [1903], p. 83). En junio de 1893 es informado de su próxima designación como *Senatspräsident* del “Superior Tribunal” y en octubre del mismo año toma el cargo. Un mes y medio después, es internado nuevamente en la clínica de Leipzig, a partir de un episodio de insomnio. Allí, su estado de salud degeneró desde unas intensas ideas hipocondríacas, pasando por alucinaciones visuales y cenestésicas junto con ideas persecutorias, hasta la configuración de un cuadro de delirio persecutorio; cuadro en el que el doctor Flechsig interpretaba el papel de perseguidor. De acuerdo a Schreber, se tramaba un complot contra él: su alma sería entregada a Flechsig, a quien también sería dado su cuerpo, mudado en mujer, para que cometiera abuso sexual (Schreber, [1903], p. 98). Por esta

razón, Schreber acusaba a Flechsig de haber intentado asesinar su alma y lo increpaba con la palabra «almicida».

Después de siete meses de internación en Leipzig, es transferido a un asilo privado en Lindenhof y, en seguida, al asilo “Sonnenstein”, donde permanece ocho años. En la época alrededor del traslado, Schreber atestiguó un proceso de enormes dimensiones. “Las visiones relacionadas con la idea de un fin del mundo, de las cuales, como ya se mencionó tuve innumerables, eran en parte de carácter aterrador, pero también en parte de una indescriptible sublimidad” (Schreber, [1903]. p. 111). El ambiente tomó un aspecto cadavérico, las personas se mostraban como “hombres hechos a la ligera” y tuvo la convicción de que un importante cambio se había producido, quedando él como único sobreviviente. Este suceso se perfilaba como un momento resolutivo del conflicto con Flechsig. Después de ello, un sinnúmero de fenómenos alucinatorios y delirantes le señalaron un futuro en el que ocuparía un papel fundamental.

En “Sonnenstein”, el delirio persecutorio fue transformándose paulatinamente en un delirio de grandeza, sostenido por una complicada teología delirante. Primero, Flechsig, con su “almicidio”, fue figurado como aliado de Dios, quien tomó ahora el protagonismo como perseguidor. Posteriormente, Schreber se representó esta situación como el medio necesario para un fin “cósmico”: en él se había depositado la tarea de dar a luz a una nueva raza humana que recuperaría la bienaventuranza perdida en el mundo. Para esto era necesario que mude en mujer —“emasculación acorde con el orden cósmico”— y, así, Dios pudiese fecundarlo. Por ello, Dios mismo le dictaba el ejercicio de la voluptuosidad femenina, que ya había comenzado a incorporársele; la emasculación se llevaría a término en un futuro tan lejano que ninguno de sus contemporáneos lo atestiguaría.

Respecto a su teología delirante cabe señalar ciertos puntos relevantes: El alma humana está contenida en los nervios. Dios está conformado enteramente por nervios, está dividido en uno superior y uno inferior. No comprende a los seres humanos vivos pues, habiéndose retirado de ellos después de crearlos, no mantiene trato sino con las almas humanas cuyo cuerpo ha fallecido. Las almas de personas muertas deben pasar por pruebas para llegar a la “bienaventuraza” y, en cierto sentido, incorporarse a Dios. Schreber, quien por su alta excitabilidad nerviosa atrae los nervios de Dios, se comunica con Él mediante el “Lenguaje fundamental”, un alemán anticuado plagado de eufemismos; hablan a través de “voces”, del sol y de otros objetos animados e inanimados.

Este fue el estado final del delirio de Schreber. Uno de los propósitos de la publicación de sus *Memorias* fue justamente dar testimonio de sus experiencias místicas

y religiosas para que doctores, científicos y teólogos las analizaran, en pos del descubrimiento de verdades sobre aquello que él mismo no logró explicarse. Otro es el de agregar tal testimonio a su alegato para obtener el alta médica. De hecho, su delirio no le impedía la realización de las tareas cotidianas y no añadía a su comportamiento “normal” sino pocos actos que podían ser calificados de “extraños” —por ejemplo, mirar en privado el reflejo en el espejo de su pecho desnudo decorado con ornamentos femeninos. Es así que, con la anuencia del director del asilo “Sonnenstein” y el pronunciamiento del tribunal a su favor, es dado de alta en 1902<sup>4</sup>.

### 1.2.2. *Fantasía de deseo homosexual y complejo paterno*

Ahora bien, en la segunda parte de *Puntualizaciones...*, Freud se aventura en un intento interpretativo, tributario del estudio de las formaciones del inconsciente en las neurosis, y analiza el texto de Schreber ayudándose con pocas fuentes externas de información. Justifica este abordaje apoyándose en el hecho de que, a partir de las neurosis, el psicoanalista sabe que aun las formaciones más extravagantes pueden ser remitidas a las mociones inconscientes ya descubiertas (Freud, [1911], p. 18).

El análisis indica que una de las características en el desarrollo de la paranoia de Schreber es la permanente alusión a la *mudanza en mujer*. De hecho, la primera manifestación de esta tendencia, ocurrida en el lapso entre la notificación de su designación como *Senatspräsident* y su segunda internación, se le aparece como una fantasía de deseo en un estado de duermevela, entre el dormir y la vigila. Vemos las alternancias de la posición de Schreber ante esa fantasía: primero, la toma como placentera y propia; en seguida, la rechaza como una injuria cometida por el perseguidor a su persona; ulteriormente, la acepta como algo necesario por ser acorde al “orden cósmico”, pero realizable solamente en un futuro indeterminado. Freud [1911] lee en esto una *fantasía de deseo homosexual* que atraviesa toda la patología (pp. 34-46).

Por otra parte, Freud [1911] descubre que las relaciones particulares de Schreber con Flechsig, Dios y el sol, teñidas de ambigüedad entre amor y rebelión, se explican con el *complejo paterno*, conocido ya por el análisis de casos de neurosis obsesiva (pp. 46-54). Para la época de su primera enfermedad, el padre y el hermano de Schreber habían ya fallecido, por lo que no es insensato considerar a sus perseguidores-aliados como subrogados de figuras paternas. De este modo, la ambigüedad de Schreber frente a tales

---

<sup>4</sup> El análisis de Freud se ocupa hasta este momento de la vida de Schreber. No obstante, Strachey señala que en 1907, después de la muerte de su madre y de una enfermedad de su esposa, vuelve a enfermar, es internado en el asilo de Dösen, en Leipzig, y muere allí cuatro años después (Freud, [1911], p. 8).

figuras e, incluso, la *posibilidad* de la inflexión desde el delirio persecutorio hasta el delirio de grandeza, se explican por la ambigüedad propia del niño frente a su padre, quien constituye el primer frustrador de deseos y el primer objeto de identificación. Entonces, con las siguientes palabras Freud [1911] establece el panorama de la paranoia de Schreber, anudando complejo paterno y fantasía de deseo homosexual:

En el desenlace del delirio de Schreber, la fantasía sexual infantil celebra un triunfo grandioso; la voluptuosidad misma es dictada por el temor de Dios, y Dios mismo (el padre) no deja de exigírsela al enfermo. La más temida amenaza del padre, la castración, ha prestado su material a la fantasía de deseo de la mudanza en mujer, combatida primero y aceptada después. La referencia a una culpa, encubierta por la formación sustitutiva «almicidio», es muy nítida. (p. 52)<sup>5</sup>

### 1.2.3. Represión, proyección e intento de restitución

Respecto a la fantasía de deseo homosexual cabe destacar ciertos aspectos elaborados por Freud. Para él, la homosexualidad está vinculada con un periodo muy temprano del desarrollo libidinal; periodo en el que el sujeto se toma a sí mismo como objeto de amor. Este estadio, llamado «narcisismo», se define así:

[...] el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza [zusammenfassen] en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí-mismo, a su cuerpo propio, antes de pasar de este a la elección de objeto en una persona ajena. (Freud, [1911], p. 56)

Por tal motivo, las mociones homosexuales provienen de la búsqueda de un objeto similar al yo —con los mismos genitales. En la elección del objeto heterosexual, estas mociones no desaparecen, se apuntalan con las pulsiones yoicas y se subliman para constituir las relaciones sociales y afectuosas.

Así, en la tercera parte de su obra, Freud establece que lo único constante descubierto en las distintas formas de paranoia es la presencia de la fantasía de deseo homosexual. El paranoico estaría *fijado* en la segunda fase del tramo autoerotismo-narcisismo-homosexualidad del desarrollo libidinal. Ello lo predispondría a que una intensificación de la libido o cualquier impedimento de la tramitación de las mociones homosexuales por las vías ya establecidas, provocara una regresión de la libido a aquel estadio. Por esta razón, “[...] los paranoicos *procuran defenderse de una sexualización así de sus investiduras pulsionales sociales* [...]” (Freud, [1911], p. 58) No obstante, si

---

<sup>5</sup> Señalemos dos cosas: Por una parte, esta *culpa encubierta* hace referencia directa al *reproche* mencionado antes (ver acápite 1.1.2.). Otra vez aparece como el retorno desde “afuera” de algo que nunca estuvo “dentro”, ahora obteniendo la forma específica del “almicidio”. Por otra parte, destacamos que la castración se presenta en Schreber de un modo especial: no consiste una amenaza, sino una tarea de cuya realización se tiene certeza pero que llegará a su cumplimiento más allá de toda vida humana. Leemos aquí un artificio mediante el cual, en un mismo tiempo, la castración queda aceptada y burlada, siendo postergada *ad infinitum*.

bien es con el análisis de la paranoia que se descubre esta peculiar fijación, Freud se percata de que tanto la fijación como las incidencias del complejo paterno pueden presentarse en el campo de las neurosis y no permiten adentrarse en la especificidad de la paranoia. Por ello, toma la vía de la indagación sobre los mecanismos de la formación de síntoma y de la represión, en búsqueda de aquello particular.

Tras considerar otros cuadros clínicos pertenecientes a la paranoia, Freud hace un análisis gramatical de la fantasía de deseo homosexual en su implicación con la formación del síntoma en la paranoia. “[...] todas las formas principales, consabidas, de la paranoia pueden figurarse como unas contradicciones a una frase sola: «Yo [un varón] lo amo [a un varón]»” (Freud, [1911], p. 58). El delirio persecutorio resultaría de la proyección del enunciado que contradice al original a nivel del verbo: «Yo lo *odio* porque él me odia (me persigue)». El delirio de los celos implicaría la contradicción a nivel del sujeto gramatical, por lo que no requeriría de proyección: «*Ella* lo ama». El delirio erotomaniaco resultaría de la proyección de la contradicción a nivel del objeto: «Yo *la* amo porque ella me ama». El delirio de grandeza contradice a la frase entera: «Yo no amo a nadie, me amo sólo a mí mismo». Por lo demás, esto se asocia íntimamente al modo peculiar en que se significan las palabras del “lenguaje fundamental” de Schreber: “[...] con el significado directamente inverso [...]” (Schreber, [1903], p. 68).

Respecto a la proyección, Freud [1911] afirma:

En la formación de síntoma de la paranoia es llamativo, sobre todo, aquel rasgo que merece el título de proyección. Una percepción interna es sofocada, y como sustituto de ella adviene a la conciencia su contenido, luego de experimentar cierta desfiguración, como una percepción de afuera. (p. 61)

Agreguemos que esta se establece como un proceso en que lo propio del sujeto retorna como consecuente de lo proyectado —por ejemplo, en el delirio de persecución, el odio, que consiste en una contradicción inconsciente del deseo homosexual, no es percibido sino como consecuencia de lo proyectado. La proyección recaería sobre la causa de la posición del sujeto —sobre el *sumario de la causa*. Freud apunta que este mecanismo tampoco permite generalizar y especificar la paranoia, porque no desempeña la misma función en todas sus variantes y es aplicable tanto a otras formaciones patológicas como al funcionamiento “normal” humano. No obstante, hay una distinción importante en la proyección de los paranoicos, pero su abordaje precisa de otro recorrido interpretativo.

De este modo, Freud [1911] dirige su atención al proceso represivo particular a la historia de Schreber, pues percibe que este se relaciona con el desarrollo de la libido y con la fijación predisponente (pp. 62-63). Comienza elaborando una descripción general de la represión, estructurándola en tres tiempos: En el primer momento, el de la *fijación*,

una pulsión o un componente pulsional no recorre el desarrollo libidinal previsto, permaneciendo inconsciente en un estadio anterior; en ello residiría la condición de la represión y la predisposición a la formación de un síntoma específico. En el segundo momento, los retoños psíquicos de las pulsiones retrasadas o las mociones a ellos enlazados son desalojados a lo inconsciente cuando entran en conflicto con el yo. Este es el momento de la represión propiamente dicha. Distintas fuerzas coadyuvan en favor de la represión, a saber, el *esfuerzo de dar caza* de los sistemas del yo frente a tales retoños, la atracción que ejerce lo inconsciente y la repulsión ejercida por el sistema consciente. El tercer tiempo constituye el del *retorno de lo reprimido* que irrumpe. “Tal irrupción se produce desde el lugar de la fijación y tiene por contenido una regresión del desarrollo libidinal hasta ese lugar” (Freud, [1911], 63).

Con el análisis del aterrador y sublime “sepultamiento del mundo” —así lo llama Freud— que Schreber atestigua, se descubre que la represión tuvo efectos catastróficos para él. “[...] el proceso de la represión propiamente dicha consiste en un desasimiento de la libido de personas —y cosas— antes amadas. Se cumple mudo; no recibimos noticia alguna de él, nos vemos precisados a inferirlo de los procesos subsiguientes” (Freud, [1911], p. 66)<sup>6</sup>. “Normal” sería que a este proceso le siguiera otro en el que la libido invistiera nuevos objetos, substituyendo los anteriores<sup>7</sup>. Lo patológico en sí y lo catastrófico —la *defensa más enérgica y exitosa* (ver acápite 1.1.1.)— en la represión de Schreber no constituye la retirada de libido de los objetos, sino el volcamiento de esta hacia el yo. Este proceso culmina en un derrumbe subjetivo: justamente, aquello que Schreber experimentó como el “fin del mundo”. Ello lleva la marca del retorno de lo reprimido: la libido retrocede —regresión— desde la homosexualidad hasta el narcisismo, cobrando efecto la fijación en este estadio. Es en este punto donde se asienta la inflexión hacia el delirio de grandeza —Freud llama a esta inflexión “reconciliación”— ocurrida en el proceso patológico de Schreber.

Sin embargo, huelga entramar el delirio persecutorio en los efectos de la represión y de la regresión. En el inicio, el desasimiento libidinal de los objetos parece ser parcial,

---

<sup>6</sup> Freud ([1911], pp. 68-69) presenta una dificultad en el abordaje del desasimiento de la libido. ¿Se trata de una retirada de las investiduras sexuales únicamente o también se retraen las investiduras que parten de las pulsiones yoicas (de autoconservación), aquello que se denomina *interés* (no sexual)? ¿Debe la teoría reconducir el interés general a las pulsiones sexuales o considerar que una alteración de uno de los dos tipos de pulsiones influye en el otro? Freud concluye que la doctrina de las pulsiones no puede aún contestar estas interrogantes. No obstante, se sabe que esta problemática es arduamente abordada tres años más tarde, en *Introducción al narcisismo* (ver acápite 1.3.1., en especial la Nota al pie #9).

<sup>7</sup> Por lo demás, quedan desarrollados aquellos postulados respecto al *afecto* desligado de la *representación* en las neurosis (ver acápite 1.1.1.). Mientras la libido se mantiene flotante, a la espera de investidura, provoca tensión y puede llegar a ser tramitada por la vía de los síntomas de compromiso (Freud, [1911], 67).

pues se mantiene el objeto persecutorio con una sobreinvestidura. Como efecto de la represión y de la proyección, esta investidura se presenta con signo negativo. Pero su mera presencia ya implica cierta cancelación de la represión: aunque externo y contradicho, un retoño de la pulsión homosexual está presente. Entre la intensa atracción de libido sobre el objeto y el *esfuerzo de dar caza* se desata una lucha de la que la represión resulta triunfadora. Se configura, así, el estado de derrumbe subjetivo: el desasimiento se vuelve general y la regresión culmina la travesía desde la homosexualidad al narcisismo (Freud, [1911], pp. 67-68).

Sostenido sobre la “reconciliación” que sucede a la represión, Freud ([1911], pp. 64-66) lee algo de suma importancia; algo que desde ese momento constituirá un fundamento del abordaje clínico y teórico, no solamente de las paranoias, sino de la estructura psicótica. Detrás de dicha reconciliación se devela un intento de restitución que deshace la represión y que, pese a que culmina en una relación alterada entre el yo y el mundo, reconduce la libido nuevamente a los objetos. *“Lo que nosotros consideramos la producción patológica, la formación delirante, es, en realidad, el intento de restablecimiento, la reconstrucción”* (Freud, [1911], p. 65). Schreber [1903], estando ya en Sonnenstein, da testimonio sobre esto:

Después que retomé cierto trato con el mundo externo —por cierto, después de transcurridos varios años— mediante periódicos y cartas; después de no haber podido descubrir nada en el estado de los edificios que veo en el Hospital mismo y en sus alrededores ni tampoco en el estado de los libros, piezas musicales y otros objetos de uso que poseía anteriormente, cierta cantidad de los cuales me fue devuelta en el ínterin, nada que fuera compatible con la *suposición de un gran hiato* temporal que se habría producido en la historia de la humanidad, me es imposible dejar de reconocer que, *considerado exteriormente*, todo permaneció como otrora. A pesar de ello, más adelante se discutirá *si se ha producido o no una profunda modificación interior*. (p. 118)

Cabe detenerse en las siguientes interrogantes: Primero: ¿Qué relación existe entre la restitución y el retorno de lo reprimido? ¿Es aquella la forma del retorno de lo reprimido particular a la paranoia o, al menos, se instaura sobre la base del retorno? ¿Acaso la restitución sustituye el retorno? Si bien el delirio de grandeza se muestra como efecto de la restitución, ¿podría considerarse lo mismo del delirio de persecución? Segundo: ¿La reconducción de la libido se lleva a cabo así como ocurre en el duelo? ¿Qué implicaciones tiene la alteración de la relación entre el yo y la realidad en esta reconducción? Es menester mantener estas cuestiones en suspenso, pues su vía de elaboración requiere de aportes ulteriores (ver acápites 1.3.1., 1.4.1. y 1.4.2.).

Sobre la base de tal giro interpretativo, Freud reformula el concepto de proyección específico de la paranoia: “No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo cancelado adentro retorna desde

afuera” (Freud, [1911], p. 66). El delirio de grandeza, a través del cual se establece la reconciliación, proviene, en efecto, de afuera: la asunción del papel de redentor nada tiene de propio, no es algo decidido por Schreber ni por quienes lo rodean, más bien, se le revela como algo “acorde al orden cósmico”. Se esclarece, entonces, que la proyección paranoica tiene su especificidad y demuestra poca relación con la proyección “normal” e incluso con aquello a lo que el término «proyección», en su carácter activo, refiere.

Ahora bien, mientras que la causación de la paranoia de Schreber ha sido arduamente elaborada, hace falta definir el proceso de su ocasionamiento. “Sabemos que nuestra tarea es entramar el surgimiento de una fantasía de deseo con una *frustración* [...]” (Freud, [1911], p.53). Freud propone ubicar el desencadenamiento de la paranoia en la frustración del deseo de ser padre, específicamente, padre de un varón, puesto que ello implicó la importante ausencia de una figura masculina hacia la cual hubiera podido fluir la libido homosexual sublimada. De este modo, las mociones homosexuales, en búsqueda de “evacuación”, emprendieron su sexualización; es en la primera manifestación de la fantasía de deseo homosexual donde se da cuenta de esto.

Así queda configurado el esquema etiológico de la paranoia, generalizado a partir de lo descubierto en el caso de Schreber y encontrado en muchos otros. Una fijación en el estadio del narcisismo determina una predisposición homosexual que, durante cierto tiempo, es tramitada por sublimación y apuntalamiento en las pulsiones yoicas —esto constituye aquello que antes (ver acápite 1.1.2.) recibió el nombre de «defensa primaria». Un conflicto, la intensificación de las mociones homosexuales o una frustración en el ámbito de las relaciones homosexuales sublimadas —relaciones afectuosas con un hijo o de tipo social—, generan la necesidad de una nueva vía de tramitación y sexualizan lo antes sublimado, en regresión progresiva hacia el estadio donde se fijó la libido.

Ello obliga a la puesta en marcha de la represión —aquello a lo que antes Freud se refería como «defensa secundaria» (ver acápite 1.1.2.). Se retraen parcialmente las investiduras de los objetos, conduciendo a la sobreinvestidura de uno solo. Cobra valor el proceso inconsciente de contradicción de la fantasía de deseo homosexual y se ejecuta la proyección. Empero, esto cancela en parte la represión. Entonces, se establece una lucha por reprimir la investidura restante, lucha que culmina en un desasimiento general de la libido. El proceso regresivo es llevado a término: desde la homosexualidad sublimada, pasa por la homosexualidad sexualizada, y llega al narcisismo. A partir de allí, se realizarán intentos de restitución mediante la proyección, confluyendo en un delirio que permita reconducir la libido a los objetos. No obstante, esto no se logrará sin que la relación entre el yo y la realidad se vea profundamente alterada.

Hacia el final del texto, en una breve reseña Freud aplica este esquema a la *esquizofrenia* —de Bleuler— o *dementia praecox* —de Kraepelin. Hace esto autorizado por las semejanzas entre las patologías, sin embargo, debe reparar en ciertas diferencias. En la esquizofrenia la fijación estaría dada en un estadio anterior al narcisismo, a saber, en el autoerotismo. Por esto, la retirada libidinal sería aún más drástica que en la paranoia, expresándose en los estados terminales de los esquizofrénicos como aquel consabido desinterés total por el mundo. Los intentos de restitución serían defectuosos y no se producirían por el mecanismo de proyección sino por el alucinatorio. Mientras que en la paranoia triunfaría el proceso reconstructivo, en la esquizofrenia triunfaría la represión. Así, resultan ambas emparentadas y diferenciadas, subrayando que, sin que sea necesaria una continuidad entre ellas, pueden combinarse en un mismo cuadro patológico.

Aquí queda estructurada la teoría freudiana de la psicosis. En los años posteriores esta será ampliada y levemente modificada mediante nuevas observaciones y puntualizaciones. Empero, en lo futuro los acercamientos de Freud a las psicosis siempre estarán fundamentados en lo elaborado en relación al caso Schreber, de inagotable enseñanza.

### **1.3. Introducción del narcisismo**

El estado de aparente claridad, al que había llegado la dilucidación de los mecanismos de formación de la paranoia y la esquizofrenia, fue replanteado cuando Freud llevó un poco más allá aquel primer acercamiento al narcisismo, efectuado a partir del caso de Schreber. En efecto, la cuestión del narcisismo no sin motivo ha sido tan oscura para la investigación psicoanalítica que, pese a su previa enunciación, requería —y requiere todavía— de introducción. Así, en *Introducción al narcisismo* de 1914, se lee cómo a partir de la profundización en el estudio de las psicosis y de las dificultades del tratamiento de las neurosis surge la necesidad de modificar los cimientos de la teoría de la libido y de establecer el narcisismo como uno de los eslabones iniciales en el desarrollo “normal” del sujeto.

### 1.3.1. Las parafrenias<sup>8</sup>

A Freud no se le escapó que el extrañamiento de la realidad propio de las parafrenias no es el mismo que acontece en las neurosis. Si bien en estas hay una renuncia a la prosecución de las acciones necesarias para el acercamiento hacia el objeto de amor, este es conservado en la fantasía, por lo que la investidura libidinal se mantiene, al menos *introvertidamente*. Esta pieza de su mecanismo los vuelve aptos para la transferencia hacia el analista y posibilita el análisis. Por el contrario, los parafrénicos son “[...] inmunes al psicoanálisis [...]” puesto que han retirado su libido de los objetos, conduciéndola hacia el yo (Freud, [1914], p. 72). Testimonio de esto es su particular delirio de grandeza que, junto a la paralela resignación de la relación con el mundo, no es equiparable a la “vida en fantasía” del neurótico.

Ahora bien, este delirio de grandeza es la repetición de algo ontogenética y filogenéticamente anterior: lo observamos innegablemente en los niños y en el pensamiento mágico de los pueblos primitivos.

Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite. (Freud, [1914], 73)

Bajo esta consideración, las parafrenias serían tributarias de un narcisismo secundario, vale decir, son efecto de una regresión de la libido que, después de cierta incursión en el mundo de los objetos, retorna a aquel estado primitivo del narcisismo primario. Con esto se introduce una especificación de la libido, la *libido yoica*, distinta de la libido de objeto.<sup>9</sup> “Cuanto más gasta la una, tanto más se empobrece la otra”, pues el

---

<sup>8</sup>En *Introducción al narcisismo* aparecen dos usos de este término: «parafrenias» y «parafrenia propiamente dicha». Se entiende que el primero designa al grupo conformado por paranoia y esquizofrenia, y el segundo hace referencia específica a la esquizofrenia. Posteriormente, Freud abandonó no solo estos empleos del término sino el término mismo, probablemente debido a que, por un lado, habían prevalecido los nombres «esquizofrenia» y «paranoia», y, por otro, en esta obra se preparaba ya el sintagma «neurosis narcisistas» que con sello etiológico haría referencia a las otrora «parafrenias» y a la melancolía.

<sup>9</sup> En el texto en cuestión, Freud discute arduamente si la introducción de la *libido yoica* llevaría a la unificación entre las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas. Haciendo recurso a la distinción común entre hambre y amor y a la base biológica de las pulsiones, mantiene la separación. Empero, esto dificulta la interpretación de tal concepto: si bien la libido yoica es el efecto de una investidura del yo con libido, también sirve de fuente de libido para la investidura de los objetos. A partir del develamiento de las *pulsiones de muerte*, en *Más allá del principio de placer* de 1920, se resuelve unificar la antigua antítesis por cuanto se establece una nueva diferenciación pulsional. Entonces, se reconoce el carácter sexual de las pulsiones yoicas en la medida en que significan un “amor por el yo”, por lo que son subsumidas junto con las sexuales al concepto de *pulsiones del Eros* (Laplanche y Pontalis, 1979, pp. 223-224 y 358-361). Por este motivo, no debe obviarse el lugar que ocupa *Introducción al narcisismo* entre la primera y la segunda teoría de las pulsiones, pues señala que este giro fundamental en el psicoanálisis fue motivado por la investigación del yo.

reservorio energético del aparato anímico es limitado (Freud, [1914], pp. 73-74). La máxima expresión del descollamiento de la libido yoica, en detrimento de la libido de objeto, sería la fantasía de “sepultamiento del mundo” de los paranoicos —como aquella de Schreber— mientras que el enamoramiento resultaría de una renuncia a la primera en favor de la segunda.

También la hipocondría puede ser explicada como una manifestación del narcisismo secundario. Tomándola como una formación análoga a la enfermedad física, es efecto de la alteración de libido yoica causada por una alteración de la erogenidad en ciertas partes del cuerpo. Tanto una y otra provocan un retraimiento del sujeto hacia sí mismo y un extrañamiento de todo cuanto no se relacione con su padecer. El que en el hipocondriaco no se encuentre una causa orgánica del sufrimiento no le resta verdad a sus exteriorizaciones, sobre todo si consideramos, tal como obliga la clínica, el nexo regular entre hipocondría y parafrenias. De hecho, Freud [1914] observa que la hipocondría y la angustia hipocondríaca son a las parafrenias lo que las neurosis actuales y la angustia neurótica son a las neurosis de transferencia —histeria y neurosis obsesiva—; “[...] vale decir, depende de la libido yoica, así como las otras dependen de la libido de objeto” (p. 81).

Este doble cauce de la libido predetermina un doble camino de las patologías, cuyos cruces, si son posibles, solamente llegan a ser nombrados por Freud. Del lado de la libido de objeto, las neurosis de transferencia son ocasionadas por una frustración en el ámbito erótico del sujeto. Esto lo lleva a una introversión de la libido, a saber, una vuelta hacia los objetos de la fantasía. La estasis —o estancamiento— libidinal, concomitante al conflicto con la realidad que la introversión provoca, causa angustia neurótica o la formación de neurosis actuales. Estas requieren de tramitación psíquica, cuya vía es proporcionada por la formación sintomática, con la marca de la regresión hacia la fase de desarrollo en que la libido ha sido fijada.

Del lado de la libido yoica —o libido narcisista— las parafrenias son ocasionadas por una frustración que retrae la libido desde los objetos hacia el yo. “[...] el delirio de grandeza procura entonces el dominio psíquico de este volumen de libido, vale decir, es la operación psíquica equivalente a la introversión sobre las formaciones de la fantasía en las neurosis de transferencia [...]” (Freud, [1914], p. 83). El estancamiento de libido yoica provoca hipocondría o angustia hipocondríaca, cuya elaboración psíquica se realiza mediante un *intento de restitución*. De hecho, como vimos con el caso de Schreber (ver acápite 1.2.3.), las manifestaciones patológicas más resonantes son, en realidad, intentos de investir objetos, no sin la marca del proceso ocurrido. El esquizofrénico —o

parafrénico propiamente dicho— investirá a modo de una histeria, el paranoico a modo de una neurosis obsesiva<sup>10</sup>.

De estas modificaciones a la teoría elaborada a partir del caso de Schreber, señalamos las más llamativas: Por una parte, el proceso patológico descubierto en la paranoia de Schreber difiere del descrito aquí en la ordenación. Podemos considerar la posibilidad de que el delirio persecutorio de Schreber constituyó un rezago de investidura de objeto, anterior al desasimiento general de la libido o, incluso, el intento de restitución de un desasimiento anterior; después de lo cual, se formó un primer delirio de grandeza. Este último, que sería concomitante al “fin del mundo” schreberiano, parece ajustarse a la descripción referida arriba (en este acápite), pues “Él mismo [Schreber] era el «único hombre real que quedaba», y a las pocas figuras humanas que aún veía —el médico, los enfermeros y pacientes— las declaraba «hombres de milagro, improvisados de apuro»” (Freud, [1911], p. 64). Posteriormente, se configuró un segundo delirio de grandeza, uno que, en calidad de intento de restitución, le otorgaba el papel de “redentor del mundo” y, en cierta medida, restauraba su relación con los objetos.

Por otra parte, a diferencia de lo dicho en *Puntualizaciones...*, en la esquizofrenia no triunfa la represión; en realidad, el intento de restitución se efectúa con un carácter histérico (abordaremos esto en el acápite 2.3.1.). De todos modos, si se considera el ulterior desarrollo de la vida de Schreber (ver Nota al pie #4 en el acápite 1.2.1.) y de otros psicóticos, difícilmente pueda hablarse de un intento de restitución “cumplido”, de un triunfo total o de una derrota definitiva de la represión.

Es importante señalar los puntos mecánicos en los que podría leerse pasajes entre las neurosis de transferencia y las parafrenias. Primero, según Freud ([1914], p. 83), antes de la desinvestidura de los objetos en las parafrenias, se conserva cierta normalidad o está presente una neurosis; no obstante, no se explica cómo ocurre esto. Segundo, en el intento de restitución la “[...] nueva investidura libidinal se produce desde un nivel diverso y bajo otras condiciones que la investidura primaria” (Freud, [1914], p. 83). ¿Es acaso posible hablar de cierto nivel de neurotización —en términos de neurosis de transferencia— de las parafrenias por efecto de su propio decurso, es decir del intento de curación que les es propio? ¿Qué relaciones y diferencias hay entre una investidura de objeto parafrénica y una neurótica? El paralelismo entre introversión de la libido y retraimiento de la libido hacia el yo nos aporta una pista, empero la cuestión queda irresuelta. Adicionalmente, es menester destacar la asimetría entre ambos tipos de mecanismos patológicos: el mecanismo de las neurosis de transferencia culmina en la

---

<sup>10</sup> Reaparece aquí aquella analogía entre paranoia y neurosis obsesiva, arduamente desarrollada en los textos anteriores (ver acápite 1.1.2.).

formación sintomática, mientras que el de las parafrenias avanza un poco más, con algo que no puede calificarse enteramente de patológico. Se volverá sobre esto más adelante (ver acápite 1.4.3.).

Por otro lado, la pieza del narcisismo permite comprender la formación “normal” del ideal, el mecanismo de la culpa, de la censura y de los reproches, y sus importantes efectos en el acontecer psíquico. Dice Freud [1914]: “La represión, hemos dicho, parte del yo; podríamos precisar: del respeto del yo por sí mismo” (p. 90). Este desdoblamiento del yo da cuenta de un efecto estructural del narcisismo primario. El establecimiento de un *ideal del yo*<sup>11</sup> viabiliza en el adulto aquel amor por el yo del narcisismo de la infancia que, como todo lo psíquico, no puede simplemente suprimirse. Entonces, la *conciencia moral* constituye la instancia crítica inconsciente, encargada de observar y censurar al yo, buscando la satisfacción narcisista del ideal con que lo mide y provocando represiones<sup>12</sup>. Además, el ideal del yo tiene una implicación más allá de lo individual: es compartido por una familia, un grupo, una sociedad, etc. (Freud, [1914], p. 98).

Concomitantemente, el *sentimiento de sí* {*ichgefühl*}<sup>13</sup> resulta, en parte, de la libido yoica primaria, en parte, de la satisfacción narcisista del ideal. De modo que, si amar implica un costo importante de libido yoica, «ser amado» significa una gran retribución para el yo, a saber, un acrecentamiento del sentimiento de sí por la “posesión” del objeto y la satisfacción narcisista del ideal que ello acarrea. Por esta misma razón, las *investiduras de objeto reprimidas*, cuya satisfacción es imposible, no dejan otra salida que retornar al “amor dichoso real” del narcisismo de otrora, “[...] al estado primordial en que libido de objeto y libido yoica no eran diferenciables” (Freud, [1914], p. 96). El delirio de grandeza constituye un acrecentamiento desmesurado del sentimiento de sí por efecto de este retroceso de la libido.

Es importante llamar la atención sobre estas *investiduras de objeto reprimidas*: antes (ver acápite 1.2.3.), Freud afirmaba que la represión consistía en un desasimiento libidinal de los objetos, ahora, habla de una represión de la investidura. Aquí, el desasimiento libidinal “puro”, por así llamarlo, es restringido a las parafrenias, respecto a las cuales Freud ya no habla —ni hablará— de represión. Después, Freud articulará el desasimiento libidinal en las neurosis con el trabajo del duelo y la identificación (ver acápite 1.3.2., en especial la Nota al pie #15). Si bien, estas investiduras reprimidas

---

<sup>11</sup> Freud no establece una diferencia tajante entre los sintagmas «yo ideal» e «ideal del yo»; incluso, en *Introducción al narcisismo* parece utilizarlos indistintamente. No obstante, hay una lectura posible que los distingue (lectura que será abordada en el acápite 1.5.1.).

<sup>12</sup> Más tarde, en *El yo y el ello*, esta instancia pasará a ser el *superyó*.

<sup>13</sup> Podría afirmarse que este concepto se acerca a lo que actualmente lleva el nombre de «autoestima», no obstante, la autorreferencia del yo que este último implica merece ser cuestionada.

pueden ser relacionadas con la causación de las parafrenias, se encuentran también en estrecha relación con la introversión de la libido. Posteriormente (en el acápite 1.4.1.), se hablará del objeto en las parafrenias.

Con estas teorizaciones se aclara más la situación de las parafrenias. Si el paranoico refiere que está siendo observado, reprochado, atacado, etc., por otro, es posible leer en ello algo de una verdad. Aquello que en la neurosis obsesiva se muestra como autorreproches y desconfianza de sí, lo que ahora puede ser entendido como un conflicto constante entre el yo y la instancia de la conciencia moral, en la paranoia se revela como un conflicto con un otro presente en el delirio y en la alucinación. Asimismo, la ausencia de pudor y vergüenza, y la modificación constante de ideales de la parafrenia propiamente dicha, se explican por cierta ausencia del “respeto del yo por sí mismo” que, como se ha visto, se trata en realidad de un respeto del yo por su ideal.

Estas aclaraciones dan luces sobre el irresuelto “problema de la elección de neurosis”: ¿Qué hace que en un sujeto la libido quede fijada en el narcisismo y en otro no? Si los reproches y la desconfianza pueden ser considerados como efectos del ideal del yo y de la conciencia moral, ¿por qué en el neurótico obsesivo estos se manifiestan como *autorreproches* y desconfianza *de sí*, mientras que en el paranoico se evidencian como *hetero* reproches y desconfianza *de otros*? ¿Qué ocurre con el ideal del yo en la esquizofrenia? No se trata, realmente, de una ausencia de ideal, como aparentemente ocurriría en el perverso, más bien, todo apunta a una diferencia en aquel efecto de estructura del narcisismo primario y de su corte. Al parecer, el ideal del yo del neurótico se le impone al psicótico como proveniente desde afuera. Correlato de esto es el hecho de que la libido homosexual, contra la cual luchan con tanto afán los paranoicos, encuentra tramitación en la formación del ideal neurótico. También, si tanto se asemejan las teorías especulativas delirantes a las teorías filosóficas y teológicas, es debido a que una y otras tienen su origen en cierta observación del yo, ya sea por otro o por sí mismo; no obstante, las primeras, impuestas desde el delirio, son irrefutables, mientras que las segundas solamente aspiran serlo.

En *Introducción al narcisismo*, Freud [1914] deja trazada la cuestión de la formación del ideal del yo y de la conciencia moral: “El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera [...]” (p. 96). El ideal del yo es un efecto de la crítica de los padres en la infancia y esta, a su vez, es la imposición externa sobre cuya base se edifica la conciencia moral del adulto. Sin embargo, ¿por qué el niño renunciaría a ese estado de “amor dichoso real” para reencontrarlo sólo imaginariamente en el ámbito de

las difíciles relaciones de amor de objeto? Freud [1914] aporta una pista al hablar de las perturbaciones del narcisismo: “[...] su pieza fundamental puede ponerse de resalto como «complejo de castración» [...] y abordarse en su trabazón con el influjo del temprano amedrentamiento sexual” (p. 89).

### 1.3.2. *La melancolía y la manía*

Aunque Freud se había ocupado de la melancolía en sus primeras investigaciones —principalmente *Manuscrito G* remitido a Fließ el siete de enero de 1895— no lo hace tan profunda y extensivamente como en *Duelo y Melancolía*, publicado en 1917<sup>14</sup>. En este texto estudia esta patología en relación al duelo “normal”, elaborando los procesos fundamentales que estarían en juego y extendiendo su estudio a la manía.

Freud ([1917], pp. 241-243) se percató que el duelo y la melancolía comparten algunos elementos sintomatológicos, a saber: estado anímico de dolor, cancelación del interés por el mundo exterior en todo lo que no recuerde al objeto perdido, anulación de la capacidad de amar e inhibición en la productividad en todo lo que no se relacione con la pérdida. Empero, hay una característica que no está presente en el duelo y que en la melancolía ocupa un lugar importante: “[...] una extraordinaria rebaja en su sentimiento yoico {*ichgefühl*}, un enorme empobrecimiento del yo. En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo” (Freud, [1917], p. 243). También, ambos cuadros se desencadenan frente a la pérdida de un objeto amado o de un objeto idealizado. Sin embargo, mientras que en el duelo normal el dolido sabe qué ha perdido, en la melancolía la pérdida es imprecisa y de algún modo escapa a la conciencia: “[...] él sabe a *quién* perdió, pero no lo *que* perdió en él” (Freud, [1917], p. 243).

Estas diferencias obligan a un análisis de los procesos implicados en ambos casos. En el duelo: “El examen de la realidad ha mostrado que el objeto no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda la libido de sus enlaces con ese objeto” (Freud, [1917], p. 242). Este proceso es largo, requiere grandes montos de energía y se ejecuta “pieza por pieza”, pues todo cuanto se relacione con el objeto perdido es sobreinvertido —de un modo similar a la sobreinversión de la *función de atención*— en vías del desasimiento de la libido. Para Freud ([1917], pp. 243-254), el trabajo de duelo llega a su fin también por el examen de la realidad. Este puede conducir a que el yo

---

<sup>14</sup> Strachey informa que el primer borrador de este trabajo fue terminado en febrero de 1915 y que puede considerarse como la continuación de la obra *Introducción al narcisismo* (Freud, [1917], pp. 237, 239).

acepte la pérdida, ya sea porque la muerte del objeto se ofrece como una oportunidad para valorizar su condición de viviente o porque en el trascurso del duelo, y bajo la condición de la ambivalencia propia de todo amor, se termina por desvalorizar al objeto. Una vez cumplido este trabajo, el yo queda de nuevo libre y desinhibido para emprender nuevas investiduras de objeto.

¿Qué sucede en la melancolía? ¿Hasta dónde es similar el proceso melancólico al proceso del duelo? ¿De qué objeto se trata en la melancolía y por qué se presenta como una dificultad, muchas veces insuperable, el trabajo de duelo que requiere su pérdida?

Lo que de la melancolía falta al duelo aporta la pista. En esta es notable la rebaja del sentimiento de sí, con un acento particular en el aspecto moral. El sujeto ha perdido el respeto por sí mismo: se hace severos autorreproches y autodenigraciones, configurando un cuadro que puede considerarse como “delirio de insignificancia”. Considera que su “indignidad” e “inmoralidad” no son nuevas, que siempre ha sido así, y en sus verbalizaciones no tiene vergüenza en describir su “pobre estado”. Incluso, puede llegar a intentos de suicidio que, por lo demás, atestiguan la franqueza de sus palabras. Poco importa si sus afirmaciones no se ajustan a la descripción de su persona pues, como en el paranoico, en sus declaraciones es posible leer algo de una verdad. En efecto, muestra la constitución íntima del yo: “Vemos que una parte del yo se contrapone a la otra, la aprecia críticamente, la toma por objeto, digamos” (Freud, [1917], p. 245). Y Freud señala que se trata justamente de la instancia de la *conciencia moral* en relación con el *ideal del yo*; es esta la que profería las acusaciones al yo, con o sin fundamento.

Sin embargo, ¿por qué el objeto de las imputaciones no es *otro* sino el *yo*? —recuérdese como se configura la querrela en la paranoia. En realidad, si se presta oídos a las exteriorizaciones del melancólico, se escucha que las acusaciones se acoplan poco al propio sujeto y apuntan, más bien, a un objeto de amor efectivo, perdido o posible. El asunto se resuelve si se consideran “[...] los autorreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio” (Freud, [1917], p. 246). Entonces, la formación de la melancolía queda esquematizada así:

Hubo una elección de objeto, una ligadura de la libido a una persona determinada; por obra de una *afrenta real* o un *desengaño* de parte de la persona amada sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto. [...] La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una *identificación* del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado. De esta manera la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo, y el conflicto

entre el yo y la persona amada, en una bipartición entre el yo crítico y el yo alterado por identificación. (Freud, [1917], pp. 246-247)

De esto se desprende una contradicción importante: por un lado una fijación muy intensa con el objeto de amor y por otro una escasa resistencia de la investidura de objeto. Se colige que la elección de objeto debe haberse cumplido sobre una base narcisista, permitiendo, al mismo tiempo, dicha fuerte fijación junto a la posibilidad de retirarse rápidamente al narcisismo como salida a las dificultades de la relación con el objeto. “La identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en el sustituto de la investidura de amor, lo cual trae por resultado que el vínculo de amor no deba resignarse a pesar del conflicto con la persona amada” (Freud, [1917], p. 247). Este proceso lleva la marca de la regresión desde la elección narcisista de objeto hasta el narcisismo originario, etapa en que la identificación narcisista tenía un papel fundamental:

[...] la identificación es la etapa previa a la elección de objeto y es el primer modo, ambivalente en su expresión, como el yo distingue un objeto. Querría incorporárselo, en verdad, por la vía de la devoración, de acuerdo con la fase oral o canibálica del desarrollo libidinal. (Freud, [1917], p. 247)

Podría decirse que la identificación narcisista es más *originaria* que los otros tipos de identificación. En las neurosis de transferencia también se dan identificaciones con el objeto, no obstante, en estas la investidura de objeto no es necesariamente resignada<sup>15</sup>. Lo que caracteriza la identificación narcisista es la relación peculiar con el objeto, aquella que la melancolía ilustra tan fielmente. El objeto es y no es el yo mismo: si bien el yo, incorporando psíquicamente al objeto, se identifica con él, es a partir de esto que puede discernirlo, diferenciándose de él.

Entonces, el punto de ruptura entre la melancolía y el duelo residiría en la elección narcisista de objeto. Sin embargo, hay algo que se agrega a la intelección del cuadro melancólico. La pérdida del objeto facilita el traslucimiento de la ambivalencia inherente a la relación con él. Por ello, al perder un objeto, el neurótico obsesivo se autorreprocha, acusándose a sí mismo de ser el culpable de la pérdida. Empero, sin la identificación narcisista, lo perdido no deja de referirse al objeto, mientras que en la melancolía es el yo lo perdido. En esta, la ambivalencia se expresa en un doble destino de la investidura de objeto: por un lado, la regresión a la identificación narcisista

---

<sup>15</sup> Cuatro años más tarde, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud [1921] amplía el concepto de identificación y lo propone como un proceso necesario para el duelo. Sin embargo, la identificación narcisista conserva un carácter especial y distintivo: es previa a toda elección de objeto. Existe, además, otra distinción importante que probablemente se deriva de tal carácter: en la identificación propia al duelo el yo toma solamente rasgos del objeto, manteniendo al menos un rasgo que lo diferencia de este; mientras que la identificación narcisista no deja lugar a la diferencia.

conserva el amor; por otro, una regresión al sadismo resulta en el odio por el objeto sustitutivo, a saber, por el yo identificado al objeto.

Pese a que el objeto es cancelado por la retirada de libido, demuestra ser más poderoso que el yo mismo; prevalece en el yo, convirtiéndolo en el objeto de toda la hostilidad que, de otro modo, sería dirigida a los objetos del mundo exterior. Y es cuando el yo está en esa posición de objeto que puede intentar darse muerte (Freud, [1917], p.p. 249-250). Pese a que en la obra en cuestión no queda explícito, se sabe —por ejemplo con *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, [1921], pp. 2585-2588)— que la parte del yo que ejerce tal hostilidad es justamente el ideal del yo<sup>16</sup>. De este modo, en la melancolía nuevamente se revela cierto efecto estructural del narcisismo y de su corte, efecto que la separa del destino de las neurosis de transferencia, pues la operación del ideal del yo disuelve la diferencia entre el yo y el objeto.

Finalmente, Freud ([1917], pp. 250-251) reconoce que una peculiaridad notable de la melancolía es su capacidad para transformarse en su opuesto, a saber, la *manía*, por lo que se dirige al estudio de la misma. Se vale de dos puntos de apoyo para abordarla: primero, una íntima relación etiológica con la melancolía: “[...] ambas afecciones pugnan con el mismo «complejo», al que el yo probablemente sucumbe en la melancolía, mientras que en la manía lo ha dominado o lo ha hecho a un lado” (Freud, [1917], p. 251). Segundo, de la observación de las experiencias de estados de alegría, júbilo o triunfo, se infiere que cuando un gran gasto psíquico, mantenido por largo tiempo, se vuelve superfluo, queda libre para múltiples y nuevas posibilidades de descarga. Esto lo testimonian las grandes celebraciones de logros que suceden a un arduo trabajo.

La manía podría explicarse como el destino alternativo del mismo conflicto que aqueja al melancólico. “En la manía el yo tiene que haber vencido a la pérdida del objeto (o al duelo por la pérdida, o quizás al objeto mismo)” (Freud, [1917], p. 252). El yo toma aquel lugar de acusador que hallamos en la melancolía, vale decir, se ubica como su propio ideal y triunfa emancipándose del obscuro objeto melancólico. La conrainvestidura del dolor de la melancolía, a saber, la intensa ligadura del yo con su sufrimiento, queda, por lo tanto, liberada y puede ser invertida en los estados jubilosos de la manía. Ello explicaría el aumento del sentimiento de sí que no se enlaza a una causa exterior. De este modo, esta patología también lleva la marca de la regresión al narcisismo primario.

---

<sup>16</sup> Por lo dicho más arriba esto genera una confusión: ¿se trata de la conciencia moral o del ideal del yo?. Con la introducción del concepto *superyó*, en cuanto instancia psíquica que incluiría ambas, se zanja esta cuestión.

Dando un paso más allá, consideramos que hay un nexo fundamental entre la manía y el delirio de grandeza, o megalomanía. La identificación del yo con el ideal calza bien con el retraimiento de libido hacia el yo, posterior a la cancelación de investiduras de objeto, y el consecuente acrecentamiento del sentimiento de sí. Así como en la melancolía se configura un delirio de insignificancia, en la manía se presenta, si no un delirio de grandeza manifiesto, al menos rasgos que pueden ser calificados de megalomaniacos. De cualquier modo, paranoia, parafrenia propiamente dicha, melancolía y manía, todas son tributarias de una fijación en el narcisismo primario y en todas se manifiesta cierta relación peculiar entre el yo y el ideal del yo. Por lo tanto, es necesario proseguir el estudio de la Obra freudiana para buscar vías que expliquen estas vicisitudes con el ideal.

## **1.4. El ello, el yo y el superyó**

En *El yo y el ello*, publicado en 1923, Freud elabora una nueva estructura del aparato anímico a partir de la teoría desarrollada en las primeras décadas del siglo XX. En cierto modo, se trata de una reformulación del aparato anímico que había elaborado desde el *Proyecto de psicología*, pues, la diferenciación entre sistemas consciente, preconsciente e inconsciente resultaba insuficiente en relación a los nuevos descubrimientos. En esta obra —*El yo y el ello*— describe una estructura psíquica dividida en tres instancias, que pueden tener o no las cualidades de preconsciente, consciente e inconsciente, y cuyos mutuos conflictos son la causa de los síntomas. No se intentará hacer un estudio de la obra entera, más bien, se hará referencia solamente a aquello que es pertinente para la descripción que se ha venido haciendo de la teoría de la psicosis.

### *1.4.1. Estructuración psíquica*

Pues bien, a pesar de que el yo tiene una estrecha relación con la percepción y la consciencia, también es sede de procesos inconscientes. Esto es demostrado por el hecho de que la represión ejercida por él acontece sin que el sujeto tenga noticia de ello. Empero, también investiduras de objeto, sensaciones, sentimientos y representaciones pueden tener esta peculiar característica. Más aún, el yo mismo, como se vio en el anterior subcapítulo, es una construcción, vale decir, no siempre fue tal. Entonces, es

menester hablar de un *ello* anterior al *yo*, a partir del cual este se origina. “Es fácil inteligir que el *yo* es la parte del *ello* alterada por la influencia directa del mundo exterior, con mediación de *P-Cc* [percepción-consciencia]” (Freud, [1923], p. 27). El *ello*, guiado por el *principio del placer*, quiere siempre procurarse placer de modo inmediato, mientras que el *yo* trata de imponerle el *principio de realidad*, es decir, trata de dar un lugar a la postergación de la descarga, para aminorar la repercusión de las privaciones reales, anoticiadas por la percepción. No obstante, la génesis del *yo* también es tributaria del cuerpo propio, lugar de sensaciones externas e internas que se imponen al sujeto y exigen ser consideradas. “El *yo* es sobre todo una esencia-cuerpo: no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie” (Freud, [1923], p. 27).

Puede ensayarse una esquematización del proceso de diferenciación entre el *yo* y el *ello*. “Al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación” (Freud, [1923], p. 31). El *ello* constituiría la fuente inicial de la libido y con ella cargaría las zonas erógenas por influjo de la percepción: percepción del displacer de las tensiones corporales y del placer que le procuran, primero, ciertos actos de la madre y, luego, la actividad autoerótica. La percepción es también el núcleo del *yo* y este se construye en torno a aquella, segregándose del *ello*<sup>17</sup>. Esto ocurre mediante una identificación primaria, inmediata y ambivalente, que puede ser entendida como aquella identificación narcisista de la cual es tributaria la melancolía.

El *yo* resulta de la identificación con lo que luego será el objeto, es decir, con la madre o el padre, pues el incipiente *yo* aún desconoce la diferencia entre sexos (Freud, [1923], p. 33). Y, como se mencionó respecto de la melancolía, en este momento del desarrollo el *yo* es y no es el objeto mismo. En la medida en que lo es, la libido puede investirlo como un objeto —recuérdese que de eso se trata el narcisismo primario— que vendrá ahora a unificar las investiduras de las zonas erógenas en un *yo-cuerpo* y a ordenar la actividad autoerótica. En la medida en que no lo es, la percepción le hará saber que el placer buscado no puede hallarse solamente en la actividad autoerótica con sus zonas erógenas. Esto constituye un primer examen de realidad que será la base del principio de realidad. Entonces, se marca la diferenciación entre identificación e investidura de objeto: el *yo*, movido por las mociones pulsionales del *ello*, buscará “afuera”, en las relaciones de objeto, la descarga placentera; empero, no sin lidiar con la postergación que esto implica.

---

<sup>17</sup> Esta “percepción” es entendida simplemente como una relación “básica” entre el aparato psíquico y los estímulos internos y externos. Es, en cierto modo, hipotética, pues en el campo de la experiencia humana es imposible encontrar una percepción directa, sin mediación del lenguaje.

Ahora bien, el ingreso a las relaciones de objeto da la entrada al *complejo de Edipo*, troca la dualidad inicial entre el yo y el objeto por la disposición triangular del complejo y hace un corte al narcisismo primario. Primero, el naciente yo del niño desarrolla una *investidura de objeto hacia la madre y se identifica con el padre*. Es menester anotar que la fuente de la investidura parte del ello, “[...] que siente las aspiraciones eróticas como necesidades” pero que “[...] no puede vivenciar o experimentar ningún destino exterior si no es por medio del yo [...]” (Freud, [1923], pp. 31, 39)<sup>18</sup>. Segundo, el yo percibe que el padre constituye un obstáculo de la relación con la madre. “La identificación-padre cobra ahora una tonalidad hostil, se trueca en el deseo de eliminar al padre para sustituirlo junto a la madre” (Freud, [1923], p. 33)”. Queda reforzada la ambivalencia inicial de la identificación con el padre, que en lo futuro tendrá grandes consecuencias —recuérdese el complejo paterno, hallado en el caso de Schreber y en otros casos clínicos. Empero, la aspiración sexual del niño hacia su madre, su consumación en el incesto y la eliminación del obstáculo paterno son prohibidas por la cultura, por lo cual el complejo de Edipo debe ser reprimido.

Huelga señalar aquí que para comprender el complejo de Edipo “completo”, que suele ser el más común, deben ser consideradas las actitudes activa y pasiva del niño frente a sus padres. Así, se presenta, además de la versión “positiva” ya expuesta, una versión “negativa”, en la que el niño se identifica a la madre y la investidura de objeto se dirige al padre. Estas versiones pueden entenderse como los dos polos de una serie en cuyos extremos no se encuentra ningún caso particular (Freud, [1923], p. 35). No obstante, si se habla en términos de función y no de quienes se encargan de su ejecución, se debe aceptar al complejo “positivo” como el auténtico.

Para abordar la represión del complejo de Edipo es necesario hacer un recurso a otra obra de Freud en la que se teoriza específicamente su motivo. En el *Sepultamiento del complejo de Edipo* de 1924, Freud lee una función muy importante en la amenaza de castración que los padres suelen hacer a sus hijos. Esta suele presentarse, sobre todo, para amedrentar al niño respecto a su actividad masturbatoria, no obstante, representa un castigo ante su “indebida” temprana actividad sexual, específicamente, ante la aspiración sexual inherente a la investidura de objeto hacia la madre. Su significatividad cobra vigencia en el momento en que el niño repara en la falta de pene de la madre, pues con esto se figura la realización de la amenaza y contempla la posibilidad de su propia

---

<sup>18</sup> En un apéndice al texto en cuestión ([1923], 63-66), Strachey discute sobre cierta ambigüedad de Freud respecto a la localización de la fuente de la libido. ¿El “gran reservorio de la libido” se encuentra en el ello o en el yo? Para nosotros se trata de la reedición de uno de los problemas que causaba la disyunción entre libido yoica y libido sexual: ¿Desde dónde ama el sujeto? La común respuesta metafórica señala que la ambigüedad teórica es fiel a la experiencia: «Yo te amo con el corazón».

castración. En el caso del complejo de Edipo “negativo”, la castración representa la premisa de la investidura de objeto con el padre, a saber, la identificación a la madre (Freud, [1924a], p. 184).

Se instaura así un conflicto entre la investidura libidinal y el narcisismo que quiere conservar esa parte del cuerpo. En la mayoría de casos —la excepción dará como resultado una perversión— triunfa el narcisismo y el complejo de Edipo queda sepultado —reprimido— por el complejo de castración y su arredramiento de la temprana sexualidad (Freud, [1924b], pp. 182-184). Por lo demás, esto explica que a continuación sobrevenga un período de latencia de la sexualidad. Sin embargo, ello no quiere decir que el Edipo desaparezca: como todo sepultamiento, este no carecerá de la tan simbólica sepultura.<sup>19</sup>

Entonces, ¿cuál es el efecto de la represión del complejo de Edipo?

*Así, como resultado más universal de la fase sexual gobernada por el complejo de Edipo, se puede suponer una sedimentación en el yo, que consiste en el establecimiento de estas dos identificaciones [al padre y a la madre], unificadas de alguna manera entre sí. Esta alteración recibe su posición especial: se enfrenta al otro contenido del yo como ideal del yo o superyó. (Freud, [1923], pp. 35-36)<sup>20</sup>*

Lo mencionado acerca del ideal del yo y la conciencia moral en el anterior subcapítulo se aclara y reafirma con la estructuración del superyó; este se encarga de observar, censurar y criticar —o reprochar— al yo.

De esto modo, la instancia superyoica es la fuente de lo más “elevado” del ser humano: los ideales, la conciencia moral, el sentimiento social y la religión. Pero también guarda estrecha relación con lo más primitivo del sujeto, pues es el efecto de la prosecución de las mociones libidinales del ello y es, en gran medida, también inconsciente. Es “[...] la agencia representante {*Representanz*} de nuestro vínculo parental” y, como tal, alberga una contradicción (Freud, [1923], p. 37). Contiene tanto la identificación al padre —que retiene la elección de objeto hacia la madre— como la prohibición de ostentar su lugar, el lugar de quien tiene permitido el encuentro sexual con la madre. “«Así (como el padre) *debes ser*», [...] «Así (como el padre) *no te es lícito ser* [...]»” (Freud, [1923], p. 36). Leemos en esto algo de suma importancia: el superyó representa un límite “atractivo” y “repulsivo” para el yo. De modo que la satisfacción

---

<sup>19</sup> Respecto al complejo de Edipo en la niña, Freud [1924b] indica que “[...] es raro que vaya más allá de la sustitución de la madre y de la actitud femenina hacia el padre” (p.186). La niña considera que su pequeño clítoris es el residuo de una castración consumada, pero no extrapola esta deducción hacia otras mujeres. Entonces, la castración, aceptada como condición, establece la ecuación simbólica «pene=hijo» y dispone en la niña el deseo de recibir un hijo de su padre. Debido a la prohibición del incesto, el Edipo quedará reprimido y esta aspiración mudará en el deseo de recibir un hijo de un hombre, fuera de las relaciones filiales.

<sup>20</sup> Las cursivas son de Freud.

narcisista del ideal del yo, de la que se habló cuando se describían las parafrenias (ver acápite 1.3.1.), merece ser revisada. En realidad, el ideal del yo no representa “un bien a alcanzar” para el yo porque, por la prohibición, es “malo alcanzar el bien” y “bueno alcanzar el mal”. La “satisfacción superyoica”, por así llamarla, estaría dada en el juego entre el bien y el mal: trocando ocultamente uno por otro, engaña al yo respecto a lo que cree buscar y alcanzar. Esta disposición, le asegura al superyó el estatuto de límite del yo, de corte del narcisismo primario y repercute en las futuras elecciones de objeto, cuyo usufructo no podrá salir de la ambigüedad que mezcla placer y displacer.

Queda, así, el sujeto estructurado, dividido en ello, yo y superyó. El yo, por su estrecho vínculo con el mundo externo, por su capacidad de acceder a los procesos de pensamiento y por cierto gobierno de la motricidad, se cree el único e independiente soberano. Sin embargo, desconoce los múltiples vasallajes de los que es objeto. “Como ser fronterizo, el yo quiere mediar entre el mundo y el ello, hacer que el ello obedezca al mundo, y —a través de sus propias acciones musculares— hacer que el mundo haga justicia al deseo del ello” (Freud, [1923], p. 56). Pero también los dictámenes del superyó se le imponen como imperativos categóricos, que tienen la peculiar característica de ser, a la vez, acatamiento y *formación reactiva* ante las mociones pulsionales del ello. Y si el superyó es el efecto de la incidencia de la castración en el complejo de Edipo, se servirá también de esta para asegurar la obediencia del yo: “[...] ella [la angustia de castración] es la que se continúa como angustia de la conciencia moral” (Freud, [1923], p. 58).

#### 1.4.2. *La dualidad de la psicosis*

Ahora, ¿qué nos dice la “segunda tópica” respecto a la psicosis? Como se ha mencionado antes (ver acápite 1.3.2.), la melancolía y la manía son efecto de una fijación en el narcisismo primario, cuya secuelas se manifiestan en peculiares relaciones entre el yo y el ideal del yo —o superyó. Entonces, podemos afirmar que en estas se mantiene la dualidad previa al complejo de Edipo. De hecho, en la melancolía se halla esta dualidad entre el yo, plenamente identificado al objeto, y el severo superyó que lo ataca. En la manía se trata de la misma dualidad, con la diferencia de que el yo toma el lugar del superyó, triunfando sobre el objeto. Empero, se nos objetará que allí se ponen en juego tres elementos, a saber, yo, objeto y superyó. Respondemos que es cierto, no obstante, en ambos casos uno de los elementos se desvanece por la identificación a otro. La cuestión se esclarece si se considera el triángulo edípico en estos términos: yo-niño,

objeto-madre (prohibido y perdido), identificación-padre<sup>21</sup> (prohibición y superyó). Melancolía y manía resultan de la “cancelación” de uno de los terceros: en la melancolía el yo es el objeto perdido que recibe toda la severidad de la identificación-padre; en la manía el yo es la identificación-padre que supera al objeto perdido, es decir, supera la pérdida misma y adquiere ese estado jubiloso de “completud”.

Recuérdese: el delirio de grandeza de los parafrénicos es la manifestación de la investidura del yo con libido, sustraída de los objetos (ver acápite 1.3.1.). Se presenta como la tramitación psíquica del mismo proceso patológico que motiva los estados de manía. Por ello, en las parafrenias se asiste también a ese retroceso hacia la dualidad. Si se considera que las investiduras de objeto posteriores al complejo de Edipo son el resultado de la prohibición paterna del encuentro con el primero objeto, se puede comprender algo más sobre el extrañamiento del mundo: La identificación padre y la prohibición misma “fallan”, vale decir, el sujeto no da cabida a la amenaza de castración. Y no es que esta “falla” ocurre en el momento en que inicia el proceso patológico; más bien, es necesario suponer que siempre ha estado allí.

Las relaciones de objeto de tipo narcisista, condiciones de la conformación de los cuadros parafrénicos, melancólicos y maniacos, participan de aquella mezcla preedípica entre investidura e identificación. La relación de este tipo de sujetos con el mundo está sostenida sobre esta mezcla, de modo que las inevitables vicisitudes en sus relaciones con los objetos acarrearán una intensa desestabilización del yo. Por ello, una frustración en este terreno tiene tan graves consecuencias: desmoronan el mundo entero del sujeto, obligan a una pérdida y/o reconstrucción del yo y, consecuentemente, a una cancelación de la relación con el mundo y a la retirada de libido hacia el yo, que esto requiere.

La paranoia consistiría en el intento de restitución, de reconstrucción del mundo, después de que el delirio de grandeza ha podido dar un lugar y una forma al yo. Entonces, el mundo se levantaría sobre la base de una relación con un objeto homosexual<sup>22</sup> (Ver acápites 1.2.2. y 1.2.3.). Empero, la problemática seguiría siendo dual: «Yo amo al *varón*». Esta vez, el tercero “cancelado”, la identificación-padre, retorna en el delirio y en la alucinación —lo que antes (acápites 1.1.2. y 1.2.2.) se denominaba «proyección» ahora puede ser entendido como «retorno»— y su intervención puede ser rastreada en el complejo paterno y en las tres primeras formas de contradicción gramatical de la frase —la cuarta forma corresponde al momento previo de

---

<sup>21</sup> Se agrega aquí que esta identificación parece constituir el punto que posibilita la separación y la articulación entre identificación primaria (el yo es el objeto) y futuras identificaciones (el yo *tiene rasgos* del objeto), y entre narcisismo primario y superyó.

<sup>22</sup> Por lo demás, este objeto homosexual sería “la otra cara de la moneda” de la identificación al padre.

desinvertidura de los objetos. En la esquizofrenia —parafrenia propiamente dicha— el panorama es más oscuro. Su intento de restitución estaría ligado a la relación entre las zonas erógenas y los restos de representación-palabra, que Freud ([1923], p. 53) atribuye al origen y al *devenir consciente* del superyó. Allí, tal vez, la dualidad misma quede fragmentada, empero, se dejará esto en suspenso, para retomarlo cuando se trabaje la relación entre psicosis y escritura (ver acápite 2.3.1.).

#### 1.4.3. *Neurosis y psicosis*

En *Neurosis y psicosis* y en *La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis*, ambas obras de 1924, Freud vuelve sobre lo elaborado respecto a la psicosis, confrontándolo al nuevo esquema del aparato psíquico. Estos trabajos dan testimonio de una modificación terminológica, pues en ellos Freud utiliza el nombre «psicosis» para el grupo paranoia-esquizofrenia y «psiconeurosis narcisista» para las afecciones que encontrarían su paradigma en la melancolía<sup>23</sup>. Desconocemos las razones de este cambio; tal vez, se debió a la prevalencia nosológica de la psiquiatría de esa época. Empero, de ello resultó la publicación de las dos únicas obras freudianas que llevan en su título la voz «psicosis» y que representan los últimos aportes de Freud a este campo. Intentaremos extraer lo esencial de ellas y haremos, como Freud, una confrontación con aquello que hemos desarrollado sobre las psicosis.

Consideramos que lo que está puesto en juego en *Neurosis y psicosis* son los *vasallajes del yo*. De suerte que Freud atribuye el tipo de resultado patológico de un conflicto psíquico a la mayor fidelidad que el yo demuestre para con uno de sus amos: ello, superyó y realidad —o mundo exterior. El punto desencadenante de la enfermedad seguirá siendo una *frustración* {*Versagung*}, “[...] el no cumplimiento de uno de aquellos deseos de la infancia, eternamente indómitos, que tan profundas raíces tienen en nuestra organización comandada filogenéticamente” (Freud, [1924a], p. 157). Si bien la frustración es siempre externa, puede partir del superyó “[...] que ha asumido la subrogación del reclamo de la realidad” (Freud, [1924a], p. 157)<sup>24</sup>. Pero además, Freud [1924a] afirma que el gobierno del mundo externo no solamente se efectúa a través de

---

<sup>23</sup> El término «psiconeurosis narcisista», hasta este momento de la teoría, hacía referencia a la melancolía y a las psicosis (esquizofrenia y paranoia), a las que Freud todavía llamaba «parafrenias» (Laplanche y Pontalis, 1979, p. 263). Puede ser entendido como el nombre de una subclasificación de las psicosis, pues, queda implícito que con él Freud [1924a] separa “[...] de las otras psicosis estados como el de la melancolía” (p. 158).

<sup>24</sup> Nos preguntamos aquí si Freud se retractó de la atribución del examen de realidad al yo. Creemos que no es así, pues calza muy bien que el superyó, en calidad de “ordenador” de las relaciones de objeto y de las identificaciones, participe, en una o en otra medida, del juicio sobre la realidad que le llega al yo por la percepción.

las percepciones actuales, sino también mediante “[...] el tesoro mnémico de percepciones anteriores que forman, como «mundo interior», un patrimonio y componente del yo” (p. 156). Aquí leemos tres modos de la realidad en relación al sujeto: la percepción del mundo externo, el «mundo interno» del yo y la realidad reclamada por el superyó.

Ahora bien, en el inicio del texto Freud [1924a] postula la siguiente fórmula: “*La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior*” (p. 155)<sup>25</sup>. El conflicto neurótico responde a una inclinación del yo ante las demandas del superyó que, en calidad de heredero del complejo de Edipo y de subrogado de los influjos de la realidad, obliga al yo a reprimir las mociones pulsionales del ello. En efecto, en la neurosis los reclamos del superyó tienen más peso para el yo que las exigencias pulsionales del ello. Por el contrario, en la psicosis las presiones del ello triunfan y perturban la relación del yo con la realidad.

Es interesante que para demostrar esta perturbación Freud vuelva sobre el cuadro de *confusión alucinatoria* —o *amentia de Meynert*—, al que había dedicado parte de una de sus primeras publicaciones: *Las neuropsicosis de defensa* (ver acápite 1.1.1.). En aquel texto, Freud afirmaba que la *defensa* particular a esta patología es “más enérgica y exitosa” que los tipos de defensa encontrados en la histeria, en la neurosis obsesiva y en la fobia; defensa que consistía en una desestimación o rechazo [*Verwerfung*] de la representación insoportable junto con su afecto. En *Neurosis y psicosis*, indica que en este cuadro no solamente se *rehúsan* las percepciones, sino también se resta importancia al mundo interior (Freud, [1924a], p. 156). Puede comprenderse ahora que lo desestimado es una frustración de deseo del ello: el yo se comporta como si aquella parte frustrante de la realidad —la representación— no hubiera llegado; el mundo interno —que suele anotar al neurótico de lo que no quiere saber de la realidad— también es desestimado y, consecuentemente, falta el afecto de frustración concomitante. Como contraparte, el yo se crea un nuevo mundo exterior e interior y lo erige acorde a las mociones del ello.

Se sabe ya que este último tramo del proceso, que se superpone y “parcha” al anterior, corresponde al intento de restitución o reconstrucción del mundo —Freud ([1924a], p. 157) ahora lo llama “intento de curación”. Se sabe también que el rechazo —o desestimación— de la realidad consiste en una retirada de libido de los objetos y su reconducción hacia el yo. Se entiende que uno y otro tramo del proceso responden a mociones pulsionales del ello. Empero, ¿qué ocurre con el superyó y con aquella

---

<sup>25</sup> Las cursivas son de Freud.

realidad que subroga? Por otra parte, ¿qué decir de la representación insoportable reprimida —o asilada— (ver acápites 1.1.1. y 1.1.2.) en la neurosis? ¿No acarrearía esto también un conflicto con la realidad?

En *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis* se hallan vías para contestar estas preguntas. En la neurosis la represión de una parte del ello, debida al servicio del yo por el superyó y por la realidad, es solamente el primer paso, su condición inconsciente previa, por así decir. La neurosis misma, lo que se muestra como síntoma, “consiste, más bien, en los procesos que aportan un resarcimiento a los sectores perjudicados del ello [...] El aflojamiento del nexo con la realidad es entonces la consecuencia de este segundo paso [...]” (Freud, [1924c], p. 193). Se trata del conocido *retorno de lo reprimido*, que provoca la pérdida de realidad del fragmento que condujo a la represión de la moción del ello.

Se desdibuja así aquella diferencia tajante entre neurosis y psicosis, establecida en la fórmula mencionada arriba. El nexo entre el sujeto y la realidad siempre se ve turbado por las afecciones psíquicas; y si se considera que ninguno está exento de sufrirlas, entonces este tipo de perturbaciones representan una condición humana. Sin embargo, insiste una diferencia entre los síntomas, diferencia que merece tener un lugar en la teoría. En relación al par neurosis-psicosis —no se tratará aquí la perversión— Freud [1924c] la describe claramente: “[...] en la psicosis, a la huida inicial sigue una fase activa de reconstrucción; en la neurosis, la obediencia inicial es seguida por un posterior {*nachträglich*} intento de huida” (p. 195). Esta diferencia da cuenta de otra que, empero, Freud no señala: En la neurosis, el primer tramo del proceso de formación corresponde a un sometimiento del ello por presión del superyó, el segundo constituye un resarcimiento del ello; en la psicosis, ambos tramos manifiestan el poderío y triunfo del ello. ¿Por qué ocurre esto?

Formulamos una hipótesis a este respecto: En el primer tiempo de la psicosis faltan las exigencias del superyó y el influjo de la realidad que subroga en relación a las mociones del ello. Pero esto no quiere decir que estas exigencias falten del todo. Su presencia queda corroborada por el hecho de que parte del descubrimiento del superyó y de su relación con el yo debe ser adjudicado al estudio de las psicosis, la melancolía y la manía. Entonces, nos mantenemos en la afirmación de que en estas afecciones se conserva la dualidad preedípica, como si hubieran quedado estancadas en el primer momento del complejo de Edipo (ver acápite 1.4.2.). El “tercero” del complejo, la identificación-padre, el resorte que lleva a la conformación del superyó en la neurosis, es “cancelado” —alternativamente podría decirse «desestimado», «rechazado» o «rehusado»— y nunca se establece el estatuto de subrogado psíquico de la realidad que

el superyó posee para el neurótico. No obstante, tal tercero se impone como un componente fundamental en los síntomas del psicótico.

Freud [1924c] mismo da cuenta de esto último: Describe la reconstrucción de la realidad dividida en dos vías. Primero (no es una ordenación cronológica), se remodelan “[...] los sedimentos psíquicos de los vínculos que hasta entonces se mantuvieron con ella [realidad], o sea en las huellas mnémicas, las representaciones y los juicios [...]”, vale decir, se remodela el mundo interior (p. 195). Segundo, las percepciones del mundo exterior deben corresponder a la realidad reconstruida, lo cual ocurre mediante la alucinación. Sin embargo, si todo esto es “dirigido” por las mociones del ello, ¿por qué las alucinaciones resultan angustiantes para el psicótico? “Es probable que en la psicosis el fragmento de la realidad rechazada se vaya imponiendo cada vez más a la vida anímica, tal como en la neurosis lo hacía la moción reprimida [...]” (Freud, [1924c], 196). Y si se toma en cuenta que en el Edipo, la identificación-padre es también resultado de la prosecución de los deseos del ello, entonces se comprende aquello que emparenta y, a la vez, separa neurosis y psicosis en sus segundos momentos: en ambos casos se trata de un *retorno* que, empero, da cuenta de dos formas absolutamente distintas de relación con la realidad y de relación con las pulsiones.

Huelga señalar que en *Neurosis y psicosis*, Freud [1924a], dando lugar al superyó en su “esquema de conflictos”, añade lo siguiente a la fórmula que citamos arriba: “[...] la neurosis narcisista [corresponde] al conflicto entre el yo y el superyó [...]” (p. 158). Esto cuadra bien con aquello que se ha dicho sobre la dualidad en la melancolía (ver acápite 1.4.2.). Entonces, debemos preguntarnos: ¿dónde queda el ello? Consideramos que en la melancolía, como en las otras psicosis, el ello sale triunfador, pues de él extrae el superyó el sadismo que ejerce contra el yo. No obstante, ¿en realidad se trata del superyó? Tal vez aquí nos distanciamos de Freud, pero solamente porque tratamos de llevar hasta las últimas consecuencias sus propias hipótesis. Si la melancolía da cuenta del funcionamiento del superyó en las neurosis —de su oposición al yo, de su crítica severa, etc.— es porque muestra lo que ellas esconden. Si el yo melancólico puede darse muerte en la medida en que ocupa la posición de objeto, ¿no sería cabal considerar al asesino del cual es objeto, en términos de algo *real* y no como un mero subrogado de la realidad en lo psíquico, que no tiene acceso a la motilidad sino a través del aquel a quien quiere matar?

Finalmente, Freud ([1924c], p. 159) se formula una interrogante de enormes consecuencias; interrogante que, para nosotros, ha atravesado todo su trabajo en relación a las psicosis: “¿Cuál será el mecanismo, análogo a una represión, por cuyo intermedio el yo se desase del mundo exterior?” Hemos ya trabajado sobre este punto:

¿se trata de una “cancelación”, de un rechazo, una desestimación, un rehusamiento o, inclusive (ver acápite 1.1.2.), de una abstinencia o de una denegación de creencia? Se dejarán las respuestas a esta y a la pregunta del párrafo anterior para el próximo subcapítulo.

## 1.5. Lacan y la psicosis

Jacques Lacan, médico psiquiatra y psicoanalista francés, ingresa al campo del psicoanálisis con su tesis doctoral, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* de 1932, en la que dedica un estudio sistemático a la vasta literatura sobre la paranoia. Allí mismo, al abordar un caso particular, el caso “Aimée”, hace una apuesta por el psicoanálisis, apuesta cuyos frutos no cesarán de aparecer. Con una perspectiva que puede ser descrita por la frase “no se vuelve loco el que quiere”<sup>26</sup>, llevó su investigación sobre la causa última de la locura a lugares poco abordados. Sobre la base de la conjunción entre su trabajo clínico dentro y fuera del hospital, la lectura minuciosa de la Obra freudiana y un vasto conocimiento de distintas disciplinas, hace una *lectura de estructura* del psicoanálisis.

“Toda la obra del “primer Lacan” puede leerse como un inmenso comentario en torno al descubrimiento freudiano del inconsciente y a los modos de abordarlo” (Braunstein, 1985, p. 172). Esta etapa de su enseñanza llega a un punto de “clímax” con su expulsión de la “Asociación Internacional de Psicoanálisis” y la inauguración de su *Seminario*, ambos acontecimientos ocurridos en 1953. En este período aparecen tres trabajos que consideramos fundamentales en el abordaje de la psicosis y que, por tanto, serán tratados en los siguientes acápites. El giro hacia el segundo momento de su enseñanza se marca con la fundación de la “Escuela freudiana de Paris” y con el trabajo de Seminario del año 1964, cuyo libro se intitula *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Su hipótesis “*el inconsciente está estructurado como un lenguaje*”, enunciada el veintidós de enero del año mencionado, le llevará a la elaboración de nuevos conceptos y propuestas originales que, sin embargo, nunca se opondrán al sentido del retorno a Freud.

Por motivos de extensión del presente trabajo y por la enorme dificultad que implica un estudio que abarque todos los puntos y virajes del trabajo de Lacan, nos

---

<sup>26</sup> Frase que se encontraba escrita en un muro de la sala de guardia del Hospital Sainte-Anne, donde trabajó Lacan. En su texto *Acerca de la casualidad psíquica* de 1946, hay una referencia a ella (Lacan, [1946], p. 166).

vemos obligados a obviar o a dar por conocidos ciertos conceptos y algunas elaboraciones, aunque sean necesarios para la dilucidación de la psicosis. Por lo tanto, este acercamiento no pretende ser exhaustivo; su objetivo es trabajar conceptos que, a la luz de un reducido conjunto de textos de Lacan, permitan releer aquello que Freud escribió y algo de lo que no llegó a escribir en relación a las psicosis.

### 1.5.1. *El Narcisismo y el estadio del espejo*

Partiremos de tres premisas que se desprenden de nuestro estudio de las elaboraciones freudianas sobre la psicosis. Primero, el lugar común en el que convergen sus trabajos sobre las psicosis es el narcisismo. Segundo, el estudio de la melancolía reveló un tipo de identificación narcisista originaria, anterior a la elección de objeto, determinante en algunas formas de psicosis. Tercero, se constató que ciertas instancias dependientes de la renuncia a las condiciones de dicho estadio, tales como el yo, el yo ideal, el ideal del yo y el superyó, presentan características particulares en las psicosis. En consideración a esto, es menester empezar el acercamiento hacia Lacan con un texto que vino a dar nuevas luces sobre este oscuro estadio del desarrollo infantil: *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*, de 1949. Este trabajo representa uno de los aportes lacanianos más reconocidos y en él se introducen importantes nociones sobre la constitución del yo, las relaciones imaginarias y la agresividad.

Lacan parte de la observación de un hecho que fue objeto de estudio de la Psicología comparada. La experiencia muestra que si un niño, en el período que va desde los seis a los dieciocho meses de edad, es colocado frente a un espejo, reacciona asombrándose y dando muestras de júbilo. A partir de esto, puede proponerse la hipótesis de que el niño reconoce su figura en el espejo. Lacan lee en este hecho un momento estructurante del sujeto, que muestra la naturaleza, función y formación del yo. Recalca que el júbilo con que el niño experimenta la percepción de su imagen da cuenta de

[...] la matriz simbólica en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. (Lacan, [1949], p. 87)

En un estado primordial, la situación precaria del *infans*, el caos pulsional que experimenta y la incoordinación motriz, le ubican en relación a un fantasma de cuerpo fragmentado, presente, entre otras manifestaciones, en los mitos, los sueños y en ciertas alucinaciones y delirios. Ante esta condición de pre-maduración acude en su ayuda un

soporte externo que le ofrece una imagen —*Gestalt*— que llegará a sostenerlo. El niño acepta esta imagen, la asume como propia y queda atrapado en ella. Esto permite a Lacan [1949] afirmar que lo que está en juego en el estadio el espejo es

[...] Una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo *imago*. (p. 87)

Lacan sugiere que esta forma imaginaria debería designarse como «*yo-ideal*», un yo ilusoriamente completo y unificado. Es una forma ideal que organizará el "[...] tronco de las identificaciones secundarias [...]", constituyendo, así, un modo de relación inicial del sujeto con los otros, marcado por la alienación en la imagen (Lacan, [1949], p. 87). Un modo dual de relación, en la que, a la par que se experimenta júbilo por el soporte anticipatorio, se advierte la distancia que separa el cuerpo de la imagen, relación conflictiva y necesaria que dejará profundas consecuencias.

[...] el punto importante es que esta forma sitúa la instancia del yo, aun desde antes de su determinación social, en una línea de ficción, irreductible para siempre por el individuo solo; o más bien, que solo asintóticamente tocará el devenir del sujeto, cualquiera que sea el éxito de las síntesis dialécticas por medio de las cuales tiene que resolver en cuanto yo [*je*] su discordancia con respecto a su propia realidad. (Lacan, [1949], p. 87)

El yo, resultado de esta identificación primordial, se sostendrá en la fragilidad de esa imagen y se verá empujado a buscarla, desconociendo la esencia de la trampa: él no es la imagen, la imagen no es él<sup>27</sup>. Esto implica que a la vez tendrá que soportar la fricción que se impone en el desencuentro con la realidad.

Esta enseñanza parte de un hecho experimental pero se aleja del mismo, pues tiene implicaciones que sobrepasan cualquier intento descriptivo: es un hecho estructural. La anécdota en relación al objeto espejo pasa a segundo plano, lo manifiesto es que todo sujeto nace inmerso en un universo de lenguaje que lo preexiste y determina. Ante la anarquía pulsional del niño un otro materno —o sus subrogados— con su deseo presupone un sujeto ahí donde solo hay carne, lo cubre con su voz y mirada, lo entrapa ofreciéndole una imagen que va acompañada de un “eso eres tú”. El sujeto se identifica con algo que no es, que nunca llegará a ser. Será necesaria la mediación a partir de un tercer elemento para atenuar o modificar este modo de relación, que, sin embargo, acompañará al sujeto hasta la muerte.

---

<sup>27</sup> Esta noción permite a Lacan, siguiendo a Freud, ubicar al yo como instancia de desconocimiento. Característica que se evidenciará tanto en la neurosis y su represión, como en las psicosis. Recuérdese que para Freud (ver acápite 1.1.2.) la paranoia resultaba del *olvido* —ahora podría decirse «desconocimiento»— de algo interno.

Estas formulaciones aportan elementos de análisis para el estudio de las psicosis. El psicótico ahora se muestra como alguien atrapado en este tipo de relación especular, preedípica, dual (recuérdese las formulaciones del acápite 1.4.2.). Tanto sus modos de elección de objeto en la fase pre-sintomática, como el particular modo de relacionarse con los objetos de su delirio, dan cuenta de una posición dual, que excluye la presencia de un tercero y que escapa a la dialéctica. Ilustración casi caricaturesca de esto ofrecen el paranoico con sus perseguidores, que en el fondo no son más que uno, múltiple en su unicidad, y el megalómano con su relación de privilegiada dependencia con un otro de proporciones cósmicas. Pero también otras formas de psicosis, como la “parafrenia confabulante” de la clínica alemana, revelan fallas al nivel de la imagen misma. Estos sujetos se muestran como títeres que pueden ser vestidos con cualquier imagen, aun cuando ninguna les de consistencia. ¿Qué ha ocurrido en el desarrollo libidinal de estos sujetos? ¿Por qué su desarrollo no ha seguido el curso previsto para las neurosis?

Como se mencionó antes (ver acápite 1.3.1.), para Freud el mecanismo que marca un corte en el narcisismo es la castración. Nuestra lectura de Schreber remarcó las particularidades con que esta se presenta en el desarrollo de la enfermedad (ver Nota al pie #5 del acápite 1.2.2.). También, los aportes de la segunda tópica freudiana informaron acerca de la importancia que esta tiene en el sepultamiento del complejo de Edipo y en la instauración del superyó (ver acápite 1.4.1.). En realidad, desde el comienzo del presente estudio, las psicosis se han mostrado como modos particulares de relación con las instancias resultantes de la castración. Por este motivo, el siguiente acápite se dedicará al estudio de la misma, a la luz de algunos trabajos de Lacan y otros textos de sus lectores.

### *1.5.2. La castración y el falo*

El complejo de Edipo es, sin duda, uno de los descubrimientos freudianos que tuvo más divulgación, llegando incluso a infiltrarse en el decir corriente de profesionales ajenos al psicoanálisis y en la cultura popular. Esto llevó a un uso indiscriminado de sus nociones y a perder de vista aquello que Freud descubrió como el pivote de su desarrollo y sepultamiento, a saber, la castración y su objeto.

A partir de su lectura de los textos freudianos, Lacan dedica un año entero de su *Seminario* al estudio de las particularidades de la noción de objeto en psicoanálisis. El libro en el que se transcribe tal trabajo, *Libro 4. La relación de objeto. 1956-1957*, testimonia la profundización en las minucias de los estadios denominados preedípico y edípico, y la interrogación sobre los elementos estructurales que se ponen en juego más

allá de la “novela familiar” del drama de los neuróticos. En nuestro recorrido (ver acápite 1.4.1.) se halló que la castración estaba condicionada por el hecho contingente de la “amenaza de castración”, la cual solo cobraba significación cuando el niño contemplaba a la “madre castrada”. Sin embargo, el objeto de esta castración se torna equívoco, sobre todo, si se pone en interrogación la sexualidad femenina. ¿De qué objeto se trata? Dejando a un lado los hechos, de los que puede o no ser víctima o testigo el niño, ¿por qué la castración tiene ese papel fundamental en el psiquismo de un sujeto?

Para responder estas preguntas se intentará desarrollar brevemente la relectura lacaniana del complejo de Edipo, con los denominados “tres tiempos del Edipo”. Téngase presente que estos no son tiempos cronológicos y que, aunque sirvan a la comprensión, los elementos que se juegan son términos funcionales, cuyo propio sentido cobra valor únicamente en su dialéctica.

Como se describió en el acápite anterior, a toda existencia humana le preexiste un deseo, deseo articulado en la cultura, es decir, en el lenguaje. Para que un hijo llegue al mundo es necesario que algo del deseo circule entre los padres. Así, del lado de la madre, un hijo tiene una importancia estructural. Recuérdese que Freud ([1924b], p. 186), postuló que la niña solo puede renunciar al falo<sup>28</sup> a través de un deslizamiento en la ecuación simbólica «*falo=hijo*» (ver Nota al pie #19 en el acápite 1.4.1.). Se trata de la promesa de un hijo, que resuelve el complejo de Edipo en la niña y la reclama como futura mujer. Lacan [1994], en la clase del 12 de diciembre de 1956, recalca este hecho advirtiendo que “El niño como real ocupa para la madre la función simbólica de su necesidad imaginaria” (p.73).

#### *-Narcisismo primario*

El niño viene a colmar el deseo de la madre y, en ese primer momento de la identificación narcisista, se logra de forma ficticia la relación ideal, dual y quimérica, en la que niño y madre no son sino uno. Sin embargo, *la ecuación simbólica no implica identidad*. La estructura misma del lenguaje hace de este escenario solo un momento marcado por la imposibilidad, pues el falo se interpone como un tercer término entre la madre y el hijo.

#### *-Primer tiempo*

Así, en esta etapa el niño se encuentra alienado en el imaginario de la madre que, también por la intervención del falo, le ubica en una segunda etapa identificatoria: la identificación con el deseo del otro. El niño ansía ser lo que a la madre le falta, “[...] para satisfacer lo que no puede ser satisfecho, a saber, el deseo de la madre, que en su

---

<sup>28</sup> Lacan [1994], en la clase del 28 de noviembre de 1956 del Libro de Seminario en cuestión, remarca que “[...] no se debe confundir falo con pene” (p. 33).

fundamento es insaciable, el niño, por la vía que sea, toma el camino de hacerse él mismo objeto falaz” (clase del 6 de marzo de 1957) (Lacan, [1994], pp. 196-197).

#### -Segundo tiempo

En este punto hace su ingreso el padre, quien privará a la madre de su *niño-falo* y a este de su satisfacción imaginaria de ser el falo de la madre. El niño se ve obligado a poner en duda su identificación con el falo y a renunciar a ser el objeto de deseo de la madre. Se percata que “a la madre le falta el falo, que precisamente porque le falta, desea, y que sólo puede estar satisfecha en la medida en que algo se lo proporciona” (clase del 27 de febrero de 1957) (Lacan, [1994], p. 192). Ese padre que entró en juego se muestra como un portador del falo, pues la madre lo desea; aparece, así, para el niño como el objeto fálico posible. Es el dominio del *padre imaginario*, precisamente el momento de la identificación-padre de la que se habló en el acápite dedicado al Edipo freudiano. A este padre “[...] se refiere muy a menudo toda la dialéctica, la de la agresividad, la de la idealización por la que el sujeto accede a la identificación con el padre” (clase del 13 de marzo de 1957) (Lacan, [1994], p. 222). En este tiempo se pasa de la ilusión de ser el falo a la problemática de tenerlo.

#### -Tercer tiempo

Se marca así la entrada en el proceso de confrontación con la *castración simbólica* que, como dice Lacan [1994] en la clase del 28 de noviembre de 1956, “[...] sólo puede clasificarse en la categoría de la deuda simbólica” (p. 38). Entonces, se introduce la estructura misma del lenguaje con su ley fundamental: la prohibición del incesto y la renuncia al objeto. Se pasa del padre imaginario al *padre simbólico*, ese padre presupuesto y necesario, el *padre muerto* del mito freudiano de *Tótem y tabú*. Solamente asumiendo la castración el niño podrá aspirar a tener el falo, pues es necesario asumirla para reconocer que el padre solo es un poseedor temporario de este. Ese padre proviene de otro hombre, es portador de un nombre que le fue dado por otro padre, y, en esta ascensión de la cadena filial, se hallará el necesario padre muerto. Sobre este momento Lacan [1994], en la clase del 6 de marzo de 1957, dirá:

Se trata de que el niño asuma el falo como significante, y dé una forma que haga de él instrumento del orden simbólico de los intercambios, rector de la constitución de los linajes. Se trata en suma de que se enfrente al orden que hace de la función del padre la clave del drama. (p. 202)

Se llega así al final del Edipo, donde el sujeto ha recibido la significación fálica. La aceptación de la ley del padre produce una sustitución metafórica inaugural, un primer proceso de simbolización, la entrada del sujeto al orden simbólico: se reemplaza el falo por el *Nombre-del-Padre*. En el curso de este movimiento el falo es reprimido, produciendo la división del sujeto, por eso, una parte de él le será siempre desconocida,

inconsciente. Desde allí el falo insistirá, atraerá tras de sí otros significantes, marcando la entrada al mundo del deseo articulado en las leyes del lenguaje: metáfora y metonimia (Braunstein, 2006, pp. 86-100).

En esto último, se lee un momento estructurante del sujeto: su entrada en la cultura y su determinación como *ser hablante*, condición que lo mantendrá a distancia de aquel momento primordial del narcisismo y lo ubicará en las sendas del deseo. Alienación en la imagen —el otro— y alienación en la estructura del lenguaje —el Otro— ordenarán y estructurarán demandas y deseos. Como puede notarse, el punto clave es la castración; se entiende por qué Freud descubre que esta siempre resulta problemática. La neurosis y la psicosis —no se hablará aquí de la perversión—, resultarían ser modos de enfrentarse a la misma. Y, en este sentido, Contardo Calligaris (1991) afirma que “[...] cualquier tipo de estructuración del sujeto, sea neurótica o psicótica, es una estructuración de *defensa*<sup>29</sup>” ante la demanda imaginaria del Otro, la demanda de ser puramente objeto de goce del Otro (p. 14).

Como se ha destacado a lo largo del presente trabajo, la defensa puesta en juego en la psicosis resultaría ser más enérgica y exitosa. Pese a que Freud trabajó su especificidad hasta el final de su Obra, se sabe que no logró definirla con un concepto (ver acápite 1.4.2.). Será a partir de esta vía abierta que Lacan, apoyado en su trabajo clínico con psicóticos y en sus exhaustivas lecturas, emprenderá un camino cuyo resultado será la formulación de un concepto innovador, que otorga a las psicosis su estatuto de estructura clínica.

### 1.5.3. De la «*Verwerfung*» a la forclusión del Nombre-del-Padre

Los caminos señalados por Freud en relación a las psicosis tuvieron efectos en el abordaje que sus “continuadores” dieron a la cuestión de la locura, mas, muchos de ellos se alejaron bastante del sendero trazado. Aunque el fundador del psicoanálisis siempre insistió en las particularidades y especificidad de estas “patologías”, muchos autores denominados analíticos parecen haberse esforzado en plantear la locura como una potencialidad humana, olvidándose así de los límites esenciales entre neurosis y psicosis.

Se regresó así a una concepción anterior, en la que las psicosis se diferenciaban de las neurosis solamente por el grado de gravedad de los síntomas. Estas premisas dieron como resultado la aplicación de un modo terapéutico que variaba de autor a autor, pero que en el fondo partían de una misma condición: si la psicosis se caracteriza por una relación alterada del yo con la realidad, es sobre el yo que se deberá trabajar, para

---

<sup>29</sup> Las cursivas son nuestras.

“fortalecerlo”, “dominarlo”, “educarlo” o “adaptarlo”. Los efectos que resultaron de dichos métodos terapéuticos no han sido ampliamente estudiados.

Esa es la situación en la que se encontraba el concepto de psicosis según informa Lacan en el año de su Seminario —1955-1956— dedicado a las estructuras freudianas de las psicosis . Obra cuya transcripción se ha propuesto bajo el título de: *Las psicosis*. En este texto se encuentra todo un trabajo alrededor de las psicosis, particularmente aquella de Schreber; trabajo que conjuga brillantemente la experiencia clínica, la lectura de la obra freudiana, la dialéctica hegeliana, los aportes de la lingüística y el estructuralismo, y que concluye con la postulación de un mecanismo específico de las psicosis. Por motivos de extensión no se abordarán todos los aspectos allí expuestos, se trabajará solamente algunos elementos que se conjugan con las interrogantes surgidas de nuestra propia lectura de Freud. Además, este estudio no se restringirá al texto en cuestión, también se valdrá de otro trabajo de Lacan, *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, terminado en 1958, y de otras obras de lectores de Freud y Lacan.

Lacan, formado en la psiquiatría francesa de enorme riqueza clínica, ante la psicosis da un lugar privilegiado a la alucinación. Esta se muestra como uno de los síntomas más reveladores de las llamadas “locuras” y, aunque se las ha estudiado desde distintos campos del saber, escapan a cualquier intento de comprensión concluyente. Para Lacan, el problema en el abordaje de las psicosis radica en el hecho de que cualquier concepción —llámese esta organicista, mecanicista, dinamista o psicologista— parte de la suposición de un yo autónomo y unificador de las percepciones, aquel que debería dar cuenta de aquella “percepción sin objeto” de la que el psicótico es testigo.

Esas posiciones se atienen a pedir razón al *percipiens* de ese *perceptum*, sin que a nadie se le ocurra que en esa pesquisa se salta un tiempo, el de interrogarse sobre si el *perceptum* mismo deja un sentido unívoco al percipiens aquí conminado a explicarlo (Lacan, [1958], p. 514).

A la luz del psicoanálisis, es posible recalcar que dicha suposición es, valga la redundancia, solamente un supuesto, y que en el fenómeno de la alucinación lo que es manifiesto es que las “voces” vienen a fraccionar al sujeto: él mismo no es capaz de darles un sentido unívoco. La alucinación habitualmente lo ubica, al menos inicialmente, en el orden de la perplejidad. ¿De qué se trata esta alucinación?

Para responder a esta pregunta se partirá de la siguiente premisa: “[...] el emisor es siempre al mismo tiempo un receptor” (clase del 23 de noviembre de 1955) (Lacan, [1984], p. 40). Uno escucha las palabras que pronuncia. Lacan [1958] señala que esa palabra escuchada por el alucinado habla “alusivamente” de él. Rememora, entonces, aquel descubrimiento de Jules Séglas (1856-1939), la *alucinación psicomotriz*, en la cual

el enfermo esboza la gesticulación de aquello que dice oír. Lo que se destaca en el fenómeno alucinatorio es el hecho de que el sujeto le habla al yo, como un tercero que comenta sus actos. Pero el asunto no se resuelve con estas formulaciones porque el sentido mismo de lo escuchado<sup>30</sup> es siempre esquivo.

Por otro lado, en las psicosis se destaca el hecho que nada ahí entra en el orden de la “comprensión”. Así, el delirio, otro signo de la psicosis, “[...] no es deducido, reproduce la misma fuerza constituyente” (clase del 23 de noviembre de 1955) (Lacan, [1984] p. 33), en última instancia un delirio es un delirio porque no es dialéctico, no es una interpretación de lo alucinado, no es “razonado”, escapa a todo intento de comprensión. Recuérdese que Freud trató de explicar el delirio a través del mecanismo de la *proyección* y, al profundizar en este con el caso de Schreber, reparó en que si tenía una función en las psicosis, era de un orden totalmente distinto que en las neurosis (ver acápite 1.2.3.). Esto parece haber sido descuidado por sus seguidores, provocando un uso escueto de este concepto. Para Lacan [1984] sería mejor abandonar el término de proyección, pues en las psicosis esta es “[...] el mecanismo que hace retornar del exterior lo que está preso en la Verwerfung, o sea lo que ha sido dejado fuera de la simbolización general que estructura al sujeto” (clase del 7 de diciembre de 1955) (p.73). Insistimos: es el retorno desde “afuera” de lo que nunca estuvo “dentro”, no el envío hacia fuera de lo interno.

Lacan [1958] revela que en las psicosis “[...] el síntoma, si se sabe leerlo, está más claramente articulado en la estructura misma”, es decir en la relación del sujeto con el significante (p. 519). Y es en este nivel donde se presentan los “trastornos” más determinantes. Una evidencia de este hecho es el *neologismo*, aquellas palabras que tienen un peso especial en el decir delirante y en las que la significación se impone como significación pura, saturando todo el campo de referencia. Este hecho contraría lo descubierto en términos de *Linguistería*<sup>31</sup>, a saber, toda significación remite necesariamente a otra significación. “Antes de poder ser reducida a otra significación, significa en sí misma algo inefable, es una significación que remite ante todo a la significación en cuanto tal” (clase del 30 de noviembre de 1955) (Lacan, [1984], p. 52). Asimismo, hay otros fenómenos en los que la palabra se torna estereotipada, vacía, repetitiva; a estos Lacan los denomina *estribillos*. Quedan así definidos a nivel del

---

<sup>30</sup> El abordaje de Lacan cuestiona el hecho mismo de que las alucinaciones sean acústicas, pues el análisis de los fenómenos y la variedad de los mismos dan cuenta de que dicha ubicación es solo aparente, y que hay otros fenómenos de palabra que no pasan por el oído. De estas últimas hay varios ejemplos en las *Memorias de un enfermo nervioso*.

<sup>31</sup> Neologismo establecido por Lacan ([1981], p. 7-8) en la llamada “Clase a Jakobson” (del 19 de diciembre de 1972) del libro 20 de su Seminario, para dar cuenta de que el abordaje del lenguaje en psicoanálisis no es una lingüística.

lenguaje dos tipos de fenómenos alucinatorios: la *intuición-palabra*, colmada de significación, y la *formula-estribillo*, carente de significación o con significación muy laxa. Para Lacan ambas tienen una función de “plomada en la red del discurso”, esto es, detienen la significación, hunden la red en las tinieblas de lo profundo y, a la vez, le dan piso (clase del 30 de noviembre de 1955 ) (Lacan, [1984], pp. 51-52).

Por otra parte, en la relación del neurótico con el significante “[...] el sujeto recibe su mensaje del otro en forma invertida”, lo que le incluye en la dialéctica del discurso (clase del 30 de noviembre de 1955) (Lacan, [1984], p. 57). Contrariamente, en las psicosis el sujeto recibe su propio mensaje a través de los otros de la relación dual, y lo recibe sin ninguna garantía que lo sostenga. Para Lacan [1984], esto da cuenta de que el recorrido de la palabra en las psicosis “[...] entraña una exclusión del gran Otro” (clase del 7 de diciembre de 1955) (p. 80). Lo que se pone en juego en las psicosis se cierra en los otros —con minúscula—, no es del orden de la creencia, se mantiene en la certeza alienante del espejo.

Ahora bien, ¿cómo se ha producido esta exclusión? ¿Qué efectos tiene en el sujeto? Estas preguntas refieren otra vez a la interrogante por el mecanismo último de las psicosis. Lacan [1984] dice lo siguiente:

[...] el texto de la *Verneinung* que comentó Hyppolite, permitió articular con precisión que hay un momento que, si puede decirse, es el origen de la simbolización. Entiendan bien: este origen no es un punto del desarrollo, responde a una exigencia; que la simbolización necesita un comienzo. Ahora bien, en todo momento del desarrollo, puede producirse algo que es lo contrario de la *Bejahung*, una *Verneinung* de algún modo primitiva, cuya continuación es la *Verneinung* en sus consecuencias clínicas. (p. 72)

A lo largo de todo el Seminario, Lacan [1984] insiste que hay que diferenciar la *Verwerfung* de la *Verneinung* —denegación—; lo que caracteriza a la *Verwerfung* es que todo lo *rehusado* —en el sentido que Lacan va dando al término «*Verwerfung*»— en el orden simbólico reaparece en lo real.

A la luz del caso Schreber, Lacan nos informa que lo que en la psicosis ha caído por la *Verwerfung* no es cualquier cosa, sino un significante, uno que es función primordial y estructurante. *Verwerfung* de la función paterna, “[...] no del padre natural, sino de lo que se llama el padre. El orden que impide la colisión y el estallido de la situación en su conjunto está fundado en la existencia de ese nombre del padre” (clase del 18 de enero de 1956) (Lacan, [1984], p. 139). Para dar cuenta de la especificidad del mecanismo, Lacan [1958] abandona el término «*Verwerfung*» e indica que:

La *Verwerfung* será pues considerada por nosotros como *preclusión*<sup>32</sup> del significante. En el punto donde, ya veremos cómo, es llamado el Nombre-del-Padre, puede pues responder en el Otro un puro y simple agujero, el cual por la carencia del efecto metafórico provocará un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica. (p. 540)

Esto se ubica en el tercer tiempo del Edipo que, como se vio antes (ver acápite 1.5.2.), es un momento decisivo en la estructuración psíquica. En la psicosis, lo que la clínica del desencadenamiento muestra es un agujero enigmático, revelador de una exclusión de la simbolización, de un hueco al nivel del significante.

Lacan [1958] se plantea la pregunta “¿cómo puede el Nombre-del-Padre ser llamado por el sujeto al único lugar de donde ha podido advenirle y donde nunca ha estado?” (p. 559). Este llamado a la función paterna puede ser efectuado por un padre simbólico, no necesariamente el padre biológico del sujeto, sino por *Un-padre*, ese lugar de la excepción. Además, se especifica una de las “coyunturas dramáticas” que ambienta el desencadenamiento de las psicosis. Coyuntura dada por el momento de la entrada de Un-padre, que se sitúa como tercero en “[...] alguna relación que tenga por base la pareja imaginaria a-a’, es decir yo-objeto o ideal-realidad [...]” (Lacan, [1958], p. 559).

Tal entrada provoca una exigencia de símbolo que, ante la imposibilidad de lo simbólico por su agujero, resultaría en una reacción en cadena marcada por el *desencadenamiento* del significante: disociación, fragmentación, estrépito del significante, descomposición del discurso “interior”. Las significaciones que hasta ese momento se jugaban, no eran fálicas sino errantes, “[...] un saber que no está organizado alrededor de una significación central” (Calligaris, 1991, p. 22). Y la exigencia inabordable del significante organizador liquida todo sentido: la retirada de investiduras {«*Besetzung*»}, de la que Freud habla, se muestra como una retirada de significación {«*Bedeutung*»}: el mundo ha perdido sentido. Como contrapartida, esto produce un “cataclismo imaginario”, el “fin del mundo” schreberiano, el *estado crepuscular* de las psicosis. Entonces, la alucinación: “[...] los significantes que fueron evocados por la imposición misma de referirse a una función paterna, los significantes de esa función paterna van a hablar en lo Real” (Calligaris, 1991, p. 39).

De esto último se desprenden algunos efectos imaginarios, de entre los cuales se destacan dos: Por un lado, una *regresión* al estadio del espejo, lugar del goce narcisista y

---

<sup>32</sup> Las cursivas son nuestras. Este término es el escogido por Tomás Segovia, traductor de los *Escritos*. Se sabe que ha prevalecido el término «forclusión», heteronimia del francés «*forclusion*», que, sin embargo, no exime de las complicaciones de la traducción. Por otra parte, Lacan [1984] informa que el término *Verwerfung* aparece en Freud de modo esporádico y no siempre en el mismo sentido, que en algunos casos él ha tenido que leerla ahí dónde no estaba escrita. De allí la necesidad de trocarlo por *forclusión*.

de la relación dual. Por otro, una identificación del sujeto al yo imaginario.<sup>33</sup> Después de esta primera etapa marcada por la perplejidad y la desestructuración, momento de la “muerte del sujeto”, empezará —como se ha visto ya (ver acápite 1.2.3. y 1.3.1.)— un intento de reconstitución a través del delirio “[...] hasta que se alcance el nivel en que significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante” (Lacan, [1958], p. 559).

Lacan [1958] señala algunos puntos de referencia sobre las condiciones en las que se puede producir la *forclusión*. Por una parte, el lugar que la madre le da a la palabra y a la ley del Padre es determinante para el ingreso del Padre simbólico. Por otra parte, la relación que el padre tenga con la ley tiene peso, pues, si este mantiene la posición imaginaria de ser el falo, también se impedirá el ingreso del niño a lo simbólico.

De lo elaborado surgen vías de abordaje de cuestiones planteadas antes, en relación al papel de la pulsión homosexual y a la pérdida de la realidad en las psicosis (ver acápites 1.2.2., 1.2.3., 1.4.2.). Respecto a lo primero, estando el psicótico capturado en la relación dual y entregado al deseo del otro, al incumplible deseo de ser su falo, se verá empujado a convertirse en *La mujer*, en la mujer imposible para el neurótico. “Sin duda la adivinación del inconsciente ha advertido muy pronto al sujeto que, a falta de poder ser el falo que falta a la madre, le queda la solución de ser la mujer que falta a todos los hombres” (Lacan, [1957-1958], p. 547). Respecto a lo segundo, para el psicótico, es desde el comienzo y en la realidad dónde hay pérdida: el agujero de lo simbólico (clase del 7 de diciembre de 1955) (Lacan, [1984], p. 71). Aquella falta del subrogado de la realidad, que el superyó representa para el neurótico, puede ser ahora retomada como *forclusión del Nombre-del-Padre*.

Queda así establecido el mecanismo de las psicosis, la forclusión del Nombre-del-Padre, que le da su especificidad y la diferencia radicalmente de las neurosis. El psicótico es alguien que, ante la demanda de la función paterna, revela un agujero en el significante, cuya sutura se ensayará con un movimiento también significante, a saber, la metáfora delirante. Sin embargo, no todos los psicóticos pueden construir una metáfora así; algunos quedan presos de los efectos del vacío inicial. En el medio hay una amplia gama de variantes clínicas.

#### 1.5.4. *El goce y la psicosis*

En psicoanálisis el objeto del deseo es siempre el objeto perdido, con el que se guarda una relación mortífera; recuérdese, por ejemplo, el objeto de la melancolía (ver

---

<sup>33</sup> Recuérdese todo lo que se ha desarrollado aquí respecto a la regresión al narcisismo (ver subcapítulos 1.2. y 1.3.).

acápite 1.3.2.). Si bien, la relación del sujeto con el objeto está de cierto modo guiada por el principio del placer, no debe olvidarse que hay un *más allá*; hay algo que trasciende al sujeto e insiste más allá del deseo. Así como en *Más allá del principio del placer*, de 1920, se atestigua este giro fundamental de la aproximación freudiana al deseo, en el trabajo de Seminario de Lacan, durante los años 1957 y 1958 —cuya transcripción se intitula *Las formaciones del inconsciente*— se produce un giro decisivo. Allí, Lacan propone una hiancia en el campo del Otro (Maleval, 2002, p. 103). En efecto, el lenguaje es incapaz de cubrirlo todo, en el Otro no hay ninguna garantía, hay algo que escapa a la simbolización y que reaparece eternamente. Este algo, oscuro y siniestro, recibe el nombre de «goce»<sup>34</sup>.

La introducción del goce tendría importantes consecuencias a nivel teórico y clínico. Por ejemplo, Maleval (2002) comenta que Lacan, en una conferencia inédita, dictada el 10 de noviembre de 1967 en el hospital Sainte-Anne —conocida como “Pequeño discurso a los psiquiatras”— se refiere al psicótico como aquel hombre libre, que tiene “el objeto *a* en el bolsillo” (p. 103). De este modo se articulaba al desencadenamiento del significante una *deslocalización del goce* que el psicótico sufriría.

Bajo estas premisas consideramos necesario trabajar algunos puntos de referencia en esa articulación goce-psicosis. En el texto *El goce. Un concepto lacaniano* de Néstor Braunstein (2006), se encuentra un punto de apoyo que nos proporciona cierta orientación:

El inconsciente, el inconsciente como saber insabido, es ese  $S^2$  que tiene como soporte al  $S^1$  que es el nombre-del-padre, palabra articulable que viene al lugar de la falta abierta por el Falo como -1 en la batería del significante, en el Otro, significando allí la Ley que decreta la exclusión de la Cosa como Real imposible. Y que deja, como el otro efecto de la articulación de la cadena significativa  $S^1 \rightarrow S^2$ , un resto que es el objeto @, un real contorneado por la pulsión y también exterior a lo simbólico [...]. (p. 93)

Se lee así cómo el lenguaje, aunque necesario, es insuficiente. No todo se somete a la Ley del Nombre-del-Padre, pues ese lugar también es un lugar en falta, el Otro también está tachado. No hay lenguaje que lo cubra todo, al contrario el lenguaje funda una “naturalidad” artificial, naturalidad paradójica que se expresa por ejemplo en la constitución del *superyó* y sus contradictorias exigencias. En este proceso algo cae, el objeto *a*, y se funda así, por un lado, un goce anterior, supuesto, mítico, y, por otro, un goce regulado por la palabra, pero no totalmente sometido a la misma. El deseo nunca

---

<sup>34</sup> No nos planteamos abordar este concepto de forma rigurosa y exhaustiva, pues para esto sería necesario un estudio profundo del grueso de la elaboración lacaniana. Aquí su introducción tiene como miras un primer acercamiento, a partir de lo que hemos ido elaborando en el presente trabajo, para poder articular algo de esto con lo que trabajaremos en el próximo capítulo.

será satisfecho, pues su funcionamiento se funda en una imposibilidad: objeto *a* como causa del deseo. Este objeto que no es objeto, que es pura letra (en el siguiente capítulo se abordará la cuestión de la letra).

Algunas de las manifestaciones de la psicosis —por ejemplo, la hipocondría, aquellas sensaciones de voluptuosidad en Schreber, ciertas alucinaciones— dan cuenta de una invasión del goce en el cuerpo. El Nombre-del-Padre, al estar forcluído, no puede cumplir la función de barrera ante el goce, función que cumple en la neurosis por ser instaurador de la ley. Él sujeto queda expuesto a ese goce anterior mortífero e invasor. “De este goce incomunicable, que prescinde del Otro y se aloja en un cuerpo que escapa a la simbolización, nos hablan, sin dirigirse a nosotros, los psicóticos” (Braunstein, (2006), p. 267).

Ahora se entiende mejor aquella formulación de Lacan acerca del psicótico y su bolsillo. El “loco” tiene una relación tan íntima y cercana con el objeto *a* porque no está sometido a la exigencia de interponer el significante (Braunstein, (2006), p. 270). Hay una correlación: el psicótico no está en el discurso (se ampliará esto en el acápite 2.3.3.) porque tienen un contacto directo con el goce y el objeto *a*. Esta situación, lejos de ser utópica, pone en evidencia el hecho de que el hombre no puede ser completo. Cuando se realiza la utopía neurótica en el psicótico, el sujeto queda en posición de objeto, de resto. Tómese en cuenta lo dicho respecto al melancólico (ver acápite 1.3.2.); ahora se muestra que su objeto no es sino el objeto *a*, de ahí su condición mortífera. A la vez, las alucinaciones del psicótico pueden ser consideradas como objetos *a* pululantes, introducidos ahí dónde deberían faltar a nivel del significante, anulando cualquier significación. Por otra parte, el esquizofrénico se muestra invadido por el goce; este desregula su cuerpo y desestructura el discurso al punto de dejarlo desamparado, abandonado al puro goce narcisista.

Como puede verse, este concepto permite articular en la teoría varios datos de la evidencia clínica. Más aún, permite decir algo de lo Real en juego en la psicosis —se han visto ya las implicaciones que esta estructura clínica presenta en relación a lo Imaginario y lo Simbólico. Se trabajará más sobre esto, cuando se aborde la cuestión de la letra y la relación entre psicosis y escritura (ver acápites 2.2.3. y 2.3.3.).

## 2. ESCRITURA Y PSICOSIS

En este capítulo trabajaremos la relación entre la estructura psicótica y la escritura. Para ello, nos aproximaremos al concepto de *escritura*, abordándolo mediante un recorrido bibliográfico que cruza por la Lingüística estructural y el Psicoanálisis. Este recorrido no pretende ser exhaustivo, más bien, responde a la necesidad de situar teóricamente la escritura, llevando un poco más allá ciertos conocimientos lingüísticos previos (efectos de las invitaciones lacanianas a “tomar en serio” el lenguaje y de la propia curiosidad). El lugar y la caracterización que demos a la escritura nos ubicará respecto al trabajo —y a los trabajos— del “Taller de escritura” que hemos construido. Así, podremos hablar de ciertas características de la escritura en la psicosis, sostenidos en algunos escritos del taller.

### 2.1. La escritura

El *Diccionario de la lengua española*, en su versión online, da las siguientes definiciones al término «escritura»:

1. f. Acción y efecto de escribir.
2. f. Sistema de signos utilizado para escribir. *Escritura alfabética, silábica, ideográfica, jeroglífica.*
3. f. Arte de escribir.
4. f. Carta, documento o cualquier papel escrito.
5. f. Documento público, firmado con testigos o sin ellos por la persona o personas que lo otorgan, de todo lo cual da fe el notario.
6. f. Obra escrita.
7. f. por antonom. La Sagrada **Escritura** o la Biblia. U. t. en pl. con el mismo significado que en sing. (Real Academia Española, 2013)

Estas siete definiciones pueden clasificarse en tres tipos: referente al objeto efecto de la escritura, referente a la acción o acto de escribir y referente al sistema semiótico con que se escribe o en el que algo está escrito. Es, sin duda, un concepto resistente a la definición, pues, por su estrecho vínculo —sea inclusión o vecindad— con el lenguaje, el trabajo de definición opera con aquello que se intenta definir, aunque no siempre. Tal vez esto recuerde a Pascal y a la imposibilidad de definir el ser; digamos: no se puede dar una definición (escrita) de escritura sin escribirla, sin letras, sin dejarla escrita. ¿Debería hablarse aquí de una “escritura objeto” y de una “meta-escritura”? Claramente, esta distinción lógica, russelliana, zanjaría la cuestión. Pero solamente si la cuestión se trata

de construir *la* lógica de la escritura, una lógica que se pretenda universal, inequívoca, carente de paradojas.

¿Podríamos exigir tal distinción a aquel paciente del neurólogo Henry Head, al que Jakobson [1956] hace referencia, quien, ante el pedido de que “[...] repitiera la palabra «no» repuso: «No, no sé cómo hacerlo»” (p. 9)? Se trataba de un caso de afasia, clasificada por Jakobson como “trastorno de la semejanza”, o trastorno del proceso metafórico. Pero no solamente los pacientes de neurólogos llevan a estos impases paradójicos; también los pacientes de psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas. En realidad, cuando se trata de construir o descubrir una —alguna— lógica del sujeto en su naturaleza “lenguajera”, así como Freud lo hizo, la cuestión obliga a trabajar con lo singular, lo equívoco y lo paradójico.

De todas maneras, no hemos perdido de vista una diferencia fundamental de la escritura: su definición puede también ser dicha. Tampoco pasamos por alto las distinciones en el seno mismo de la escritura: hay escrituras y escrituras, unas claras, otras oscuras, unas sagradas, otras notariadas, unas artísticas —bellas o feas— y otras también artísticas —teóricas o técnicas. ¿Hay acaso una psicótica?

### *2.1.1. Intentos de definición*

Se partirá con de Saussure, inaugurador de la lingüística contemporánea —en realidad, de la lingüística como tal— y, tal vez sin saberlo, del estructuralismo. “Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero [...]” (de Saussure, [1916], p. 41). Para el autor, la lengua es la lengua que se habla; no obstante, la lingüística debe separar lengua y habla, para encontrar en la primera su objeto esencial. La lingüística del habla, secundaria, es necesaria solamente porque despliega en su accionar la diacronía complementaria a la sincronía de la lengua. “La lengua es para nosotros el lenguaje menos el habla” (de Saussure, [1916], p. 101). La escritura, externa a la lengua, ¿es también externa al lenguaje? Dejando en suspenso esta interrogante, por lo pronto considérese que la escritura, al igual que la lengua, es “[...] un sistema de signos que expresan ideas [...]” (de Saussure, [1916], p. 32); por lo que ambas son objetos de la semiología, dedicada al estudio de la vida de los signos.

Para de Saussure [1916] solamente existen dos sistemas de escritura: “El sistema ideográfico, en el cual la palabra está representada por un signo único y ajeno a los sonidos de que se compone”, y el sistema fonético, cuyos signos representan los sonidos de las palabras (p. 43). Este último puede ser silábico o alfabético, vale decir, se basa

“[...] en elementos irreductibles del habla” (de Saussure, [1916], p. 43). Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov (1983), en su *Diccionario enciclopédico de ciencias del lenguaje*, también reconocen estos dos sistemas de escritura; empero, cambian de nombre al primero, agregan un tercero y llaman «principios» a los tres. Principios, más que sistemas coherentes, porque son distintos modos en que el signo escrito se relaciona con lo que representa y debido a que “[...] ninguna escritura de ningún pueblo obedece a un principio único [...]” —algo que también de Saussure apunta— (Ducrot & Todorov, 1983, p. 230).


Las definiciones que estos autores aportan son más precisas que las de de Saussure: “Primer gran principio: lo que podría llamarse la **morfemografía**<sup>35</sup>; el signo gráfico denota una *unidad lingüística significativa* (Ducrot & Todorov, 1983, p. 230). Este corresponde al sistema ideográfico de de Saussure, no obstante, la palabra «ideográfico» es equívoca, pues hace referencia al registro gráfico de una idea. Bajo este principio se rige gran parte de la escritura jeroglífica de los egipcios y gran parte de la escritura china. “Segundo gran principio: la **fonografía**, donde el signo lingüístico denota una *unidad lingüística no significativa*, un sonido o un grupo de sonidos” (Ducrot & Todorov, 1983, p. 230). Este corresponde al sistema alfabético que enuncia de Saussure y, de acuerdo a como él mismo lo clasifica, se organiza en alfabetos (un sonido) o en silabarios (grupo de sonidos). La cultura griega fue la primera que registró cada sonido del habla con un signo gráfico, por ello, muchos alfabetos actuales, entre los que consta el nuestro, son derivados del alfabeto griego (Ducrot & Todorov, 1983, p. 230). Tercer gran principio: de los *determinativos semánticos*: “Son signos gráficos añadidos al jeroglífico elemental, que permiten distinguir homónimos y precisar el sentido de la palabra” (Ducrot & Todorov, 1983, p. 232). Este procedimiento está presente en las escrituras predominantemente morfemográficas, no obstante, no les es exclusivo. Por ejemplo, en español, la tilde diacrítica, que no hace referencia únicamente al acento, permite distinguir gráficamente dos palabras homófonas que designan cosas distintas, así, «más», referente a la adición, puede ser diferenciado de «mas», que funciona como conjunción de adversidad.

También con Ducrot y Todorov (1983) se asiste a cierta ambigüedad a la hora de poner en relación el lenguaje y la escritura. A esta la definen así: “En sentido amplio, **escritura** es todo sistema semiótico visual y espacial; en sentido estricto, es un sistema gráfico de notación del lenguaje” (p. 228). Es decir que hay una escritura, al menos en su sentido amplio o “impropio”, que rebasa el lenguaje y le es exterior.

Esta “escritura exterior” es denominada *mitografía*: “[...] un sistema en el cual la notación gráfica no se refiere al lenguaje (verbal), sino que forma una *relación simbólica*

---

<sup>35</sup> Estas y otras negrillas dentro de las citas textuales son de Ducrot y Todorov.

*independiente*” (Ducrot y Todorov, 1983, p. 228). Se trata de un sistema semiótico autónomo, que se acerca bastante a la referencia del término «ideograma», y cuyos signos son *durativos* —no *puntuales*— y pueden ser “leídos” por medio de la vista y el oído. Los pictogramas son un ejemplo claro de este sistema: el signo «  », al que suele atribuirse una referencia general al servicio higiénico, dependiendo del lugar donde se encuentre, puede ser leído simplemente como “baños”, puede señalar la ubicación del cuarto donde se presta tal servicio o el hecho de que en un mismo cuarto se lo presta tanto a hombres como a mujeres; incluso podría ser entendido como una figuración de la separación de los sexos. Ducrot y Todorov (1983) proveen otros ejemplos del ámbito mitográfico, de entre los cuales se destacan dos no pictográficos: los *quipus* incaicos, nudos de cuerda utilizados para contar, y las huellas animales o humanas marcadas en ciertos terrenos. Si bien a los nudos se les atribuye un significado numérico, la referencia de aquello que contabilizan escapa. Las huellas podrían significar «alguien está cerca», «alguien se acerca», «alguien se aleja» o, incluso, el camino que alguien marca.

Respecto a la mitografía estos autores (1983) afirman : “[...] en ningún caso es necesaria la relación con el lenguaje verbal; más aún, lo habitual es que esa relación sea imposible. No hay palabras precisas ni únicas que puedan referirse a un determinado dibujo u objeto” (p. 229). Pensamos que tales aseveraciones son tan ciertas como falsas, empero, para avanzar en esta cuestión cabe hacer otras consideraciones respecto a la escritura (estas serán propuestas más adelante, en el acápite 2.1.3.). De todos modos, hay algo fundamental que distingue la mitografía del lenguaje: aquella forma series de signos no cerradas ni organizadas, mientras que este “[...] puede concebirse como una combinatoria: un número reducido de sonidos produce un número muy elevado de palabras; éstas, a su vez, producen un número infinito de frases” (Ducrot y Todorov, 1983, p. 229).

En oposición a la mitografía, los autores enuncian una *logografía*, definida como la escritura en sentido estricto, a saber, notación gráfica del lenguaje. La logografía participa de los tres principios ya expuestos; empero, los dos primeros, además de coexistir en un sistema logográfico dado, pueden ser localizados en una trama evolutiva de la escritura. Así, la morfemografía, cuyos signos “[...] se construyen como una imagen esquemática del objeto o del acto designado por ese morfema [...]”, no participan de un principio de representación general (Ducrot y Todorov, 1983, p. 230). De ello, la introducción histórica del fonografismo, cuya representación fonética permite la construcción de signos independientemente de lo representado; los nombres propios y las nociones abstractas serían la principal dificultad de la morfemografía, solucionada por la logografía.

Ahora bien, este pasaje de la morfemografía a la logografía siguió distintos caminos: “Por **logogrifo**, procedimiento que parece haber representado el papel más importante y que consiste en notar una palabra empleando el signo de otra, porque ambas son homófonas” (Ducrot y Todorov, 1983, p. 231). Por *heteronimia homofónica*: cuando el grafismo de una cultura se pronuncia de modo similar a una palabra de otra, esta última utiliza el grafismo de la primera, dándole un nuevo sentido que no toma en cuenta al sentido original. Por *acrofonía*: “Cada jeroglífico adquiere aquí el valor del *sonido habitual de la palabra que designa*” (Ducrot y Todorov, 1983, p. 232). Este es el caso de la conocida y discutida hipótesis sobre el apareamiento de la letra «A» hebrea, considerada por algunos como descendiente acrofónico del grafismo «𐤀» fenicio, que designa al toro, o «alef».

Por otro lado, A. J. Greimas y J. Courtés (1982) definen la escritura así: “[...] la manifestación de una lengua natural con ayuda de un significante cuya sustancia es de naturaleza visual y gráfica (o pictográfica)” (p. 151). Aquí dan por sentado la relación de inclusión entre la escritura y el lenguaje. Más bien, señalan que hay una disputa entre los partidarios del carácter derivativo de la escritura ante la expresión oral y quienes defienden su carácter autónomo. Afirman que estos últimos proponen una tipología de la escritura dividida en tres: Una escritura *narrativa* (o sintagmática), que coincide en gran medida con aquello a lo cual Ducrot y Todorov (1983) llaman «mitografía» —inclusive, unos y otros refieren el mismo ejemplo de la escritura de Alaska—; empero, la escritura narrativa no es externa al lenguaje: sus signos representan *enunciados* o *sintagmas* narrativos. Una escritura *morfemográfica* (o analítica) que coincide plenamente con el principio morfemográfico mencionado arriba. Y una escritura *fonemática* que, asimismo, es equivalente al principio fonográfico de Ducrot y Todorov (Greimas y Courtés, 1982, p. 152).

Tómese en cuenta esta distinción entre perspectivas frente a escrituras que no se ciñen a los morfemas, a los fonemas ni a los determinativos. ¿Por qué para unos se trataría de una *mitografía* exterior al lenguaje verbal y para otros una *narrativa gráfica* que lo representa en un nivel sintagmático? Consideramos que esta pregunta es fundamental pues interroga la relación entre lenguaje y escritura; relación que seguiremos trabajando.

### 2.1.2. Expresión

En su libro *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Louis Hjelmslev [1943], lingüista estructural danés, traza la hipótesis, las premisas y las definiciones preliminares para la construcción de una teoría estructural del lenguaje. Lo hace en función del

establecimiento de una *lingüística puramente estructural* o, como él la llama, «Glosemática». La definición, dada en otra obra, es la siguiente: “conjunto de *investigaciones* que descansan sobre la *hipótesis* de que es científicamente legítimo describir el lenguaje como si fuera *esencialmente* una *entidad autónoma de dependencias internas*, o, en una palabra, una *estructura*”<sup>36</sup> (Hjelmslev, [1959], p. 27).

En *Prolegómenos...* se atestigua cierto desarrollo de las ideas saussureanas respecto de algunos conceptos —que aquí damos por conocidos, debido a motivos de extensión y pertinencia del presente trabajo. “*A priori*, la tesis de que para cada *proceso* hay un *sistema* correspondiente, por medio del cual puede aquél analizarse y describirse con un número limitado de premisas, podría considerarse de validez general” (Hjelmslev, [1943], p. 19). Aplicada al lenguaje, esta tesis resulta en la división entre *lengua* (sistema) y *texto* (proceso). Lengua puede ser entendida como una *jerarquía* —es decir, clase de clases— de lo paradigmático saussureano; texto, como una *jerarquía* de lo sintagmático saussureano (Hjelmslev, [1945], pp. 49 y 61-62). Las clases dentro de la lengua son llamadas *paradigmas* y sus componentes, *miembros*; las clases dentro del texto son llamadas *cadena*s y sus componentes, *partes*.

Esta teoría lingüística, cuya meta “[...] consiste en hacer posible una descripción simple y exhaustiva del sistema subyacente en el texto”, tiene por objeto principal el texto y ubica a la lengua solamente como objeto secundario (Hjelmslev, [1943], p. 67). Esta distancia diametral con de Saussure se explica por la exigencia empírica que Hjelmslev impone a la teoría. En efecto, la lengua, en tanto sistema, en tanto “forma pura”, no es un hecho empírico; solamente aparece ante el *análisis* de hechos lingüísticos que están en el tiempo y el espacio. No obstante, “[...] el proceso adquiere existencia en virtud de un “estar presente” de un sistema tras el mismo [...]” (Hjelmslev, [1943], p. 62). De lo que se sigue que hay lenguas sin textos, pero no textos sin lengua. Entonces, la teoría lingüística trabajará con textos *reales*, cuyas lenguas específicas se prevén como necesarias y, cuando no hay más que lenguas específicas, podrá considerar los textos posibles en los que se realizarían estas lenguas, pero no podrá tomarlas como objeto de estudio.

Por otra parte, “Que una lengua es un sistema de signos parece *a priori* una proposición evidente y fundamental, que la teoría lingüística habrá de tener en cuenta desde el primer momento” (Hjelmslev, [1943], p. 67). Empero, la lengua no solamente se compone de signos, también incluye no-signos, como los fonemas y, dentro de estos, los *femas* —rasgos fonemáticos—, que permiten construir nuevos signos. Además, siguiendo la división saussureana del signo, Hjelmslev ([1943], p. 73) lo divide en *expresión* (significante) y en *contenido* (significado). Empero, agrega que el signo “[...] es el

---

<sup>36</sup> Las cursivas son de Hjelmslev.

portador de una *significación*<sup>37</sup>, siendo esta siempre *contextual* (p. 68). El signo se muestra realmente como una *función* en el texto, vale decir, aporta una significación solamente si es puesto en relación con otro signo.

Esto contraría la hipótesis saussureana ([1916], pp. 143-144) de que la significación corresponde a un significado para un significante, y que, más bien, es el *valor* del signo lo que se presenta como *negativo* y *diferencial*, vale decir, que está determinado únicamente por lo que le rodea —otros signos. Aquí nos apegamos a Hjelmslev, aun así esta disyuntiva parezca ser puramente terminológica, puesto que el signo, imposibilitado de manifestarse como puro significado —o contenido—, no puede sino remitirse a otro signo para hacer efecto de significación. Y si se toma en cuenta que de Saussure ([1916], p. 150-153) formula que el signo, en su totalidad, resulta ser algo *positivo* y definible en *sí mismo*, se ve que no es simplemente un asunto de términos. Para nosotros —sostenidos en Hjelmslev—, el signo nunca es en *sí mismo*; el signo, pues, es una función en el texto.

Entonces, ¿qué decir de la división entre expresión y contenido? Primero, es necesario concluir que no generan una unión, que cada parte se mantiene separada de la otra, ambas como entidades terminales de la función signo. Segundo, basado en la idea saussureana ([1916], pp. 140-143) de que la lengua es pura *forma*, ajena a la *sustancia* a la que forma, Hjelmslev ([1943], pp. 76-85) trabaja esta separación entre forma y sustancia, aplicándola a la expresión y al contenido. Se tendría, así, una *forma de la expresión* y una *forma del contenido*, una *sustancia de la expresión* y una *sustancia del contenido*. Empero, “[...] resulta claro que la sustancia depende de la forma hasta tal punto que vive exclusivamente a causa de ella y no puede en ningún sentido decirse que tenga existencia independiente” (Hjelmslev, [1943], p. 76).

Las “masas amorfas” de sonidos y pensamientos, propuestas por de Saussure ([1916], p. 141) como la sustancia a la que la lengua forma, no existen sino por la lengua. A estas masas Hjelmslev las llama «*sentido*», que no sería sino el *factor común* de las lenguas, sobre el cual la forma haría aparecer sustancia. Entendemos con esto que la sustancia —en tanto sustancia formada— es *en* el lenguaje y el sentido es *con* el lenguaje. Por ello, pensamos que hay que suponer un “algo” lógicamente anterior y exterior al lenguaje; algo a lo que el lenguaje vendría a dar forma de sustancia, algo en lo cual el lenguaje *trazaría* el sentido<sup>38</sup>.

---

<sup>37</sup> Las cursivas son nuestras.

<sup>38</sup> Señalemos que esto rebasa la ciencia lingüística: “En una ciencia que evita postulados innecesarios no hay base para afirmar gratuitamente que la sustancia del contenido (pensamiento) o la sustancia de la expresión (cadena de sonidos) preceda a la lengua en el tiempo o en orden jerárquico [...]” (Hjelmslev, [1943], p. 76).

Considérense las siguientes palabras de Hjelmslev [1943] como un esquema de lo que se ha dicho sobre el signo, la expresión y el contenido:

En virtud de la función de signo, y sólo en virtud de ella, existen sus dos funitivos [entidades terminales de una función], que pueden ahora designarse con precisión como forma del contenido y forma de la expresión. Y en virtud de la forma del contenido y de la forma de la expresión, y sólo en virtud de ellas, existen respectivamente la sustancia del contenido y la sustancia de la expresión que se manifiestan por la proyección de la forma sobre el sentido, de igual modo que una red abierta proyecta su sombra sobre una superficie sin dividir. (p. 85)

Y si, respecto a esta dilucidación, se toma en cuenta las dos *jerarquías* del lenguaje encontraremos lo siguiente: Las clases inmediatamente inferiores al texto, es decir, sus *cadena*s principales, son la *línea de expresión* y la *línea de contenido*. Las clases inmediatamente inferiores a la lengua, a saber, sus *paradigmas* más generales, son el *lado de expresión* y el *lado de contenido*. Considerando conjuntamente línea y lado de expresión, se tendrá el *plano de la expresión*; del mismo modo, articulando línea y lado de contenido, se tendrá el *plano del contenido* (Hjelmslev, [1943], p. 88).

### 2.1.3. Situación de la escritura y de lo escrito

Ahora podemos situar teóricamente la escritura, al menos en lo que respecta a la Lingüística estructural<sup>39</sup>. A primera vista, la escritura se muestra como una *sustancia de expresión de una lengua*. Esto se asemeja mucho a aquella definición de Ducrot y Todorov (1983) de logografía (ver acápite 2.1.1). Empero, lo mismo debe decirse del habla: Si la forma lingüística es independiente de su sustancia, habla y escritura deben ser entendidas solamente como la materia a través de la cual se expresa una misma forma que les preexiste. El habla consistiría la *elocución* del lenguaje, la escritura, la *notación gráfica* del mismo; y toda interrogante sobre la derivación histórica de la una en la otra sería superflua, pues lo único que importa es que la forma pura lingüística es lógicamente anterior a ambas. Como Hjelmslev [1943] apunta en una nota al pie, “Bertrand Russell, con mucha razón, ha llamado la atención sobre el hecho de que no tenemos ningún medio de decidir cuál es la forma más antigua de expresión humana: la escritura o el habla” (p. 148). Con esto se resuelve también el problema de la mitografía: es posible que hayan escrituras que no requieran de conversión al habla (lenguaje oral)

---

<sup>39</sup> Si bien es posible hablar de varias Lingüísticas estructurales o, al menos, de distintas teorías estructurales del lenguaje —por ejemplo, una de Saussure, una Jakobson, etc.—, nos hemos servido de Hjelmslev porque sus postulados permiten ubicar rigurosamente a la escritura en relación al lenguaje. Posteriormente, también haremos un recurso a Jakobson en lo que respecta a la metáfora y a la metonimia.

para ser “leídas”; no obstante, esto no les ubica como externas al lenguaje, pues este mismo no halla su esencia en el habla, sino en su pura forma.

Sin embargo, este punto de vista merece ser considerado a la luz de la división entre forma de contenido y forma de expresión. Si bien podría ser que tanto habla como escritura fueran dos sustancias para la misma forma de contenido —cosa que no es del todo evidente—, difícilmente ambas sean sustancias de la misma forma de expresión. Lo primero, posible aunque no necesario, querría decir que la escritura y la elocución de la palabra «casa» apuntan a la misma forma de contenido “casa”, a aquel significado negativo y diferencial dado por la forma, y solamente por la forma, de la idea de “casa”, del dibujo de una casa o de una casa efectiva<sup>40</sup>. Lo segundo, imposible para nosotros, implica que al escribir y al decir la palabra «casa», se ponen en juego las mismas relaciones formales de expresión, vale decir, las formas de los sonidos son equivalentes a las formas de los trazos. Esta imposibilidad se hace más notoria si se toma en cuenta lo dicho en el párrafo anterior: muchas escrituras no necesitan de traducción al habla para ser “leídas”. Por ello, en este caso, una sustancia diferente determina una forma diferente. De lo que se sigue que no puede considerarse al habla ni a la escritura simplemente como sustancias de expresión sino como formas de expresión, con sus particulares sustancias.

De Saussure ([1916], p.150) da cuenta de esto cuando habla sobre el signo escrito, o letra. La letra, como todo signo, es convencional, es decir que es y no es arbitraria. La letra es negativa y diferencial: la libertad del trazo al hacer una letra está limitada por las formas de las otras letras; por lo que lo único que importa al escribir una de ellas es que su forma no se confunda con las de las demás. “[...] los valores de la escritura no funcionan más que por su oposición recíproca en el seno de un sistema definido, compuesto de un número determinado de letras” (p. 150). La sustancia de las letras —la tinta, el grafito, el relieve, etc.— adquiere relevancia solamente en la medida en que es el soporte material de la forma, en que es sustancia *formada*.

De este modo, es necesario establecer que la escritura es un sistema de expresión distinto al del habla, con sus propias formas de expresión que, empero, no dejan de ser formas lingüísticas. El problema aparece cuando se repara en el doble contenido del signo escrito<sup>41</sup>. Por un lado, tiene un contenido propio: «a» significa “a”, «b» significa “b”, «.» significa “punto”, etc.. Por otro lado, su contenido es la forma de

---

<sup>40</sup> Este y los próximos ejemplos que daremos para ilustrar nuestras afirmaciones se refieren a la lengua castellana y al sistema de escritura castellano.

<sup>41</sup> Aquí debe incluirse, además de las letras, todo carácter que puede ser utilizado en la escritura (por ejemplo: «.», «,», «:», «-», «´» etc.). En estos, e incluso en el espaciado, también se cumplen las propiedades mencionadas en relación a la letra.

expresión del habla: «a» significa la *forma* del sonido —y no solamente el sonido— “a”, o, en otras palabras, el fonema<sup>42</sup> *a*, hallado en la elocución de palabras que tengan “a”, por ejemplo, «árbol», «casa», «loa», etc.; «b» significa el fonema *b*, común a la elocución de todas las palabras que contengan “b”, por ejemplo, «alba», «robar», «absceso», etc..

En este sentido, ciertos signos de puntuación, como «.» y «,», o ciertas formas de espaciado que también participan en la escritura, asimismo tendrán por contenido una forma de expresión del habla, a saber, distintas duraciones de silencios. Estos silencios, por su valor de corte, coadyuvan a la formación de fonemas en palabras, de palabras en frases, de frases en párrafos y de párrafos en textos —entendidos como textos hablados. Y, al igual que los fonemas, no adquieren su carácter lingüístico sino por ser formas —y no únicamente sustancias— de expresión del habla, pues su valor reside en no ser un fonema o en no durar tanto, o tan poco, como otro silencio. Aunque no siempre, la tilde o su ausencia también se muestra como un signo gráfico cuyo contenido es una forma de expresión del habla: el lugar en la palabra donde se encuentra el acento rítmico.

Tal doble contenido resulta en la doble posibilidad de deletrear o de leer fonemáticamente. Podemos, en efecto, nombrar los signos alfabéticos que una palabra posee, o podemos producir la serie de fonemas, acentos y silencios que la escritura expresa. Así, en el primer caso, necesitamos dar un nombre a las letras, nombre que también puede escribirse utilizando el significado fonemático de las letras que componen el nombre, por ejemplo, la letra «q» se llama *cu* y significa “q”. En el segundo caso, debemos obviar el significado propio de las letras y hacer valer únicamente su contenido fonemático. Esto último se muestra muy claramente cuando los niños aprenden a leer o cuando se intenta pronunciar una palabra desconocida hasta entonces para el locutor —tómese, por ejemplo, la pronunciación del difícil apellido mencionado ya varias veces, que no por ser danés excusa del intento de pronunciarlo acorde al castellano: «Hjelmslev».

Ahora bien, esta lectura fonemática permite un segundo tipo de lectura, al cual de Saussure ([1916], p. 52) relaciona el valor del ideograma. Se trata de que, estando ya familiarizados con ciertas palabras escritas, es decir, con ciertas combinaciones de signos gráficos, podemos leerlas “de golpe”, haciendo caso omiso ya no solamente a los contenidos propios de las letras, sino también a sus contenidos fonemáticos, como si nos saltáramos su referencia a la forma de expresión del habla.

---

<sup>42</sup> Recuérdese lo que de Saussure [1916] apunta: “Los fonemas son ante todo entidades opositivas, relativas y negativas” (p. 149).

Este tipo de lectura es evidencia de que el principio morfemográfico, del que se habló antes (ver acápite 2.1.1), participa también en las escrituras fonográficas. Más aún, sobre esto descansa el hecho de que al habla y a la escritura pueda atribuírseles el mismo estatuto —como se mencionó al inicio de este acápite—, de suerte que parezcan ser sustancias alternativas de una forma única y anterior, sobre todo en lo que respecta a la forma del contenido —recuérdese la escritura y la elocución de «casa» respecto a la forma de la idea “casa”. Sin embargo, este análisis de la escritura demuestra que lo son solamente en cierto nivel. Por ello, hay signos gráficos cuyo contenido está tan vinculado al sistema de la escritura que, careciendo inclusive de un significado fonemático, no se puede sino nombrarlos para incorporarlos al habla, así como se hace con las letras. Esto lo demuestran expresiones verbales del tipo «arroba», «dos puntos», «punto y coma», «abro —o cierro— comillas», «abro —o cierro— paréntesis», «con letras mayúsculas», etc..

Enfatizamos esto: la escritura es un sistema de expresión distinto a aquel del habla. Se sabe que el sistema de expresión del que el habla se sirve es la lengua; de modo que nuestra concepción de lenguaje —el lenguaje como estructura— debe tomar en cuenta no solamente a la lengua sino también al sistema de la escritura. Si bien el contenido fonemático de este sistema le remite a las formas de expresión del habla, es decir a la lengua, su propio contenido le hace irreductible a esta. De un modo similar a como el sistema de la lengua se manifiesta en el texto del habla, debemos hablar de un proceso de escritura, al que podemos llamar *texto escrito*, o simplemente *escrito*, en el que se manifiesta el sistema de la escritura.

El escrito deberá ser entendido como el objeto del acto de escribir o como el objeto del acto de leer.<sup>43</sup> En este nivel se efectúa el principio fonográfico y/o el principio morfemográfico. Si se transcriben los fonemas a signos gráficos o si se lee cada fonema que el signo escrito significa, actuará el primero. Si combinan signos gráficos para conformar palabras habituales o si se leen estas combinaciones en su conjunto, actuará el segundo. En varios idiomas —por ejemplo, en el inglés— esta diferencia se vuelve evidente, puesto que en ellos un signo gráfico significa varios fonemas o varios signos gráficos significan un mismo fonema. Esto también ocurre en el español, aunque no tan frecuentemente, por ejemplo, con las letras «g» y «j», «c» y «s». Así, la expresión «haser», si hace alusión al contenido “hacer”, ya no se presenta como un error

---

<sup>43</sup> Por extraño que parezca, el escrito es un proceso tomado como objeto. Si se considera la división entre sistema y proceso (ver acápite anterior) esto se aclara: Un sistema de escritura cambia por su ejercicio, por un proceso dado mediante un escrito objetivo. Así, un libro, por ejemplo, es un proceso de escritura no solamente en su redacción, sino también en su lectura.

ortográfico, sino como el irrespeto al principio morfemográfico; no obstante, la expresión aun se ciñe al principio fonográfico.

Sin embargo, también pueden haber escritos que hagan valer el contenido propio de las letras, así como un alfabeto escrito o un listado de letras. Aquí cabe destacar su uso en la escritura formal de la lógica y del álgebra<sup>44</sup>. Las letras «p», «q», «r», etc., de la lógica proposicional o las letras «x», «y», «z», etc., del álgebra, todas ellas son consideradas en su significado propio. Es un error decir que con la interpretación semántica de las letras proposicionales éstas significan valores de verdad, asimismo cuando se “encuentra” el valor numérico de una variable matemática. En, realidad lo que significa un valor de verdad o un número es una función saturada por un valor asignado a la letra; en el caso de la lógica, será la función veritativa, en el caso del álgebra, serán funciones matemáticas. La asignación de valor no implica que se otorgue un contenido a las letras, más bien se trata de una puesta en relación de posible equivalencia, pero nunca de identidad. Por ello, aunque para un argumento «p» “es” verdadera, o aunque para una ecuación «x» “es” 5, no es necesario que esto ocurra para todo argumento y toda ecuación. «p» seguirá siendo «p» y «x» seguirá siendo «x», y es justamente esto lo que vuelve útiles a las letras para la escritura formal.

Se encuentran usos similares en la escritura cotidiana al elaborar o leer índices y listados dispuestos mediante letras. Ello muestra que, así como con los principios fonográfico y morfemográfico, en el nivel de la letra tomada como tal hay un ordenamiento propio; ordenamiento que la mayoría de las veces es alfabético, aunque no siempre —por ejemplo, al deletrear una palabra. En el caso del uso de iniciales para abreviar palabras —como se hace con nombres o apellidos—, el contenido propio de la letra parece desaparecer tras los principios fonográfico y morfemográfico, pues esta “representa” el sonido inicial de la palabra y la palabra misma. No obstante, no debe pasarse por alto que las iniciales también conservan su valor de letra; ello es demostrado por el hecho de que estas pueden perduran a pesar del desconocimiento de la palabra a la que hacen referencia.

Entonces, a modo de conclusión, debemos establecer tres niveles de la escritura: Primero, el nivel de la letra, en que el signo tiene su propio contenido<sup>45</sup>. Segundo, el nivel del fonograma, en que el signo tiene por contenido un fonema. Tercero, el nivel del

---

<sup>44</sup> Aquí no se considera la escritura numérica, pues ello requeriría de un estudio más profundo de la semántica en la matemática, lo cual rebasa la presente investigación.

<sup>45</sup> En este nivel se incluyen los determinativos semánticos (ver acápite 2.1.1.), pues existen solamente por la escritura misma. Recalcamos: no es que los signos gráficos como tales no posean un significado para la lengua, sino que tienen ya un significado en la escritura; es solamente a través de su nombre, no del signo como tal, que puede atribuírseles un contenido desde el sistema de la lengua —por ejemplo, el *mise en parenthèse* de Husserl.

morfemograma, en que la combinación de signos generan una unidad superior que tiene por contenido un morfema. En estos tres niveles participan las reglas de escritura —ortografía, gramática, sintaxis— que pueden ser compartidas con la lengua o ser particulares al campo de la escritura. Además, en un mismo escrito pueden operar los tres niveles, ya sea en su escritura o en su lectura.

## **2.2. La escritura en psicoanálisis**

La escritura no es un concepto en el psicoanálisis. Ni con Freud ni con Lacan puede hablarse de una teoría sobre la escritura o sobre el escrito. Sin embargo, como se ha visto, es imposible hablar del lenguaje sin eventualmente topar los dominios de la letra. Es por esto que en las Obras de ambos autores se encuentran alusiones y puntualizaciones de la escritura, que tienen un valor incuestionable y que resultan ineludibles. En este subcapítulo intentaremos trabajar algunas de ellas, prosiguiendo la elaboración que nos acerca a la relación psicosis-escritura.

### *2.2.1. La escritura del inconsciente*

En 1925 Freud publica un pequeño artículo llamado *Nota sobre la «pizarra mágica»*. Allí hace una analogía entre el «*Wunderblock*», un artefacto para el registro gráfico, y el aparato anímico, considerado en su división entre sistemas: percepción–conciencia, preconsciente e inconsciente. Al igual que el aparato anímico, la pizarra, que ahora tendría muy poco de “mágica”, está dividida en tres: una tabla de cera oscura, una hoja encerada y una lámina de celuloide. Las tres están sujetadas entre sí por su lado superior; la segunda y la tercera, también están sujetadas por su lado inferior.

De tal modo, el ensamblaje de la pizarra se presta para un movimiento esencial a su operación: el que separa el conjunto de lámina y hoja de la tabla de cera; también se presta para otro movimiento, nada esencial, solamente advertido por la curiosidad: abrir el espacio entre hoja y celuloide por sus laterales. Cuando las tres piezas están en contacto, este mecanismo permite que un punzón, o algo que haga las veces del mismo, al incidir sobre el celuloide, produzca un trazo y una posible escritura. Si se efectúa el movimiento esencial, las marcas registradas desaparecen. Esta “magia” se explica fácilmente: al presionar el punzón se genera una hendidura en la frágil hoja encerada y un surco en la cera, cuyo íntimo contacto hace visible el trazo; al separar estas dos

partes, desaparece el contacto y, con él, el trazo. “Pero es fácil comprobar que en la tablilla de cera misma se conserva la huella duradera de lo escrito, legible con una iluminación adecuada” (Freud, [1925], p. 246).

La analogía no resulta difícil de ver. Celuloide y hoja representan los dos estratos de la percepción, respectivamente: “[...] una protección anti-estímulo externa destinada a rebajar la magnitud de las excitaciones advinientes, y, bajo ella, la superficie receptora de estímulos, el sistema *P-Cc*” (Freud, [1925], p. 246). Por ello, este sistema recepta los estímulos, pero no los conserva duraderamente. Es, más bien, la tabla de cera, el inconsciente, el lugar donde quedan registradas perdurablemente las huellas de la escritura. Pero la analogía no queda ahí, Freud ([1925], p. 247) compara el movimiento que hace desvanecer lo escrito con el discontinuo proceso de envío de investiduras desde lo inconsciente hacia la percepción, cuyo efecto es la consciencia.

Leemos en esto una escritura *en el* sujeto: el significante escribe en el sujeto. El yo vive en la ilusoria continuidad de la sucesión temporal de imágenes, sin reparar en los cortes exigidos por el aparato anímico. El hombre, frágil como la hoja encerada, requiere la consistencia imaginaria del yo, para no verse derrumbado por lo real. Empero, como la hoja de celuloide, su membrana yoica no se sostiene sola. Está soportada por una articulación que desconoce y encubre. La escritura “coherente”, ordenada por la gramática, sintaxis, y la ortografía, muestra su consistencia solamente en la parte superior de la pizarra. Tras destapar la cera y como resultado de todas las vicisitudes de la pizarra, veremos un millar de trazos indistinguibles, como máximo encontraremos quizás alguna letra. Sin embargo, el descubrimiento freudiano reside justamente en que este desorden de marcas tiene una lógica, como dice Lacan, *está estructurado como un lenguaje*.

Es importante agregar que esta no es la primera vez que Freud relaciona aparato anímico y escritura. Ya en la conocida *Carta 52* —carta 112 en nuestra versión—, que remite a Fließ el 6 de diciembre de 1906, plantea la división psíquica en términos de inscripción y escritura: escritura literal, es decir, letras. En el esquema que Freud [1896b] presenta allí, “[...] *conciencia y memoria se excluyen*”; mientras la memoria es escritura, la consciencia no lo es (p. 219). *W* («*Wahrnehmung*», traducido por «percepción»), aunque no conserva huella mnémica, recibe las percepciones que la memoria registrará. *Bew* (no letra sino abreviación de «*Bewusstsein*», traducido por «consciencia») se anuda a *W* solamente porque excluye una brecha que se les interpone. En esta brecha se encuentran tres escrituras: *Wz* («*Wahrnehmungszeichen*», traducido por «signos de percepción»), *Ub* («*Unbewusst*», traducido por «inconsciencia») y *Vb* («*Vorbewusst*»,

traducido por «preconsciencia»<sup>46</sup>. Sobre estas tres letras aparecen tres números romanos, como indicando que solamente allí se registra la memoria, y de un modo diferencial entre cada letra.

“Quiero destacar que las escrituras consecutivas figuran la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida” (Freud, [1896b], p. 219). Entre estas épocas sería necesaria una traducción de las huellas que renueve su tramitación psíquica, inhibiendo la antigua. La patología se explicaría por la no traducción, cuyo efecto es el anacronismo de la tramitación —hacer con lo nuevo en formas antiguas. He aquí el origen del concepto de *fijación* en su aspecto genético. Empero, más allá de esta visión evolucionista, podemos leer aquí el recorrido del significante por la estructura y las huellas escritas que deja a su paso, a saber, las *fijaciones tópicas*, escrituras que no pueden ser traducidas. Recalquemos, la percepción-conciencia no registra escritura, no tiene memoria, los efectos del significante quedan elididos en el guión —«-». Empero, de un modo u otro, sus marcas, si no hay quien las lea, al menos se harán escuchar.

### 2.2.2. *La instancia de la letra*

En *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, de 1957, Lacan se adentra en el campo de la escritura del inconsciente, para mostrar el valor descuidado del descubrimiento freudiano. Allí es posible leer el despliegue del segundo y el tercer nivel de la letra, que elaboramos a partir de Hjelmslev (ver acápite 2.1.3.). En primer lugar, “Designamos como letra ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje” (Lacan, [1957], p. 475). La letra es tomada en la relación al significante; el valor que en sí misma posee no es considerado sino por el hecho de ser material. Y es material en términos de soporte, de edificación, no en términos de sustancia. Es el material con que se construye la estructura del significante, por cuanto esta misma consiste en una escritura. En este momento de la enseñanza de Lacan la estructura es la siguiente:

$$\begin{array}{c} S \\ \hline s \end{array}$$

“[...] que se lee así: significante sobre significado, el “sobre” responde a la barra que separa sus dos etapas” (Lacan, [1957], p. 477).

---

<sup>46</sup> Cabe señalar que las últimas dos traducciones de López-Ballesteros, podrían tener una alternativa. Así, la falta del sufijo alemán «-sein», combinada con el uso de mayúsculas en las letras, indican más bien que se trata de una sustantivación del adjetivo, es decir, el (o lo) consciente y el (o lo) inconsciente.

Pero no solamente en este sentido la letra soporta materialmente al significante, sino también en la medida en que los componentes de este último, a saber, los fonemas, están moldeados acorde a las letras —nivel fonemático de la letra— (Lacan, [1957], p. 481). De este modo, se puede decir que la letra es la “[...] estructura localizada del significante” (Lacan, [1957], p. 481). Si se toma en cuenta que para Hjelmslev el significante es la expresión, la parte expresiva de la función signo, entonces en la letra se hallaría la estructura de toda expresión. Esto se entiende cuando, al tratar de poner en relieve las relaciones puramente formales del lenguaje, no se dispone de otro medio que el de escribir un algoritmo compuesto por letras. Así, los caracteres del algoritmo sugieren lecturas que no hacen referencia a ninguna significación en particular. El algoritmo *simboliza* las formas de la estructura, no las ejemplifica, no las sintetiza, no las explica; vacía de toda significación al significante y marca los lugares, las divisiones, las diferencias y las transposiciones que, más allá de todo contenido, rigen al lenguaje.

Sin embargo, el que la estructura del lenguaje nos sea dada en una escritura, no es un descubrimiento de la lingüística sino del psicoanálisis. Se trata del descubrimiento que Freud mostró al mundo con su *Traumdeutung*:

Las ideas latentes nos resultan perfectamente comprensibles en cuanto las descubrimos. En cambio, el contenido manifiesto nos es dado como un jeroglífico, para cuya solución habremos de traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas latentes. Incurriríamos, desde luego, en error si quisiéramos leer tales signos dándoles el valor de imágenes pictóricas y no de caracteres de una escritura jeroglífica. (Freud, [1900], p. 516)

Se ve, pues, que el trabajo del sueño elabora una escritura. El contenido manifiesto poco tiene de contenido —en el sentido de Hjelmslev. Más bien, se trata de una expresión escrita, jeroglíficos cuya lectura debe renunciar al contenido imaginario que evocan; debemos “[...] adaptarnos al verdadero carácter de aquél, esforzándose sustituir cada imagen por una sílaba o una palabra susceptible de ser representadas por ella” (Freud, [1900], p. 516). De acuerdo a la conceptualización lingüística de la escritura (ver acápite 2.1.1.), se trataría de olvidar el valor mitográfico, más específicamente pictográfico, de las imágenes del sueño, para guiarnos con el principio morfemográfico e, incluso, con el fonográfico.

Es por esta razón que esta primera concepción lacaniana de la letra remite al significante, en sus aspectos morfemático y fonemático.

Ahora bien, la estructura del significante es, como se dice corrientemente del lenguaje, que sea articulado. Esto quiere decir que sus unidades, se parta de donde se parta para dibujar sus imbricaciones recíprocas y sus englobamientos crecientes, están sometidas a la doble condición de reducirse a elementos diferenciales últimos y de componerlos según las leyes de un orden cerrado. (Lacan, [1957], p. 481)

La primera de estas condiciones hace referencia a que el significante debe ser leído en sus valores diferencial y opositivo. Es decir, en sus modos morfemático y fonemático, pues ambos niveles se sostienen solamente si hay articulación. Esto se ha visto ya (ver acápites 2.1.2. y 2.1.3.): ni el signo ni sus componentes se manifiestan como entidades positivas<sup>47</sup>. La segunda condición se relaciona con los dos ejes de ordenación del lenguaje, descubiertos por de Saussure ([1916], pp. 154-166). Eje sintagmático, con sus relaciones de contigüidad y sus operaciones de combinación, y eje paradigmático, con sus relaciones de semejanza —o similitud— y sus operaciones de selección. Ejes en los que Jakobson [1956] leerá un *proceso metonímico* y un *proceso metafórico*, respectivamente<sup>48</sup> (pp. 14-18).

Lacan retoma estas categorías de Jakobson para mostrar la doble vertiente del significante por la cual opera. Dice Lacan [1957] “[...] es en esa conexión *palabra a palabra* donde se apoya la metonimia” (p. 486). «Los *bata blanca*», se trata de una metonimia —con toda su resonancia psiquiátrica— en la que opera una sustitución de nombre. La metonimia se juega a nivel de la nominación, pues nombra algo con una de sus partes. Y no es difícil ver que entre la “parte” y el “algo” hay una relación de contigüidad: contigüidad entre la *bata blanca* y el que la porta. El problema surge cuando tratamos de buscar en la nominación los principios de la perspectiva nominalista del lenguaje, ya que a tal “parte” y a tal “algo” solo podemos tomarlos por sus distintos nombres, por sus expresiones. No disponemos del contenido, “[...] el significante es el instrumento con el que se expresa el significado desaparecido” (Lacan, [1984], p. 317).

Entonces, todo ya está dado al nivel del significante; por ello, la metonimia es articulada, implica la relación mínima significante a significante que hace al lenguaje. Esta articulación, por mínima que sea, conlleva una coordinación sintáctica que instaura las posiciones proposicionales. Sin la ordenación intrínseca al significante no hay metonimia ni lenguaje; por ejemplo, «*bata los blanca*». Más aún, sin la presencia del artículo «los», «*bata blanca*» pierde la capacidad de nominar a los médicos. Empero, no debemos

---

<sup>47</sup> Por su puesto, esto contraría la conocida idea de que el morfema es el elemento lingüístico mínimo con significado. En realidad, ya con Hjelmslev esta idea se torna insostenible, pues, el significado es una entidad de la función signo, función que es binaria y, por tanto, irreductible a uno de sus términos. La concepción de morfema remite entonces a la unidad —relativa, negativa y opositiva— dentro de la preposición, así como el fonema se refiere a la unidad —relativa, negativa y opositiva— dentro del morfema. El primero se asocia al nivel de las palabras y a las relaciones sintácticas, el segundo se asocia al nivel de las sílabas y los sonidos, y a las relaciones fonológicas.

<sup>48</sup> Debemos recordar aquí que esta dupla encuentra su versión en Hjelmslev en términos de *sistema* y *proceso*, o *lengua* y *texto* (ver acápite 2.1.2.). Sin embargo, nos alejamos de su concepción jerárquica, pues consideramos que se trata, más bien, de leyes solidarias de ordenación de la operación significante.

engañarnos por la ilusión de que el sintagma «bata blanca» o, incluso, cada palabra que lo compone puedan existir por sí solas, en términos de palabra única en un fondo vacío. Pues, si hacen referencia a la prenda de vestir o al color, es porque ya se han articulado con otros significantes. La articulación, la vertiente metonímica del lenguaje, es inicial, ya que hace la estructura misma del significante, inclusive a nivel fonemático. La articulación se instaura como posicionamiento ordenado de elementos opositivos en relaciones de contigüidad.

La otra vertiente, la metafórica, pone en primer plano, ya no al significante, sino a la significación. Lacan [1957] la explica así:

[La chispa creadora de la metáfora] Brota entre dos significantes de los cuales uno se ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena signifiante, mientras el significante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena. *Una palabra por otra*, tal es la fórmula de la metáfora [...]. (p. 487)

Se trata de una sustitución cuyo efecto no es una nominación, sino una apertura del campo de las significaciones. «Los bata blanca», en efecto, se nos pudo haber objetado que esta frase es en realidad metafórica. De hecho, no solamente nombra a los médicos, también se incluyen en tal categoría a los enfermeros, a los auxiliares, etc.; incluso podríamos desprender de ella una referencia a la higiene, a la esterilidad, a la separación entre profesionales y pacientes. «Es que es un bata blanca» profiere un paciente de un hospital psiquiátrico, aludiendo a la inaccesibilidad, a la falta de apertura a la palabra que tiene ante sí en cada cita médica. Pero si las significaciones aparecen multiplicándose es porque, como se vio con Hjelmslev (ver acápite 2.1.2.), hay un contexto.

Tómese la siguiente frase: «Los bata blanca no deben mancharse.». Más acá de todo contexto situacional, la metáfora cobra efecto en virtud del contexto aportado por la vertiente metonímica de la estructura signifiante. De ese contexto que, a falta de significado contenido o de contenido significado, es la relación signifiante a significante —ya no hablamos de signo. “Se ve que la metáfora se coloca en el punto preciso donde el sentido se produce en el sinsentido [...]” (Lacan, [1957], p. 488). En efecto, sintácticamente la proposición carece de sentido; incluso podría proponerse una “corrección”: «Las batas blancas no deben mancharse.». La metáfora aparece por una similitud posicional<sup>49</sup>, el sentido aparece por la sintaxis y a pesar de ella: sustitución de «bata blanca» —singular— por «médicos» —plural— en el lugar del sujeto y en un orden que ubica al sintagma entre un artículo plural y un predicado. Considerado así el asunto, esta vez no basta con explicarlo como una sustitución de una palabra por otra; el singular «bata blanca» clasifica, separa, y el predicado, coincidente con lo que se suele “predicar”

---

<sup>49</sup> El otro tipo de similitud que propone Jakobson [1956], la similitud semántica, es relegada por la similitud posicional, de la cual la metáfora toma su valor creativo.

en medicina, asegura que no haya mezcla, que el médico no se manche con subjetividades.

Ahora bien, la metáfora aprovecha el momento oportuno para significar *muy otra* cosa de lo que se dice. Pero hay un “lo que se dice”, un imaginario “lo que se quiere decir”. “La metáfora supone que una significación es el dato que domina y desvía, rige, el uso del significante, de tal manera que todo tipo de conexión preestablecida, diría lexical, queda desanudada” (Lacan, [1957], p. 313). Esta conexión preestablecida da cuenta de un deslizamiento permanente del sentido bajo la barra que lo separa del significante; como la presencia inevitable, e inevitablemente separada, de la entidad *contenido* en la concepción funcional del signo. “De donde puede decirse que es en la cadena del significante donde el sentido *insiste*, pero que ninguno de los elementos de la cadena *consiste* en la significación de la que es capaz en el momento mismo” (Lacan, [1957], p. 482). Efectivamente, como dice Lacan [1957], se trata de la *Entstellung* freudiana, de la *transposición* de las ideas latentes, a saber, el sentido siempre “a la vuelta de la esquina”. Empero, esta permanente anticipación del sentido se volvería insostenible sin una metáfora que lo cierre en una significación.

Lacan [1957] propone que las dos reglas con que se efectúa la elaboración onírica son estas leyes del lenguaje. “De manera general, lo que Freud llama condensación en retórica se llama metáfora; lo que llama desplazamiento, es la metonimia” (Lacan, [1984], p. 317). Podría afirmarse: la metáfora y la metonimia son las leyes del proceso psíquico primario inconsciente. Y recuérdese: este proceso es una escritura. De allí que todo esto se trate de la letra, de una escritura en el discurso, con una posible lectura. Si con la metonimia y la metáfora se escribe, con ellas también se intentará leer. Más allá de las huellas escritas, el inconsciente habla en sus formaciones, produciendo una escritura. De lo contrario seríamos incapaces de analizar las relaciones y la causalidad en las ocurrencias donde se inmiscuya el inconsciente.

### 2.2.3. *Lituratierra*<sup>50</sup>

En la clase del 12 de mayo de 1971 del Seminario —cuya transcripción se intitula *De un discurso que no sería del semblante*— Lacan retoma la cuestión de la letra y la

---

<sup>50</sup> Traducción al español del neologismo de Lacan, «*lituraterre*», nombre de la clase de Seminario que será trabajada en este acápite. “[...] neologismo que Lacan inventa legitimándose en un diccionario etimológico: *lino*, *litura*, *liturarius*, son las raíces lingüísticas que sirven de referencia. *Lino* es ungir, frotar, ensuciar, embadurnar, recubrir (lo escrito), borrar; *litura* significa corrección, enmienda, borrón, tachadura” (Gerber, 1996, p. 22). Además, está la referencia joyceana al término inglés «*litter*», traducido por «basura», en su relación homofónica con «*letter*», «letra» o «carta».

escritura. Con una referencia al escrito *El seminario sobre La carta robada*, recalca lo que a su juicio es lo fundamental del cuento de Poe. Este muestra que el contenido de la carta y las peripecias de los personajes no son lo esencial. Más bien, lo fundamental reside en la circulación de la carta y la insistencia de lo que queda como resto de esta circulación. La carta-letra<sup>51</sup>, en tanto objeto, termina siendo descuidada, se arruga, se ensucia, de tal modo que su destino será inevitablemente el tacho de basura.

Esto lleva a Lacan a diferenciar la letra del significante. Recuérdese que el goce denuncia que lo simbólico es no-todo, pues el lenguaje no lo cubre todo. Las psicosis dan cuenta de ese goce del que no se puede saber, de ese límite de las palabras (Ver acápite 1.5.4.). Y es justamente en este límite dónde el psicoanálisis se muestra mejor, en ese “saber en fracaso”. Lacan (2005b) precisa que sería mejor hablar de litoral, pues no se trata de un límite-frontera. Este último término designa la división entre dos territorios de naturaleza similar, por ejemplo, los límites políticos entre las naciones que establecen fronteras. Al contrario, el litoral marca el punto de borde entre dos espacios disímiles; considérese la acepción geográfica de litoral, referida a la separación entre el mar y la tierra.

La letra sería, “al pie de la letra”, lo literal que funda lo litoral entre el goce y el saber. “¿La letra no es exactamente el litoral, el borde del agujero en el saber, que el psicoanálisis designa justamente cuando aborda la letra?” (clase del 17 de mayo de 1971) (Lacan, 2005b, p. 34). Esto se relaciona íntimamente con el primer nivel de la escritura (ver acápite 2.1.3.): la letra como algo en sí mismo. De hecho, podría decirse que, considerada así, la letra, a diferencia del significante, *tiene* significado. Es un significado total, la saturación completa de la referencia; de allí que en tal primer nivel no pueda significarse «a» sino con “a”, con nada menos ni nada más. La letra, idéntica a sí misma, no se presta para significación alguna. Por ello, la letra marca un tope en el saber, un litoral. Este litoral establece, por una parte, el goce de la pura homofonía de la letra y, por otra, las relaciones metafórico-metonímicas trabajadas en el acápite anterior. Debemos anotar que con esto la fonografía ha quedado dividida: por un lado, sirve al significante en su articulación; por otro, sirve a la homofonía de la letra.

Estas precisiones ayudan a entender mejor el estatuto de la escritura. La escritura no es solamente la impresión, como aquella del «*Wunderblock*», pues esta no calca al significante, lo sostiene. Y si antes tal sostenimiento se basaba en la pura diferencia, carácter fundamental de lo simbólico, ahora se ve cómo la letra, en su positividad, existe en lo real. “La escritura, la letra, es en lo real, y el significante en lo simbólico” (clase del

---

<sup>51</sup> Recordemos el título en francés del cuento de Poe: *La lettre volée*. En este idioma, «*lettre*» hace alusión a dos cosas distintas: una letra o una carta.

17 de mayo de 1971) (Lacan, 2005b, p. 36). Lacan precisa que estos registros disímiles entre sí pueden encontrar satisfacción por dos vías también disímiles: ya sea por la referencia a la escritura o por el ejercicio de la palabra. En la circulación de la palabra se desprende la significación, mientras que la escritura la erosiona. “[...] la escritura puede ser llamada en lo real el abarrancamiento del significado” (clase del 17 de mayo de 1971) (Lacan, 2005b, p. 36). Letra y escritura se presentan ahora como el litoral de acceso a ese goce sin saber y su ejercicio se plantea como un modo de descarga del goce, un arrojamiento de ese resto que no se deja asir.

## **2.3. Algunas de las características de la escritura en la psicosis**

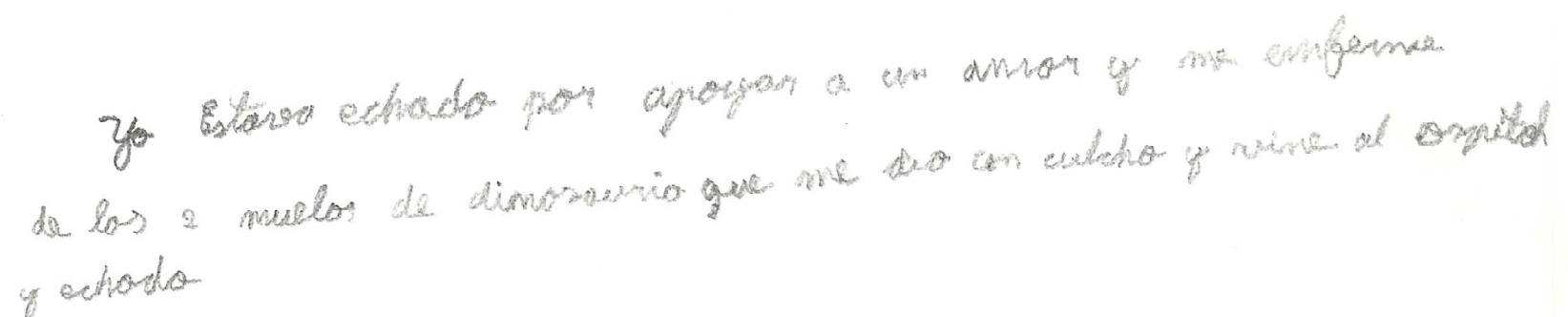
Habiendo trabajado ya la escritura, podemos plantear ciertas relaciones con la psicosis. Nos guiará la interrogación sobre una posible “escritura psicótica”, empero, no daremos alguna conclusión sobre esto sino hasta el próximo capítulo (ver acápite 3.3.1.). Recalquemos que, con la lectura del Psicoanálisis, aquello que pudimos ver aparecer desde la Lingüística estructural ha encontrado toda su implicación, amplitud y límites, cuando se revelan los estatutos que posee ante el sujeto. Para continuar nuestro estudio, incluiremos algunos escritos producidos en el “Taller de escritura”, taller construido en el Hospital Psiquiátrico Julio Endara (su descripción será realizada en el subcapítulo 3.1.). Trataremos, entonces, de que nuestra lectura se proponga como la articulación entre los efectos del abordaje teórico que hemos venido haciendo y parte de la experiencia brindada por el taller.

### *2.3.1. La letra en la esquizofrenia*

En el capítulo VII de *Lo inconsciente* de 1915, Freud trata de caracterizar al esquizofrénico por su conducta en la relación entre el yo y el objeto. Primero, téngase en cuenta lo siguiente: “[...] ningún observador dejó de notar que en la esquizofrenia se exterioriza como conciente mucho de lo que en las neurosis de transferencia solo puede pesquisarse en el *lcc* por medio del psicoanálisis” (Freud, [1915], p. 194). En este texto Freud repara en el peculiar lenguaje del esquizofrénico. Mediante dos casos establece que “El dicho esquizofrénico tiene aquí un sesgo hipocondríaco, ha devenido *lenguaje de órgano*” (Freud, [1915], p. 195). Este lenguaje se caracteriza por una referencia constante

a los órganos corporales, sirviéndose de las palabras que los designan más que las cosas a las que representan.

Tomemos el siguiente escrito de uno de los pacientes del taller:



Yo Estoy echado por apoyar a un amor y me enferme de los 2 muelas de dinosaurio que me dio con culcho y vine al hospital y echado

El paciente, de 25 años de edad, dice «me enferme de las 2 muelas de dinosaurio». ¿Cómo alguien se enferma de las dos muelas de dinosaurio? ¿Por qué aparece ahí el dinosaurio con sus muelas que, como él, deben ser gigantes? Más allá de todas las relaciones metafóricas que pueden aparecer, aquí rige la metonimia del significante. La introducción del dinosaurio torna enigmática la significación. Consideradas por separado, «me enfermé de las dos muelas» y «dos muelas de dinosaurio», apuntan a un sentido claro, incluso podríamos decir convencional: aquel dolor que impide al poeta escribir y la enormidad de unas muelas de un animal prehistórico, también enorme. No obstante, se metonimizan, desplazan el sentido y llevan al sinsentido, poniendo en evidencia su *desatadura*.

Aquí se trata de la desinvestidura de los objetos que acaece en la psicosis. Empero, Freud [1915], afirma que cabe hacer una reformulación a esta hipótesis:

Lo que pudimos llamar la *representación-objeto* {Objektvorstellung} conciente se nos descompone ahora en la *representación-palabra* {Wortvorstellung} y en la *representación-cosa* {Sachvorstellung}, que consiste en la investidura, sino de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas derivadas de ella. (pp. 197-198)

En el esquizofrénico, la investidura de la representación-palabra se conserva. Lo que falta es la investidura de la representación-cosa. Se juega “a flor de piel” el significante en su operación primaria —proceso primario—, incluso cuando es aparente la presencia de un proceso secundario, de una lógica tradicional. Este proceso secundario es el efecto de una sobreinvestidura que funda lo preconsciente y posibilita lo consciente: La representación cosa, con que trabaja el pensamiento inconsciente, “[...] es sobreinvestida por el enlace con representaciones-palabra que le corresponden”. Pero, ¿de que correspondencia se trata?

Nos parece necesario hacer una referencia a una noción lacaniana: el *punto de capitón*.

Supongamos una red de significantes y una nebulosa de significaciones [...] El “punto de capitón” amarra la red y la nebulosa haciendo valer un significante (S<sub>1</sub>) a

partir de otro significante ( $S_2$ ) que podría ser el saber supuesto al padre. Luego, este amarre que une el saber supuesto a la función paterna, liga red y nebulosa de tal forma que decide todas las significaciones. (Calligaris, 1991, p. 15)

Se trata de la significación fálica, de la que se habló muy brevemente en el primer capítulo (ver acápite 1.5.2.). La metáfora paterna resulta de la sustitución del falo, en cuanto objeto de deseo de la madre, por el Nombre-del-Padre, reprimiendo al primero.

$$\frac{\text{Nombre – del – Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \cdot \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} \rightarrow \text{Nombre – del – Padre} \left( \frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

(Lacan, [1958], p. 539)

La represión del falo impone la barra al significante, A, lugar en el que queda *despejado* el deseo de la madre, barrando al significado pleno del sujeto.

Consideramos lícito leer el falo en Freud [1915] en esa representación-cosa inconsciente, desprovista del enlace a la representación-palabra preconsciente por efecto de la represión<sup>52</sup> (p. 198). He aquí la correspondencia de la que nos preguntábamos: el falo opera en la neurosis *en nombre del padre* simbólico, en nombre de la excepción a la castración. “La apuesta neurótica es que haya “por lo menos uno” que sepa lidiar con la Demanda del Otro, entonces el saber va a tener un sujeto supuesto” (Calligaris, 1991, p. 14). El Nombre-del-Padre,  $S_1$ , en cuanto puro significante, se pone en el lugar de la falta del significante apropiado para significar al sujeto y remite a un saber supuesto,  $S_1 \rightarrow S_2$ , instaurando la metonimia que articula el significante. La significación se ata en el reenvío retroactivo,  $S_1 \rightarrow S_2$ , en la pregunta por el origen del sentido, cuya respuesta es el Nombre-del-Padre, que metaforiza al sujeto en su lugar dentro la ordenación metonímica. Es esto lo que detiene la permanente transposición del sentido, la cierra en una significación que, aunque imaginariamente *consista*, no vale sino por la remisión a otra significación, devolviendo la *insistencia* del sentido. Por ello, el psicoanálisis revela que la significación neurótica es significación fálica.

Y la significación fálica se nos hace inevitable: Bien podríamos decir que la fórmula del paciente expresa el hecho de que el sostenimiento de una relación amorosa le ha provocado un dolor tan enorme como el dolor de muelas, un dolor similar a aquel que, provocado por un padre —«cu(l)cho»—, terminó por postrarlo —“echado” en el

<sup>52</sup> Aunque debemos aclarar lo siguiente: “Si admitimos ahora con Freud «el primado de lo genital» [...] podemos admitir entonces que el representante originariamente reprimido del que habla Freud sea precisamente el falo” (Chemama y Vandermersch, 2010, p. 601). La represión original acaece sobre la «*Vorstellungrepräsentanz*», el *representante de la representación*, el falo que somete a ordenación las pulsiones orales y anales. Más allá de las asociaciones estimulares de los sentidos, en la medida en que el significante mata a la cosa, esta no puede salir del campo de representación. La representación-cosa no es más que una representación de la representación-cosa, y así podría seguir prolongándose la cadena. Leemos en este concepto el registro imaginario del *representante de la representación*, el falo, que ordena lo simbólico.

«culcho(n)»— ante la vida y lo llevo al «ospital». Por más que esto, en la resonancia que tiene, nos guíe en nuestra aproximación a la psicosis, debemos estar advertidos que es nuestra incumbencia la que hace brotar una significación así. Incluso, estamos jugados en la significación “clara” y “convencional” que atribuimos a las dos frases yuxtapuestas consideradas aisladamente. Por eso, cuando estamos ante un psicótico, creemos necesario renunciar a la interpretación en términos de un significar; su efecto sería, en el caso menos grave, una fuerte renuencia.

En la esquizofrenia la falta de la investidura sobre la representación-cosa se muestra como un efecto de la forclusión del Nombre-del-Padre. La castración simbólica que no operó, no reprimió al falo, desproveyendo al psicótico de la represión misma. “[...] la forclusión del Nombre-del-Padre reduce la escritura de la metáfora paterna a un muñón, de tal manera que sólo queda lo siguiente:

$$\frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} = x$$

” (Maleval, 2002, p. 84).

Por ello, el psicótico se enfrenta a una metonimia sin metáfora, a la transposición del sentido sin una significación que insista en consistencias diversas, que le permita responder a la demanda del Otro, lo cual le ubica como una letra, x, con significado pleno. No hay punto de capitón que haga la atadura y se evidencia su desatadura. Ante la ausencia de una *carretera principal* de la significación fálica, “Los significantes se ponen a hablar solos, a cantar solo. El murmullo continuo de esas frases, de esos comentarios, no es más que la infinitud de los caminitos” (Lacan, [1984], p. 419). En una ocasión en el Hospital, un esquizofrénico que suele merodear los patios y los pasillos para acercarse al primero que encuentra y proferir los disparates más desarticulados, dijo algo que uno de nosotros no alcanzó a escuchar. Ante la intervención «No le escucho», respondió «Yo tampoco». Dejando a un lado la posible gracia irónica que despierta, esto da cuenta de que justamente ahí no hay alguien que se escuche, solo el oído del desfiladero de significantes que una boca profiere.

De ahí que lo inconsciente neurótico aflore en el decir del psicótico, psicótico que, a falta de represión y de significación fálica, pone en primer plano la letra y las dos vertientes del lenguaje: “En la esquizofrenia las *palabras* son sometidas al mismo proceso que desde los pensamientos oníricos latentes crea las imágenes del sueño, y que hemos llamado el *proceso psíquico primario*” (Freud, [1915], p. 196). En efecto, hemos visto el desplazamiento efectuado entre «me enfermé de las dos muelas» y «dos muelas de dinosaurio», asimismo, hemos podido leer la posible condensación, por lo demás muy metafórica, de un dolor tan enormemente prehistórico en «me enfermé de las dos muelas

de dinosaurio». Incluso hemos propuesto la condensación de «cucho» y «colchón» en «culcho», la cual da testimonio de las operaciones de la letra en su nivel fonemático. Sin embargo, advertamos que el paciente no necesariamente da cuenta de lo metafórico de su expresión.

Ahora bien, Freud [1915] se extraña de que la retirada de libido de los objetos del esquizofrénico no siga un orden similar a aquel de la represión. Este orden se somete a la secuencia: renuncia al objeto real, reversión de la libido hacia un objeto fantaseado y reversión hacia un objeto reprimido. Objeto reprimido que se reduce a la representación-cosa, al falo, por el rechazo “[...] de la traducción en palabras, que debieran permanecer enlazadas con el objeto” (Freud, [1915], p. 198)<sup>53</sup>. ¿Por qué la “represión psicótica”<sup>54</sup> no renuncia al enlace con las representaciones-palabra? Esos caminitos que le quedan al psicótico, “Por lo menos es una suerte que indiquen vagamente la dirección” (Lacan, [1984], p. 420). Como Freud [1915] mismo señala, en la esquizofrenia, la investidura de la representación-palabra no es efecto de una “represión psicótica”, en realidad se manifiesta como un intento de curación (p. 200).

### 2.3.2. Las funciones de la letra en la psicosis

Como se ha visto, la letra aflora en la psicosis por dos motivos fundamentalmente asociados: por la forclusión del Nombre-del-Padre y por el intento de restitución. ¿Es posible distinguirlos clínicamente?

Tomemos el siguiente fragmento escrito de un paciente del taller<sup>55</sup> :

yo era *simproblemas* mis problemas comienzan con M,  
papa no me supo mandar de la coza al trabajo

¿«Yo era *simproblemas*» es equivalente a «Yo no tenía problemas»? No, parece tratarse de un neologismo. El paciente no solamente pega las expresiones «sin» y «problema», hace que su nueva palabra se ajuste a la regla del español que impide anteponer una «n» a una «p», escribe «*simproblemas*». Es un neologismo lexical, “[...] se trata de una

<sup>53</sup> Por lo demás, esto aclara las nociones de introversión de la libido y de investidura de objeto reprimida, de las que se habló antes (ver acápite 2.1.1.). Adicionalmente, digamos, con una brevedad que no hace justicia a lo se formula, que en el significante fálico se sostiene la transferencia de significación y, por tanto, la transferencia en la clínica con neuróticos.

<sup>54</sup> La duda sobre el mecanismo de la psicosis y su falta de similitud con la represión aparece ya desde este momento de la elaboración freudiana [1915]: “Con respecto a la esquizofrenia [...] debe presentárenos una duda, a saber, si el proceso que en este caso hemos llamado represión tiene todavía algo en común con la represión de las neurosis de transferencia” (p. 199).

<sup>55</sup> Este paciente es justamente sobre quien hemos construido el “caso de taller” (ver subcapítulo 3.2.).

palabra nueva que se forma [...]” (Maleval, 2002, p. 164). Como la letra tomada en sí misma, este significante satura el campo de la significación. Después del neologismo encontramos esta articulación: «mis problemas», problemas que iniciaron con una referencia al padre. Podemos leer en este pasaje la entrada de un padre que abre la brecha de la “completud” especular de la relación del yo al objeto, empero, su entrada no puede ser simbolizada y reaparece a nivel del escrito. Antes era unión, desprovista de vicisitud alguna, después es separación e inicio de «mis problemas». En la frase entera e, incluso, en el neologismo tomado aisladamente, se devela la estructura del delirio: Sus problemas aparecieron cuando hubo un padre que develó un vacío, un agujero, pero no hubo Un-Padre que le sepa «mandar», ordenar y transportar del nido materno al lugar esencial del hombre.

Este neologismo se muestra como una *intuición-palabra*, noción mencionada antes (ver acápite 1.5.3.). Es el resultado de un particular proceso de condensación percibido por Freud [1915]: “[...] el proceso puede avanzar hasta el punto en que una sola palabra, idónea para ello por múltiples referencias, tome sobre sí la subrogación de una cadena íntegra de pensamientos” (p. 196). Empero, si en realidad se trata de un neologismo, no lo es únicamente por su carácter creativo, pues se impone como algo carente de significación “normal”, en efecto ¿qué significa un *simproblemas*?. Podríamos especular con un sinnúmero de interpretaciones, pero aquí lo esencial es que el término resiste entrar a una dialéctica: es, de hecho, una letra. Sin embargo, no es una letra cualquiera, ya que representa a ese yo en un pasado que terminó. No tiene significación “normal” pero parece que para el paciente tiene una significación fundamental<sup>56</sup>.

Como pudo observarse en el acápite anterior, utilizamos indistintamente los términos psicosis y esquizofrenia. Ahora podemos hablar de cierta diferencia. La significación fundamental que suponemos<sup>57</sup> atribuye el paciente a su neologismo, respondería al hecho de que funciona como la máxima de las significaciones, la significación como tal. En ese efecto de *plomada de la red significante*, se detiene la trasposición del sentido en una significación que no sería fálica, en una significación delirante. Por ello es que en esto puede leerse un intento de curación del sujeto<sup>58</sup>, una

---

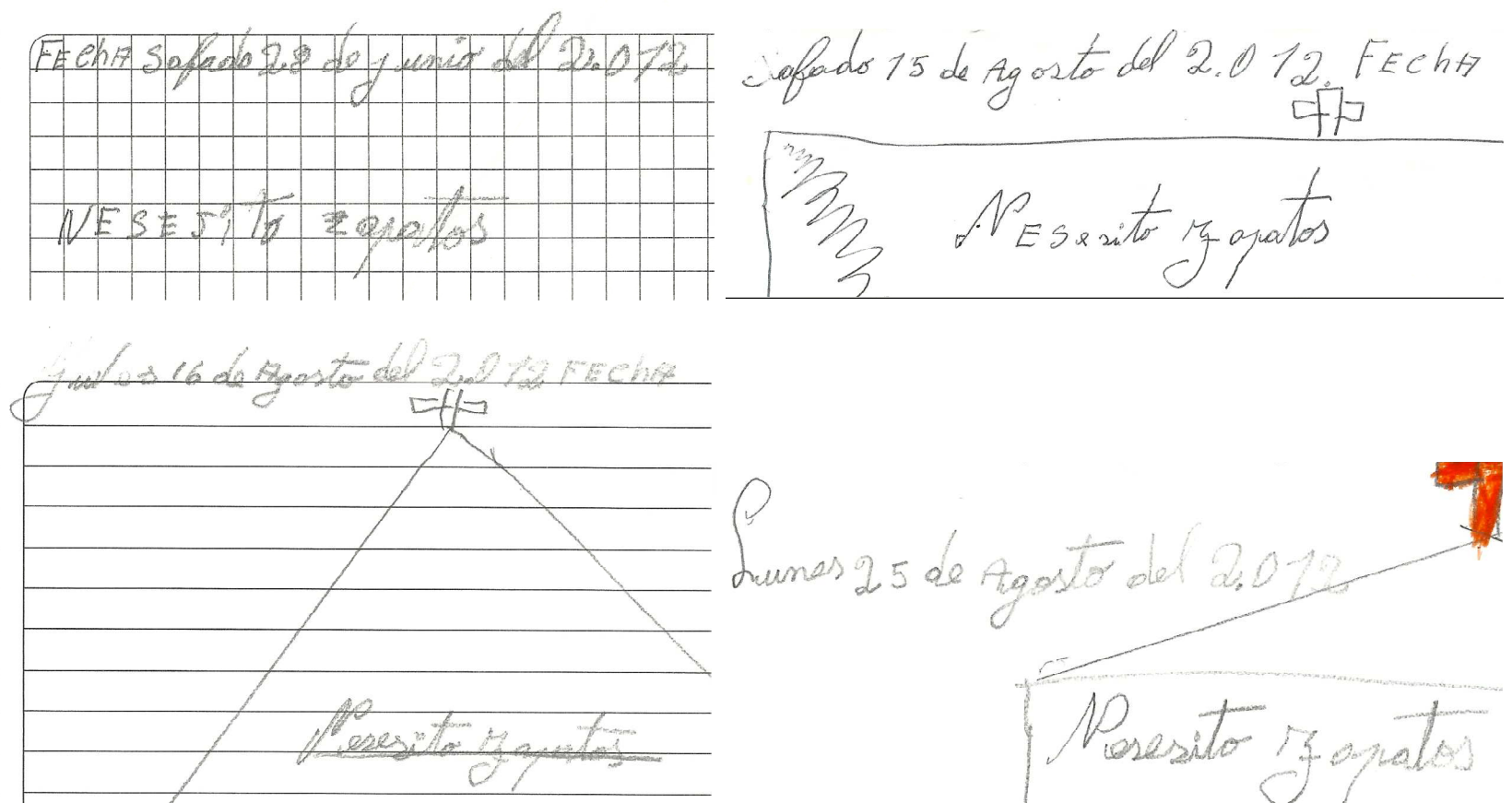
<sup>56</sup> En este sentido cobra valor la conocida equivalencia entre el todo y la nada, con la que suelen acabar ciertos diálogos filosóficos, es decir, la conclusión de la dialéctica.

<sup>57</sup> Este «suponemos», como el «parece que» de la última oración del párrafo precedente y como otros términos que utilizaremos, nos son necesarios para continuar la advertencia, enunciada en el acápite anterior, ante el intento de atribuir una significación fálica al decir o a los escritos de los psicóticos.

<sup>58</sup> Hemos postergado suficientemente la pregunta por el sujeto en la psicosis. Nos creemos capaces de responder solamente así, al margen del cuerpo de nuestro trabajo, porque no podremos argumentar la respuesta. Consideramos que, aunque la forclusión del Nombre-del-Padre empuja a una muerte del sujeto y aunque esto se manifiesta en ciertos momentos de una

metáfora delirante que, más allá de toda fenomenología de la sistematización del delirio o de su ausencia, se juega en la condensación de lo inefable. Esto es lo que distingue la paranoia de la esquizofrenia: en esta última el intento de curación no operaría mediante una metáfora, así sea delirante. No obstante, es importante estar advertidos que en los casos particulares se presentan mezclas y movimientos de un polo a otro.

En la esquizofrenia se evidencian formaciones a nivel de la letra que no manifiestan el peso de una significación. Así, el estribillo, del que se habló en el primer capítulo (ver acápite 1.5.3.), se muestra como una palabra vacía cuyo peso reside únicamente en su repetición. Es lo que fenomenológicamente se presenta muchas veces como estereotipia; empero, no debe hacerse una equivalencia. Tomemos los siguientes fragmentos de ciertos trabajos de un paciente del taller (de aproximadamente 60 años de edad):

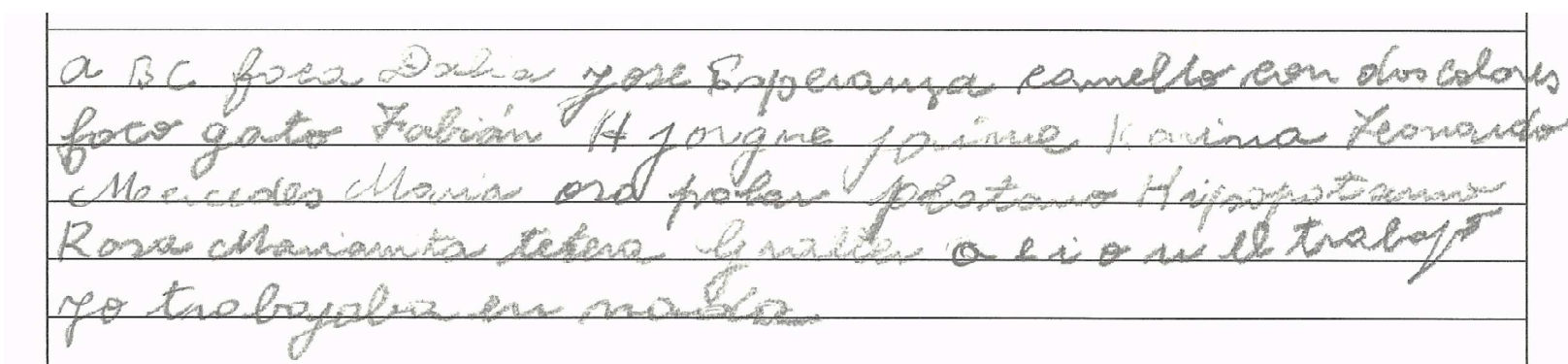


En este repetitivo «Nesesito zapatos», que aparece siempre en las vecindades de casas o iglesias dibujadas, muy parecidas entre sí, podemos leer un estribillo. Intencionalmente hemos incluido en los fragmentos las fechas en que fueron escritos. No se trata de una necesidad, de hecho, el paciente tenía los zapatos puestos cuando escribía tales frases. Además, nunca enunció la frase escrita, al menos no en el modo de una demanda. El «Nesesito zapatos» insiste a través del tiempo, como un slogan del paciente, como lo que le caracteriza sin significarlo. “Ni siquiera está demostrado que la fórmula vacía se haya convertido en tal porque su sentido original haya desaparecido” (Maleval, 2002, p. 173). Aquí, como hicimos con el neologismo de arriba, podríamos

psicosis, los intentos de curación apuntan a una restitución *de sujeto*. Además, pese a que la forclusión es concebida como algo total, la desestructuración en que desemboca permite la lectura de una graduación. Sin embargo, nos parece que no se trata de aquel sujeto de la neurosis.

suponer una condensación en que se implique una significación vasta, sin embargo, como el «simproblemas» mismo lo atestigua, el neologismo *dice* algo al paciente, algo que puede articular. Esto no ocurre con el estribillo: cuando, en el momento de presentación, se le invitaba a leer y comentar su escrito, el paciente lo leía literalmente, decía «necesito zapatos» y cerraba su presentación con una sonrisa. Al preguntarle si de hecho necesitaba zapatos, respondía con otra sonrisa; no decía más.

El aferrarse a las palabras en lugar de las cosas da cuenta de un aferrarse a la “humanidad” que tiende a perder. La esquizofrenia se vincula muy bien a los estribillos, no obstante, la cuestión no está a nivel del fenómeno. Maleval (2002) dirá respecto a los estribillos de Schreber: “A pesar de su aparente insignificancia, los ritornelos alucinatorios del presidente no constituyen fórmulas completamente vacías” (p. 175). Ni los estribillos son exclusivos de la esquizofrenia ni son los únicos *recursos a la letra* de su arsenal.



Con este escrito anónimo<sup>59</sup> podemos dar cuenta de la primacía de la letra, sin referencia más que al sentido homofónico, característica de la esquizofrenia. Intentaremos hacer una transcripción de manuscrita a imprenta: «a B C foca Dalia Jose Esperanza camello con dos colores foca gato Fabián H jorge jaime Karina Leonardo Mercedes Maria osa polar platano Hipopotamo Rosa Marianita tetera Grallen a e i o u el trabajo yo trabajaba en nada». Qué mejor caracterización de lo que le ocurre al paciente al escribir que la fórmula «yo trabajaba en nada» —entiéndase “fórmula” en la medida en que somos nosotros los que la delimitamos. Aquí, quien trate de encontrar significación alguna sonará tan disparatado como el escrito mismo. Empero, hay un ordenamiento: ciertas palabras están ordenadas alfabéticamente por sus letras iniciales, aunque se interponen algunas. La primacía de la letra se revela de un modo avasallador: el trabajo de escritura se asienta en nada, nada más que la letra misma, desposeída de la significación que podría evocar al ser articulada. Nuevamente, el “todo” de la letra en sí ocupa la “nada” de la metaforización. Y en eso se “ocupaba” el paciente; vemos que incluso en —y con— la nada hay un cierto trabajo.

<sup>59</sup> Anónimo porque no está firmado y porque desconocemos quién lo escribió. Tenemos la idea de que fue una paciente aguda que asistió a una sola reunión del taller, aunque tampoco la hemos podido ubicar en los registros de asistencia. Con los otros fragmentos de los que nos hemos servido, no ocurre lo mismo; si los pacientes no firmaron su escrito nosotros lo hemos vinculado a un nombre y a un rostro. Empero, queda sobreentendido que no podamos confiar sus nombres.

### 2.3.3. El discurso y la holofrase

Considérese una escritura, el matema del discurso amo:

$$\frac{S_1}{\$} \rightarrow \frac{S_2}{a}$$

Sostenidos en la lectura de *La forclusión del Nombre del Padre*, texto de Maleval (2002) que hemos venido trabajando, podemos hacer una relectura de lo dicho respecto a la significación fálica (ver acápite 2.3.1.). El  $S_1$ , en el que hemos leído el Nombre-del-Padre, es ahora leído como el significante *unario*. Este término hace alusión al número de letras proposicionales (o variables) que admite una conectiva lógica y, de un modo muy similar, al número de argumentos que admite una función. Unaria es la función que admite solamente un argumento, o la conectiva que admite solamente una letra proposicional.

Ahora bien, así como lo psíquico no se trabaja con una lingüística, sino con una lingüistería (ver acápite 1.5.3.), tampoco se trabaja con una lógica, sino con una *logistería*. En la clase del 6 de diciembre de 1961 de su Seminario, cuya transcripción se intitula *La identificación*, Lacan (2005a) introduce el término «rasgo unario» para afirmar que “Es el significante el que decide, es él el que introduce la diferencia como tal en lo real, y justamente en la medida en que no se trata de diferencias cualitativas” (p. 20). Se trata del trazo operado por el Nombre-del-Padre, en tanto significante puro, que inscribe al sujeto en el Otro del lenguaje. No obstante, el significante unario, significante aislado “[...] es incapaz de significarse a sí mismo, y por eso se produce en el Otro una llamada a un segundo significante, gracias al cual el primero adquiere sentido retroactivamente” (Maleval, 2002, p. 219).

En efecto, el sujeto no puede ser representado por un significante único, no puede reducirse a su nombre propio que, al fin y al cabo, representa solamente una diferencia en la filiación. La movilización a los significantes se efectúa por la entrada a lo simbólico a partir del Nombre-del-Padre, “[...] portador de una tendencia a representar [...]” (Maleval, 2002, p. 220).  $S_2$ , binario, se ubica en el lugar del Otro, dando cuenta de que el saber no solamente se asienta en la diferencia, sino también en la articulación, cuya función requiere de al menos dos. De ahí que ni  $S_1$  ni  $S_2$  representen plenamente al sujeto; este está dividido, \$, entre el “Uno que es nada sin el dos” y el “dos que no es único”, su significación se jugará siempre en el envío y en el reenvío retroactivo.

Sin embargo, “No todo en el ser vivo puede estar representado en el campo del significante”. Recuérdese el primer tiempo del Edipo (ver acápite 1.5.2.): El niño se “equivale” al falo, como objeto del deseo de la madre. Pero este objeto ya estaba escrito con una letra, *a*, en cuanto faltante, míticamente perdido, causante del deseo. El falo,

operador significativo, solamente viene a ocupar el lugar de esta falta. De ahí que la significación fálica no sea todo lo que revela el psicoanálisis, que el psicoanálisis revele y se revele no-todo. Con esto, hemos leído la significación fálica en varias de sus implicaciones; ahora podemos abordar algo más cercano a la psicosis, a saber, justamente donde la significación fálica no se implica.

El objeto *a* es un resto de la representación, algo fuera del lenguaje que, como se ha visto (ver acápite 1.5.4.), puede ser leído como goce. Ahora agregamos: dependiendo dónde se escriba puede ser leído como *goce fálico* o como *goce Otro*.

Sólo hay goce del ser vivo, pero su animación procede del lenguaje, a condición de que se dé un proceso de sustracción que tiene lugar en dos tiempos. El primero consiste en el asesinato de la cosa por el significante, que produce un recorte de la realidad gracias al cual el goce será contable; el segundo produce la separación de una parte del goce previo del ser vivo no traducible mediante el significante, e instala un resto de goce autorizado, un plus de goce, que supone la extracción del objeto *a*. (Maleval, 2002, p. 213)

El goce pleno del cuerpo es solamente un mito para el neurótico, pues el lenguaje obliga a su renuncia. Empero, como se anticipó más arriba, podemos suponer un momento lógico entre la plenitud y la renuncia con *Lalengua*.

El mejor acceso que tenemos para este concepto es aquello que la lingüística no puede reconocer. Como se informó antes (ver acápite 2.1.2.), Hjelmslev [1943] habla de una *sustancia de la expresión*, por la que ahora podemos preguntarnos. El autor se atribuye el ser pionero de esta concepción, en la medida en que puede “[...] llamar al signo simplemente signo de sustancia del contenido o (lo que nadie ha pensado, podemos estar seguros) de sustancia de la expresión” (Hjelmslev, [1943], 86). Esto porque el signo es forma *de algo*. Sus formas se efectuarían en sustancias de expresión, cuya manifestación sería hallada en la distinta pronunciación de fonemas entre diferentes idiomas. Por ejemplo, un angloparlante podría distinguir ciertas vocales y consonantes que para un hispanoparlante serían inexistentes; solamente con el cultivo dedicado del idioma extranjero podría llegar a imitar el sonido antes desconocido. De este modo, para distinguir las formas fonemáticas de su sustancia, Hjelmslev [1943] habla de “[...] un sentido de la expresión, sin que lo poco corriente de una afirmación semejante pueda impedirnoslo” (p. 83).

Leemos en esto, a saber, en el sentido de la expresión que se organiza en una sustancia formada de la expresión, a la lengua y el goce. Hjelmslev no repara en la relación que el niño tiene con su balbuceo cuando ejercita la *formación* de los fonemas. Ni siquiera se detiene en el bochorno que provoca, en el aprendiz —ya adulto— de un idioma, el retomar este tipo de “juego bucal”. Por supuesto, no lo hace porque su Glosemática le exige una coherencia que sería agujereada por cualquier referencia a

algo de tal talante. Consecuentemente, hace un recurso a la fonética para poder establecer el sentido de la expresión en sus pasajes a la sustancia formada: habla de un “continuum de las zonas bucales” para las vocales y de un “continuum del corte medio de la boca (desde la faringe hasta los labios)” para las consonantes (Hjelmslev, [1943], pp. 82-83). Empero, el psicoanálisis se ve obligado a reconocer lo irreconocible del goce. En efecto, la lengua entraña ese goce en renuncia a favor del significante. “La lengua está hecha de  $S_1$  que no llegan al  $S_2$ , lo cual los asimila a letras. La representación del sujeto pasa por esos  $S_1$  que son portadores del goce y cuyos efectos son afectos” (Maleval, 2002, p. 212).

Y si el neurótico debe renunciar al goce, valerse ya no de una letra aislada que lo represente, sino de la articulación a la que lleva el Nombre-del-Padre,  $S_1 \rightarrow S_2$ , el goce tendrá que ser organizado por el falo, excluyéndolo como desecho del lenguaje, ya lo hemos visto (ver acápite 2.2.3.), y del cuerpo. “El cuerpo, por esta misma razón, queda vaciado de goce, y este es localizado entonces en un afuera del cuerpo fálico que orienta la satisfacción de las pulsiones a partir de sus cortes que son los bordes del organismo” (Maleval, 2002, p. 213). De ahí que *a*, en el matema pueda ser leído como *goce fálico*.

Ahora bien, es necesario reiterar lo ya dicho (ver acápite 1.5.4): la forclusión del Nombre-del-Padre implica la *deslocalización del goce* en el psicótico. “Entonces el goce del sujeto no está ni cifrado por el significante, ni ordenado por la dimensión contable, ni regulado por objetos fuera del cuerpo” (Maleval, 2002, p. 217). El psicótico tiene el objeto *a* en el bolsillo. Es un *sujeto del goce*<sup>60</sup>, está fuera del discurso: no hay articulación entre  $S_1$  y  $S_2$ , no hay envío ni reenvío retroactivo, por tanto, este “sujeto psicótico” no está dividido ni bajo la barra. En consecuencia, no se inscribe en la dialéctica, carece de ambigüedad y de doble sentido, participa solamente de la certeza. Certeza que se halla en la consistencia de la letra o del trazo unario aislado, en el significado pleno del *todo o nada*.

Si hubiera que recurrir a los elementos que componen los cuatro discursos para definir la posición del psicótico, no hay duda de que, después de borrar la barra del sujeto, se impondría escribir en continuidad  $S_1$ ,  $S_2$  y *a*. Ésta es, precisamente, la intuición que se encuentra en el origen del concepto de holofrase. (Maleval, 2002, p. 223)

La certeza de la *holofrase* es algo con lo que nos hemos enfrentado frecuentemente en el taller y, en general, en el Hospital. Ingenua y peligrosamente hemos ensayado algún intento interpretativo frente a ciertas elocuciones de los pacientes. Si

---

<sup>60</sup> Esta expresión que encontramos en Maleval (2002, p. 214) y que no sabemos si atribuirle a él la acuñación, nos parece muy acertada para decir algo de la “humanidad” que le queda al psicótico y para diferenciarlo del sujeto en la neurosis.

esto no producía la renuencia mencionada antes (ver el anterior acápite), ocurría algo como ese “hacerse el sordo”, que ahora entendemos como un “ser sordo” para lo que tratábamos de significar. No podríamos, como hemos hecho antes, hacer un recurso que ilustre la holofrase del psicótico. Consideramos, más bien, que este concepto da cuenta de la estructura de la psicosis y que, por estar ahí en cada formación, no puede ser distinguido en un ejemplo.

Cabe señalar aquí que la referencia que hemos hecho de los conceptos de goce y de holofrase nos permite hacer una lectura de lo que distingue al psicótico: En él tienen peso real el *todo* —aclaramos, no sostenido en la excepción— y la *nada* que en el neurótico se mantienen a nivel del mito o del concepto puramente abstracto. Asimismo, podemos diferenciar paranoia de esquizofrenia introduciendo tales términos en fórmulas: la primera se juega en el *todo o nada*; la segunda, en el *todo y nada*. En la esquizofrenia el goce ocupa todo el cuerpo reduciendo al sujeto a nada. En la paranoia, la localización del goce le llevará a ubicar un Otro total, bien podríamos decir también un otro total, haciendo de la tachadura nada.

### 3. LA ESCRITURA EN TALLER

En este capítulo presentaremos la parte aplicada de nuestra disertación. Primero, hablaremos de los *ateliers d'écriture* organizados por Bernard Cadoux, pues estos fueron los modelos que seguimos para organizar el nuestro. En seguida, abordaremos la puesta en marcha del "Taller de escritura", cuyo espacio abrimos en el Hospital Psiquiátrico Julio Endara, hospital público de Quito. Nos detendremos en ciertos antecedentes, en las cuestiones metodológicas, en sus modificaciones, en nuestra posición respecto al trabajo y en la experiencia del taller. Seguidamente, presentaremos un "caso de taller", incluyendo los procedimientos que hemos realizado para su construcción. Después, trabajaremos sobre la hipótesis que ha guiado esta investigación: *Existe una relación particular entre la estructura psicótica y la escritura, y el "Taller de escritura" permite un acercamiento a las características de dicha relación así como a sus posibles efectos*. Por último, apoyados en ciertos escritos del taller, nos preguntaremos por las funciones de la escritura en la psicosis.

#### 3.1. El "Taller de escritura"

La iniciativa de construir un espacio de taller de escritura en el Área clínica psiquiátrica del Hospital Psiquiátrico Julio Endara se debió a una recomendación de Marie-Astrid Dupret, quien fue nuestra supervisora de prácticas pre profesionales y es actualmente la directora de la presente disertación. En el año 2011, al comenzar nuestras prácticas en el mencionado hospital, Astrid nos sugirió que intentáramos aplicar unos talleres de escritura descritos por el psicólogo clínico Bernard Cadoux en su libro *Écritures de la psychose*. Después de la lectura del texto, realizamos dos o tres sesiones del taller, sin modificar en gran medida el esquema propuesto por Cadoux. Posteriormente, en el año 2012, ante la exigencia académica de la disertación vimos la oportunidad de hacer una investigación a partir de la realización prolongada del taller. Para ello, cambiamos ciertos elementos metodológicos a partir de la experiencia previa, realizamos una propuesta al Hospital y con la anuencia del director iniciamos la aplicación de los talleres. A continuación, trataremos los esquemas de taller propuestos por Cadoux, para luego describir el motivo, la metodología y la experiencia de nuestro taller.

### 3.1.1. Los «ateliers d'écriture»

Bernard Cadoux describe dos talleres de escritura que ha construido. No especifica fechas, pero distingue al primero como elemento de una trama “arqueológica” del segundo. Trataremos de resumir esta descripción y de trabajar brevemente los principios sobre los que Cadoux asienta la práctica de ambos talleres. Es menester señalar que no hemos hallado una traducción de este libro al español, por lo tanto, las citas y paráfrasis que haremos en este acápite son el resultado de nuestra propia traducción, limitada por nuestro pequeño conocimiento del francés y “traicionera” como toda traducción.

Cadoux (1999) indica que el primer taller de escritura se sostenía en una hipótesis psicodinámica: “[...] *el taller de escritura es un lugar, por la puesta en juego de lo narrativo, de una reanudación del fracaso del relatar maternal*<sup>61</sup>, *fundador del psiquismo*” (p. 172). Este concepto, el “relatar maternal”, hace cierta referencia a la relación imaginaria entre niño y madre. Si pensamos en la disolución del contorno imaginario del cuerpo que ocurre en la esquizofrenia, se esclarece algo de lo que “fracasa”. Parece que Cadoux (1999) apunta a la presencia materna en términos de lo imaginario de un relato, de las actividades “guiñolescas” maternas que una de sus pacientes psicóticas decía no haber tenido en su infancia (p. 77). Aquí nos alejamos del autor, pues consideramos que si bien este “relatar materno” participa en la fundación del psiquismo, no actúa en solitario. Si por psiquismo se alude a lo inconsciente, del que algún “psiquismo consciente” sería tributario, entonces atribuimos esta fundación a cuatro: niño, madre, falo y padre.

Sobre la base de tal hipótesis el taller se estructuraba del siguiente modo: Ocurría en una sala en la que las mesas se distribuían en desorden. Estaba abierto durante dos horas, empero, no había horario de entrada ni de salida —no se especifica cuantas reuniones por semana. “El atractivo esencial era el cofre de escritura abierto con sus tesoros de papeles, de sobres, de tintas multicolores, con la variedad de sus plumas... ¡La única propuesta *escribir!*” (Cadoux, 1999, p. 173). Si algún participante preguntaba sobre qué debía escribir, la respuesta le dirigía al destinatario: «¿Para quién?».

Esta estructura permitía poner en juego algunas dimensiones. Primero, la escritura se proponía como un juego, en la medida en que gran parte del arte literario se asienta en lo lúdico. Segundo, se la proponía como una artesanía, porque “[...] escribir es

---

<sup>61</sup> Hemos traducido «*faillite du raconter maternal*» por «fracaso del relatar maternal», haciendo, como hace Cadoux con el verbo francés «*raconter*», una sustantivación del verbo español «relatar».

ante todo un trabajo manual, «Un asunto de manos y de cuerpo tal vez, antes de ser un asunto de cabeza» (Cadoux, 1999, p. 173). Tercero, se enfatizaba el carácter dialógico de la escritura. La narración no era considerada como un monólogo y se promovía el diálogo sobre los distintos temas que surgían<sup>62</sup>. Finalmente, la posibilidad de lo colectivo se abría al no pedir la escritura de una historia personal.

Por otra parte, el segundo taller —que seguía siendo aplicado al menos hasta el año de publicación del libro— es definido como un proceso terapéutico. Este “[...] reposa en la función contenedora y la función simbólica que ejercitan los conductores” (Cadoux, 1999, p. 180). Respecto a la primera, Cadoux hace referencia a cierta participación activa de los conductores que, con su intervención de cierto modo personal, permitían la “transformación” de lo que aparecía en el taller. Respecto a la segunda, se evoca el límite y la interdicción que imponían con la frase “[...] «se está aquí para escribir y no para otra cosa»” (Cadoux, 1999, p. 180).

Aquí nuevamente nos alejamos del autor. A pesar de que en nuestro taller pudimos dar cuenta de la importancia de las funciones mencionadas, ejercidas a partir de nuestras intervenciones, consideramos que si los talleres constituyen un proceso terapéutico —cuestión que no trabajaremos directamente en esta disertación— las razones primordiales son la escritura misma y la palabra que suscita. Además, ubicamos a las intervenciones personales por parte de los conductores como un recurso adicional, tal vez útil para la “fluidez” del taller, pero no un componente necesario. Ello debido a que la transferencia en la psicosis —tema que por su complejidad ha quedado fuera de nuestra investigación— no es la misma que en la neurosis, y conocemos el riesgo que conlleva intentar “manejarla”, como se lo hace en una terapia psicológica con neuróticos. Por último, objetamos la frase de Cadoux con la que se hace operar el límite en su taller, pues para escribir la mayoría de las veces es necesario también hablar.

La estructura de este taller parece ser más rígida que la del anterior: Tiene lugar en un hospital del día para adultos. Ocurre en un salón que dispone de una mesa rectangular con diez puestos. Siete de ellos están destinados a los pacientes, dos a los conductores y uno para un practicante de psicología. Está conformado por un grupo semi abierto pues el ingreso de cada paciente está condicionado por la apertura de uno de los siete lugares, es decir, por la salida de quien lo ocupaba. En promedio, la duración de la participación de cada paciente es de dos a tres años. Se organiza en tres momentos: el primero dedicado a la búsqueda de un tema para escribir y un modo de escritura; el segundo, a la escritura misma; el tercero, a la lectura en voz alta de los escritos y al

---

<sup>62</sup> Sin embargo, Cadoux no especifica qué se hacía con los trabajos escritos, ¿eran leídos en voz alta o en voz baja, eran guardados, se los desechaba?

desarrollo de lo que esto suscita. La participación activa de los conductores consiste en que ellos también escriben y presentan sus textos (Cadoux, 1999, p. 178-182). “Nuestra actividad mental sirve en cierta manera de *atractivo* a aquella de los pacientes” (Cadoux, 1999, p. 173).

### 3.1.2. *Motivo*

Hemos hablado ya del motivo investigativo que nos impulsó a abrir un espacio de escritura en el Hospital Psiquiátrico Julio Endara, sin embargo, nuestra motivación principal fue dar cierta respuesta a una demanda de los pacientes del Área clínica psiquiátrica. Esta área está dedicada a las personas que requieren de hospitalización temporal o permanente; actualmente está dividida en dos pabellones, el de hombres y el de mujeres, y cada uno de estos, a su vez, en tres secciones, pacientes crónicos, pacientes agudos y pacientes judiciales —estos últimos son personas internadas por dictamen judicial de inimputabilidad ante algún proceso, usualmente, penal.<sup>63</sup> Durante nuestras prácticas varios pacientes manifestaban la falta de escucha por parte de los profesionales del Hospital, algo que muchas veces era evidente.

Los psiquiatras están siempre tras la pista de aquello que del decir del paciente les permita determinar los signos y síntomas del “trastorno”, sus apariciones, sus remisiones y sus relapsos. Ello con el objetivo de establecer o modificar el esquema de tratamiento farmacológico. Su formación y su posición muchas veces les obliga a hacer caso omiso del sentido o del sinsentido de lo que escuchan, más aún cuando esto no es considerado como un dato necesario en relación a las semiologías de que disponen. Adicionalmente, la agenda de los psiquiatras tratantes suele ser tan copada que disponen de aproximadamente diez minutos para las citas, tiempo que resulta muy insuficiente para la palabra de los pacientes.

Los psicólogos son quienes están encargados de escuchar a los pacientes, no obstante, algunos de estos últimos afirman que prefieren no hablar con ellos, pues, cuando lo han hecho, el resultado ha sido un incremento de las medicinas que deben tomar. Tal como se nos informó durante las prácticas, las funciones encargadas al psicólogo son “generar consciencia de enfermedad” y “promover la adherencia al tratamiento farmacológico”. También se nos dijo que era necesario trabajar interdisciplinariamente, no obstante consideramos que ello no ocurre. El psicólogo suele

---

<sup>63</sup> La división en pabellones, ubicados en distintos edificios del Hospital, es estricta. Únicamente a ciertos pacientes les es permitido compartir con los compañeros del otro sexo en los momentos de desocupación y solamente en los patios. Contrariamente, las secciones de cada pabellón no están delimitadas físicamente ni en la realización de las actividades diarias.

informar al psiquiatra de los cambios anímicos referidos por los pacientes; justamente acuden a su consultorio para hablar cuando no se sienten bien. Pero las medidas que suelen tomarse solamente involucran el esquema de tratamiento farmacológico y no necesariamente un seguimiento psicológico, menos una respuesta interdisciplinaria. Por otra parte, los procesos terapéuticos solo son aplicados a pacientes agudos, las intervenciones con pacientes crónicos se reducen a talleres matutinos dedicados sobre todo a actividades didácticas. El tiempo también es un inconveniente aquí, pues el número de psicólogos —uno por pabellón— no es suficiente para dar servicio al número de pacientes —aproximadamente 50 por pabellón.<sup>64</sup>

Gran parte del día los pacientes se encuentran en terapia ocupacional. Allí, realizan distintas manualidades, “ocupan su tiempo”, se entretienen y descargan tensiones. Suelen tener cercanía con los enfermeros y los auxiliares de enfermería, también forjan amistades e incluso relaciones de pareja entre ellos. Obviamente, en ningún momento dejan de hablar, aun si no reciben respuesta de quienes les rodean. Sin embargo, la mayoría de las veces sus oyentes solamente reconocen lo imaginario de sus palabras. Como dice Lacan [1984], “[...] lo que en el sujeto pide ser reconocido en el plano propio del intercambio simbólico —que no es fácil de alcanzar ya que es constantemente interferido— es reemplazado por un reconocimiento de lo imaginario, del fantasma” (p. 27).

Es por esta razón que decidimos abrir el taller de escritura como un espacio de palabra. La simpleza de la propuesta de Cadoux —“¡escribir!”— se prestaba muy bien para ello. Como se mencionó antes, escribir, sobre todo cuando se lo hace en grupo, invita a la palabra, al diálogo, a la enunciación y al silencio. Tal vez las primeras sesiones del taller —aquellas realizadas durante nuestras prácticas— nos sirvieron como un “escudo” para enfrentarnos al grupo de “pacientes psiquiátricos”, una “defensa” contra su crudeza simbólica, una alternativa a hacer terapia grupal, que imaginábamos “más drástica” que un taller. No obstante, descubrimos lo contrario: fuimos testigos de la motivación que el taller ejercía para trabajar lo simbólico a partir de lo real y lo imaginario. Para nosotros, este particular “trabajo de lo simbólico” implicó dejar hablar, dejar callar, interrogar, suspender el afán por comprender, ubicar el saber como supuesto o como hipótesis, motivar a escribir y aprender a leer.

---

<sup>64</sup> Debemos señalar que desde el año 2012, se han realizado algunos cambios para mejorar el servicio que presta el Hospital. Gracias a una iniciativa del Ministerio de Salud del Ecuador, se hicieron obras de infraestructura, se modificó la estructura administrativa, se elevó el número de horas laborales de psicólogos y trabajadores sociales, se contrataron más profesionales de la salud, entre otros. Sin embargo, los mismos profesionales que allí trabajan aún manifiestan su descontento por los inconvenientes que el Hospital tiene para abastecer la elevada demanda de atención.

### 3.1.3. Metodología

Debido al elevado número de pacientes presentes en el Área clínica psiquiátrica del Hospital, decidimos hacer la primera modificación al esquema de taller planteado por Cadoux. Se propuso que el límite de plazas para los participantes del taller fuera determinado por el número de sillas disponibles en el salón en que se realizaría. No obstante, no nos parecía adecuado que esto implicara un “que entre el que quiera”. Por tal motivo, se realizó una primera reunión a la que invitamos a todos los pacientes del Área. Allí, explicamos en qué consistía el taller, le dimos el nombre de “Taller de escritura” y abrimos las inscripciones al mismo. Los pacientes que deseaban participar escribieron su nombre en la hoja de inscripciones, la cual se convirtió en la primera lista de participantes del taller. Dado el elevado número de inscritos, alrededor de 40, decidimos dividir al grupo en dos. Cabe señalar que en ese momento aún no se había separado a los pacientes en los dos pabellones mencionados en el acápite anterior, de modo que cada subgrupo estaba conformado por pacientes crónicos y agudos, hombres y mujeres. Cuando se realizó tal separación, a finales del año 2012, se nos solicitó realizar lo mismo en el taller. Los subgrupos fueron reorganizados respetando la separación entre sexos, estructura que se mantuvo hasta la suspensión del taller.

El taller consistía en reuniones de aproximadamente hora y media de duración, realizadas con frecuencia semanal (una reunión semanal por subgrupo). Las reuniones transcurrían dentro de una sala amplia, utilizada usualmente como comedor de varones y esporádicamente para talleres realizados por el personal del Hospital. En esta sala organizábamos varias mesas rectangulares en una mesa general, con 20 sillas alrededor. El material se encontraba almacenado en una caja que nosotros custodiábamos y transportábamos hacia el lugar del taller. La caja operaba como “cofre de tesoros” y, así como indica Cadoux, su contenido era el atractivo principal para los pacientes. En su interior se encontraban: hojas de papel bond A4, papel periódico A4, hojas cuadriculadas y de líneas A4, cartulinas A4, marcadores de colores, pinturas, lápices, bolígrafos, crayones, sacapuntas, borradores, un diccionario, y algunos libros. Tal era el atractivo de este material que nos fue necesario reabastecerlo al menos en cuatro ocasiones. Es menester agregar que hemos llevado un registro sistemático de la asistencia y de la actividad de los pacientes, así como un registro de lo más resonante ocurrido en cada reunión, mediante anotaciones y apuntes.

Antes del inicio de cada reunión de taller, se invitaba a los pacientes inscritos a pasar a la sala y se ofrecía inscripción a los nuevos pacientes del Área. Estando ya reunidos, se tomaba la lista de asistencia y se pasaba a los “tres momentos del taller”. El

primero de ellos estaba dedicado a la propuesta de tema de escritura. Intentamos hacer como en el segundo taller de Cadoux y plantear al inicio de la reunión una discusión para que el grupo escoja la temática. Sin embargo, esto no siempre fue fructífero, pues en varias ocasiones fueron pocos los pacientes que participaron en tales discusiones y pocos lo que aceptaron las propuestas. Además, esto podía demorar más tiempo que el programado para este momento —alrededor 15 minutos. Entonces, cuando no era posible decidir grupalmente el tema, nosotros proponíamos alguno que considerábamos apropiado para suscitar la escritura y la palabra. Esto constituye la segunda modificación al esquema de Cadoux; lo concebimos como el aporte de un punto de partida para la articulación significativa, fallida en las psicosis. No obstante, el tema no era obligatorio e incluso los que lo aceptaban no estaban limitados a escribir solamente sobre el mismo. Adicionalmente, en algunas ocasiones propusimos libertad de temática para cada uno: “tema libre”. Si bien habían quienes escogían el tema con facilidad, a muchos pacientes esto se les hacía muy difícil.

Una vez propuesto el tema, se daba la consigna de escribir. La consigna fue matizada con otras formulaciones que motivaban la escritura, pero no se limitaba a ello, pues implicaba la apertura a la palabra. En este segundo momento los pacientes escribían. Algunos lo hacían en silencio, otros hablaban con nosotros y con sus compañeros —hacían comentarios, preguntas, “chanzas”<sup>65</sup>, describían las razones de su internación, contaban su experiencia en el Hospital, sus problemas en la convivencia con compañeros y personal, etc.. En la posición de conductores teníamos la labor de acompañar a cada paciente y al grupo, insistir en la consigna, hablar y hacer hablar ante las preguntas suscitadas, abrir y cerrar discusiones, cortar ciertas intervenciones, enfrentar las dificultades que surgían y ocuparnos de determinados pacientes si así lo solicitaban o si lo considerábamos necesario —por ejemplo, en situaciones de crisis. Aquí encontramos la tercera modificación respecto a la propuesta de Cadoux: nosotros no escribíamos, pues intentábamos definir claramente nuestra posición ante los pacientes. El momento de escritura demoraba aproximadamente 45 minutos.

Cuando la mayoría de pacientes habían finalizado sus escritos, iniciaba el tercer momento. Invitábamos a pasar frente a la mesa y a exponer aquello que habían realizado. El tiempo de exposición variaba de acuerdo a cada paciente y, aunque se trataba de que lo dicho haga referencia a lo escrito, no se impedía hablar de otras cosas. Lo expuesto era tomado en cuenta y servía como pauta para hablar más. Realizábamos preguntas al expositor y motivábamos a los demás para que también pregunten y

---

<sup>65</sup> Con esta palabra una de las pacientes calificó a los comentarios de otra; en tono humorístico dijo: “ella sale con sus chanzas”.

comenten sobre la presentación. Los 30 minutos dedicados a este momento eran suficientes para que tres o cuatro pacientes expusieran. Cada presentación concluía con un aplauso general. Ello con el objeto de dar muestras de un reconocimiento público al escritor, a su escrito y a su exposición. Finalmente, se pedía en préstamo los trabajos, sin obligar a quienes preferían conservarlos y recalcando que estos serían devueltos en la clausura del taller —algo que aún no se ha programado— o cuando alguno lo solicitara.

#### *3.1.4. Experiencia*

El taller inició el 30 de junio del año 2012 y fue suspendido el 17 de abril del año 2013. Cabe señalar que los escritos y la experiencia que forman parte de la presente investigación corresponden al primer periodo, puesto que a inicios del año 2013 realizamos la sistematización de la parte aplicada de esta disertación. Con la investigación realizada hemos definido más nuestra posición y nos hemos propuesto retomar el taller desde septiembre del año 2013.

A partir de la estadística sobre el registro de asistencia podemos decir lo siguiente: Hemos realizado 44 reuniones de taller en total, 22 por cada subgrupo. El promedio de pacientes que asistían a cada reunión es de 16, siendo 8 el menor número de asistencias y 24 el mayor. Esta gran variación en la cantidad de pacientes por reunión fue efecto de una situación intrínseca al Hospital. Los pacientes agudos solían “ir y venir”, permaneciendo internados alrededor de un mes y, en varios casos, volviendo a ingresar después de cierto tiempo. En gran parte de aquel lapso se encontraban altamente medicados, por lo que asistían al taller en una o dos ocasiones. Al contrario, los pacientes crónicos y judiciales, personas que se encontraban ya varios años en el Hospital, iban frecuentemente al taller. Incluso, se llegó a consolidar un grupo de aproximadamente 8 pacientes que asistió a la mayoría de reuniones. El número total de pacientes inscritos en el taller, ya sea que acudieron a una o a varias reuniones del mismo, es de 120.

A continuación presentaremos la lista de temas trabajados (advertimos que en ciertas ocasiones escogimos el mismo tema para la reunión de cada subgrupo y que algunos temas fueron trabajados en más de una reunión): “Presentación de sí mismo”, “El trabajo”, “El diccionario”, “La familia”, “La comida”, “La fábula”, “El chiste”, “Un día en el Hospital”, “Sopa de letras”, “La ciudad natal”, “Los animales”, “La utilidad del taller”, “Los sueños”, “Una canción” (propuesto por los pacientes), “Carta”, “Diferencias entre hombres y mujeres”, “El mundo” (propuesto por los pacientes), “La niñez”, “Historias amorosas”, “El día de los difuntos” (propuesto por los pacientes), “Fiestas de Cuenca” (propuesto por los pacientes), “El problema que le trajo al hospital”, “Razones de la primera internación”, “El

fin del mundo” (propuesto por los pacientes), “¿Qué haría si saldría del Hospital?”, “El paseo a la playa” (propuesto por los pacientes), “La navidad” (propuesto por los pacientes) y dos intentos de “Tema libre”. Como puede observarse, la temática ha sido muy variada.

En las primeras reuniones tuvimos cierta preocupación por las cuestiones técnicas del trabajo. Así, algunos lineamientos que planteábamos servían más bien para protegernos como neuróticos de lo inesperado psicótico. Poco a poco las suposiciones fueron cayendo y se dejó el tecnicismo en favor de la experiencia. Por ejemplo, el humor llegó a convertirse en una herramienta que no pocas veces estuvo al servicio del taller, tomando en serio al chiste. También, al percatarnos que la escritura pedía ser hablada, la especificidad de la consigna fue variando. Incluso, en relación a los temas que proponíamos, fue desvaneciéndose nuestra intención de una supuesta inocuidad, y pudimos acercarnos cada vez más a las problemáticas de los pacientes. Todo esto nos indica que en el trabajo con pacientes psicóticos la técnica y el método no pueden ser categóricos ni generales, sino que deben estar formulados en lo particular de cada encuentro y en el contexto de una teoría. Empero, algo debe mantenerse invariante: el lugar simbólico del encuentro y la posición de quien escucha y lee. No se trataba de otra cosa que del “Taller de escritura”; definido por su metodología, no se proponía como un grupo terapéutico, menos aún como un “psicoanálisis grupal”. Asimismo, nosotros no nos ubicábamos como terapeutas, como analistas, ni como parte del personal del Hospital. Éramos *literalmente* los conductores de un taller de escritura semanal.

En el trabajo que hemos realizado los problemas no han faltado. Una dificultad fue jugar con el lugar y la función que se nos dio en el Hospital. Del lado de los enfermeros, auxiliares, psiquiatras y psicólogos, nuestro taller se presentaba como una “terapia ocupacional” más, como algo con que “ocupar” a los pacientes. Esto hacía que algunos de ellos esperen algún premio por su asistencia o que soliciten indicaciones precisas y estrictas para realizar su trabajo, lo cual recibían en otros espacios del Hospital. Con todo, siempre se les recalcó que no se trataba de una terapia ocupacional, de una clase didáctica o de una reunión informal; que el motivo que nos tenía en ese espacio era el de realizar un trabajo a través de la escritura y la palabra, y que los efectos que resultasen de aquello eran inciertos, pero que llegarían tarde o temprano. Sin embargo, a través del significativo «ocupacional» es posible encontrar una función importante del taller: allí los pacientes tenían la oportunidad de *ocuparse* de ellos mismos y de *ocupar* un lugar simbólico respecto a otros. Adicionalmente, es importante destacar que hemos debido enfrentarnos a las complicaciones inherentes al trabajo con pacientes psiquiátricos y a la labor dentro de una institución hospitalaria; complicaciones que no son pocas ni sencillas.

Debido a todo esto, el taller de escritura ha sido una experiencia enriquecedora. Más allá de lo anecdótico, nos ha dejado una enseñanza, fabricada a partir de distintas historias de pacientes que conservamos en la memoria, de trabajos escritos que por el momento están en nuestras manos, de lecturas para tratar de dar piso a las desataduras que leíamos y escuchábamos, y de un sinnúmero de diálogos, explicaciones y reflexiones que hacíamos —y todavía hacemos— entre nosotros mismos. Aquí cabe mencionar lo obvio: no todos los pacientes que asistían al taller son psicóticos. Y si de algún modo podemos o, al menos, creemos poder hacer esta distinción, esto se lo debemos al taller y a aquello que este suscitó. Por ello, podemos concluir algo respecto a la hipótesis de investigación: El “Taller de escritura” permitió un acercamiento diferencial a ciertas características de la estructura psicótica, en relación a las no psicóticas.

### **3.2. Un “caso de taller”**

En este subcapítulo hablaremos del paciente B, un hombre adulto internado en el Hospital por orden judicial. Hemos propuesto el sintagma «caso de taller», para dar cuenta de la diferencia entre la presentación de un caso clínico, dado a partir de una experiencia asimismo clínica, y la presentación de un caso construido desde un taller. Esta diferencia está determinada por las condiciones mismas del taller: las intervenciones con el paciente ocurrieron dentro del marco grupal, el taller no posibilitaba un desarrollo extenso de la historia personal ni incluía intentos de un proceso diagnóstico o terapéutico.

Partiendo de la operacionalización de la investigación, construimos dos fichas de evaluación —una para los escritos del paciente, otra para sistematizar su participación en el taller— y pretendimos realizar un análisis objetivo de la escritura del paciente. Intentábamos descubrir si el taller podía decir algo respecto a la estructura psicótica, sin requerir ningún otro tipo de encuentro ni fuente de información. No fue así, los indicadores decían poco del paciente, menos aún de la psicosis. Decidimos, entonces, consultar su “Historia clínica”, conservada en el Hospital, y realizar una serie de entrevistas con el paciente. A la luz de lo que encontramos con esto, las evaluaciones se tornaron “legibles”. Pudimos dar cuenta de aquello que de la estructura se plasmaba en el conjunto de los escritos del paciente y en cada escrito en particular. Se constituyó, así, el “caso de taller”, una *construcción* que hemos hecho sobre la lectura de la escritura del paciente, contextualizada —puesta en relación significativa— con la historia contada por

él y por los profesionales del Hospital. A continuación, presentaremos este proceso de investigación.

### *3.2.1. Historia clínica*

La historia clínica aquí descrita fue establecida a partir de la lectura de la “Historia clínica” del paciente, hallada en el Pabellón de varones del Área clínica psiquiátrica del Hospital. Destacamos su carácter de construcción, pues se sostiene en la lectura que nuestra “lente” ha permitido hacer del decir de múltiples profesionales de la salud; profesionales que, asimismo, observaban y oían al paciente desde una mirada y una escucha particular. Por motivos de privacidad, omitiremos algunos datos relacionados a nombres, lugares y fechas; de modo que la cronología propuesta es solamente aproximada.

B tiene 42 años, es colombiano y soltero. Es el tercero de cuatro hermanos: dos hombres y dos mujeres. Su hermano mayor falleció en el año 2004. Durante aproximadamente 6 años mantuvo una relación de pareja con A, con quien tiene un hijo, E, que bordea los 15 años de edad. Actualmente, sus padres viven separados; tiene cierto contacto con su madre y hermanas, y ningún contacto con su padre. No presenta antecedentes psiquiátricos familiares ni antecedentes patológicos de importancia.

Según informes psicológicos realizados en el Hospital, B solía tener peleas con sus compañeros de escuela. También se refiere que “nunca le gustó que le llamen la atención sus superiores, ni siquiera su padre”. En la primaria tuvo un rendimiento calificado como regular y perdió dos años académicos. Asistió a la secundaria durante pocos meses y la abandonó porque “no le gustaba”. Allí se relacionaba con un limitado número de compañeros, prefería ser callado y cualquier contrariedad le molestaba intensamente. Desde los 14 años de edad empezó a trabajar con su padre en agricultura, albañilería, carpintería y zapatería. Realizó estas actividades hasta los 26 años, momento desde el cual no ha vuelto a trabajar. Se afirma que B ha tenido algunas relaciones sentimentales caracterizadas por su corta duración y su poco apego afectivo.

En 1988 inicia su “historia psiquiátrica”. Ese año acude por vez primera a Consulta externa del Hospital Psiquiátrico Julio Endara. Es acompañado por su madre y presenta un cuadro de “violencia verbal, insomnio, aislamiento social, e ideación delirante de daño”. Se le prescribe tratamiento neuroléptico y citas de control, a las que no acude. Años después el paciente migra a Colombia; no se dispone de información sobre su estadía allí. Tras su retorno a Ecuador, en 1997, ingresa al Hospital Psiquiátrico Sagrados Corazones y, posteriormente, a la Clínica Psiquiátrica Guadalupe. Se señala

que en tales internaciones presentaba “alucinaciones auditivas, visuales e ideación delirante de daño”. Durante este período se mantuvo con medicación de depósito, pues repetidas veces abandonó la ingesta de píldoras neurolepticas.

Después de la muerte de su hermano, su cuadro se agrava. En el año 2005, B asesina a un hombre, motivado por una supuesta venganza. Es detenido en abril del mismo año y, tras una breve estancia en una prisión provisional de Cayambe, es recluso en el Centro de Rehabilitación Social de Varones N.º 1 de Quito. Ahí permaneció aproximadamente seis meses; los custodios refieren que B se mostraba agresivo con los otros detenidos. Se sospecha “patología mental”, por lo cual se solicita un peritaje psicológico. En septiembre del año 2005 se realiza el examen psicológico forense, en el que se concluye que B presenta “rasgos de personalidad propios de la esquizofrenia” y un “cuadro de epilepsia”. Recibe tratamiento farmacológico y es declarado “enfermo mental”. A partir de este diagnóstico se dictamina su inimputabilidad y su traslado al Hospital Psiquiátrico Julio Endara.

En noviembre del año 2005 B ingresa al Hospital por orden judicial y “sospecha de patología mental de base”. Allí presenta un “cuadro de agresividad, desorientación y alucinaciones auditivas”. Se le realiza un electroencefalograma y se le aplican distintas pruebas psicológicas. Con las pruebas psicológicas se concluye que B tiene “inteligencia normal” y se descubren los siguientes rasgos de personalidad: “tendencia a la introspección, egocentrismo, incapacidad para adaptarse afectivamente, agresividad y sexualidad conflictiva, impulsividad”. Aunque en el resultado del examen paraclínico no consta una impresión diagnóstica, el diagnóstico psiquiátrico es “cuadro psicótico y síndrome orgánico cerebral”, y se le prescribe tratamiento neuroleptico. Durante su estadía en el Hospital se asevera que B manifiesta “agresividad verbal con el personal de enfermería que le llama la atención, poca integración a las actividades grupales, tendencia al aislamiento, y provocación sexual a algunas pacientes”.

Desde su internación hasta el año 2008, B disponía de permisos terapéuticos cortos, de los que volvía, llevado por su madre, sin retrasos ni inconvenientes. En mayo del año mencionado es sometido a sesiones de terapia electro-convulsiva por presentar agresividad y no responder al tratamiento neuroleptico. En septiembre del mismo año, sale del Hospital con permiso terapéutico. Al no retornar en la fecha prevista, Trabajo social se comunica con su madre, quien informa que B está en su casa y que se encuentra trabajando. Dos meses después reingresa al Hospital, mostrando “agresividad y euforia”; su madre refiere que tuvo “problemas de conducta sexual”, pero no especifica cuáles. Trabajo social emprende una investigación sobre el avance de su proceso judicial y encuentra que está suspendido —hasta esta fecha no se ha realizado ningún avance.

En marzo del año 2009 B vuelve a salir con permiso terapéutico, pero no regresa sino hasta junio del año 2010. Es reinternado presentando “alucinaciones auditivas, visuales, somáticas, ideación delirante de persecución, vagabundeo, y trastornos del pensamiento”; la impresión diagnóstica es “psicosis orgánica”. En noviembre del mismo año nuevamente se le aplican sesiones de terapia electro-convulsiva y algunos días después sale del Hospital. Estando fuera, B es tratado con neurolépticos en una clínica privada de Cayambe. En marzo del 2011 es llevado por su madre al Hospital. Se hallan los siguientes síntomas “agresividad física y verbal, alucinaciones, vagabundaje e insomnio”; la impresión diagnóstica es: “trastorno mental debido a disfunción cerebral”. Al poco tiempo, B fuga del Hospital. En febrero del año 2012 vuelve a ser internado por iniciativa de su madre, con un cuadro de “agitación, agresividad, ideación delirante, vagabundeo, diálogo de contenido incoherente, insomnio, soliloquios y risas inmotivadas”; se le diagnostica “esquizofrenia paranoide”. Desde esa fecha el paciente no ha vuelto a salir del Hospital.

### *3.2.2. Historia de B*

A continuación describiremos una historia del paciente preparada a partir de una serie de entrevistas con él. Es menester señalar aquí también el carácter de construcción, pues, pese a que nos hemos servido de algunas palabras escuchadas directamente de boca de B, somos nosotros quienes hemos hecho la selección, ordenación y redacción de esta historia. La mayoría de preguntas que formulábamos tenían como objetivo el establecimiento de una suerte de “historia vital”. No obstante, las entrevistas eran más abiertas que cerradas, puesto que considerábamos fundamental la originalidad de las palabras de B.

B nació en Túquerres, Colombia, en 1971. Respecto a su infancia afirma: “me crié libre”. Trabajaba con su padre cultivando y cosechando papas. Dice: “mi papá no conversaba con nosotros, eso nos hizo mal” Cuenta que aquel solamente hablaba de “buen modo” y ejemplifica esto refiriendo que le decía que “dé cogiendo las papas”. En cambio, con su madre “todo era a cambio de algo”, por ejemplo, “te voy a dar arepas, tortillas pero anda a ver el agua”. Comenta que su hermana menor le hacía “preguntas calculadoras”, por ejemplo, “qué frío que hace, ¿qué será?”. Considera que lo calculador de esa interrogación es que ella le preguntaba cosas que él no sabe.

En 1986 su hermano se mudó a Chiriboga, Ecuador, y regresó dos años más tarde. Cuando B tenía 17 años de edad su padre llevó a la familia cerca de Pasto, por sugerencia de un tío. Allí sus padres y hermanos se encargaban del cuidado de dos

haciendas, de la extracción de leña y del ordeño; B trabajaba en una zapatería en Pasto. A los 18 años tuvo su primera relación sexual con una prostituta, episodio con el cual B relaciona el apareamiento de algo que describe como “un grano bajo la piel” en el pene. Afirma que esta formación desapareció a esa misma edad. Al año siguiente su familia se trasladó a Cayambe, mientras que él se quedó en Pasto con sus amigos. Cuando tenía 20 años su hermana le “trajo a Cayambe”, a la hacienda que su familia cuidaba. Posteriormente, la dueña de tal terreno le “llevó” a Quito, donde encontró empleo como aparador de zapatos.

A los 23 años de edad se mudó a Puerto Asís, Colombia, debido a que un amigo le dijo que “allá pagan mejor”. Allí trabajaba recogiendo hojas de coca, lo que le significaba diez dólares de ingreso al día. Tuvo una “novia” durante “una noche”, cuyo nombre no recuerda; dice que era una “morena” que trabajaba para “Lalo”, dueño de un “cocal”. Afirma que no permaneció con ella porque no pudo “tratar” con este último. En una ocasión un tío paterno le dijo “vamos a la guerrilla”, ante lo cual B sintió “un frío aquí” (señala su nuca). Escuchó por primera vez una voz que le decía “¿cómo será estando enfermo ir a la guerrilla?” y pensó en “ser jefe de la guerrilla aunque sea enfermo”, no obstante, se dijo “no puedo” porque “quería descansar”. Estando en Puerto Asís, reapareció el “grano bajo la piel” después de haberse emborrachado. Hacia el final de su estadía en Colombia, B estaba angustiado, “no sabía qué hacer”, “quería curarme del lunar”. Por tal motivo decidió ir a Ecuador. Primero pasó por Pasto, después fue a Cayambe y finalmente, en 1997, llegó a Santo Domingo. Cuenta, sonriendo y con voz más baja que la habitual, que allí tuvo relaciones sexuales con “una burra”, con lo que, al parecer, asocia una “alergia en la pelvis”, el “rasca bonito” que dice aún padecer (intenta mostrarlo, no lo hace porque se le explica que no es necesario).

Posteriormente se trasladó a Cayambe para vivir con su familia. Allí inició la relación de pareja con A, y tuvo a E. Cuenta que no lo ha visto en mucho tiempo. Convivían los tres junto a un hermano de ella en casa de la madre de B. “Me metí a vivir con mi mujer porque ella me mantenga”, “no la defendí cuando los problemas comenzaron y me arrepiento de esto”. En relación a estos problemas, cuenta que cuando su cuñado decidió marcharse de la casa, su “mujer” dijo: “me voy”, él no la detuvo y ella se marchó con su hijo. Su cuñado había decidido irse después de que la madre de B le insultó; desconoce el motivo de dicha ofensa. Dice que sintió “interés” por saber la razón, no obstante, agrega: “pero no me lo gané”, “las palabras se trababan en la garganta”.

Respecto del fallecimiento de su hermano, cuenta que este fue a celebrar un bautizo, “parece que había estado borracho”. Después de tres días sin noticia de él, su esposa fue a casa de B a buscarlo. Al no encontrarlo, él y su cuñado fueron en su

búsqueda; este último lo halló muerto en una acequia, mientras B esperaba a lo lejos. Menciona que el “tenía ganas de decir que investiguen” pero no pudo hacerlo porque “sufre de los nervios”. Al preguntar cuál pudo ser la causa de su muerte, cuenta que su hermano buscaba peleas, “mi hermano y yo teníamos enemigos pero no sabíamos”. Esto está estrechamente relacionado con su internación por inimputabilidad. Dice: “maté a uno”; la víctima era cierto “señor” que, estando borracho, varias veces se acercó al hogar de B para “insultar” a su familia, no obstante, no informa más sobre lo ocurrido con aquel.

B quiere ser “limpio de espíritu y limpio de corazón”. Desde los 27 años hasta principios de enero del presente año ha estado “acostado”, ahora quiere “levantarse y trabajar”. Ante la pregunta de si alguna vez ha sido “sucio de espíritu”, responde que sí, cuando le apareció el grano genital mencionado; dice, además, haber sentido a la prostituta también como “sucio de espíritu”. Al indagar más sobre este tema pronuncia la siguiente frase: “la ropa es cuando uno tiene plata y cuando uno se va a morir tiene que estar espiritualmente bien”.

Haciendo referencia a lo que escuchó del psicólogo de su pabellón sobre la “psicología del yoga”, cuenta que existe “un flujo de energía” que parte del aire, atraviesa el cuerpo y llega a la tierra, y que ello le ayuda a liberarse de malas energías y “de ideas que se vienen”. Por ejemplo, aquellas de los problemas que tiene en el Hospital. Tales problemas ocurren cuando los compañeros pacientes o los auxiliares de enfermería le “quedan viendo”, de lo cual él deduce un “interés” de parte de ellos por “algo que yo no tengo”.

Manifiesta un gran interés por el modo de hablar propio y ajeno. Dice: “la comida se me atranca aquí, por los nervios” (señala su garganta). Formula una relación causal entre “decir palabras buenas” y “estar espiritualmente bien”. Añade: “debe haber una conexión entre el sistema nervioso y las glándulas salivales”, “no puedo pedir comida”. Teme pedir más comida a los auxiliares de enfermería porque pueden tomárselo mal. Menciona la siguiente frase: “hay que dirigirse a lo que se va a decir”. Explica que a los 14 años de edad en una revista leyó cómo Abraham Lincoln, habiendo tenido una “voz chillona”, con “práctica” pudo “dirigirse a lo que iba a decir”. Comenta que esto es como “dirigirse al ideal” y cuenta que su ideal es salir del Hospital. Respecto a algo que mencionó alguna vez en el taller, “yo estropeo el idioma español”, asevera que aplica “palabras de aquí y allá”, refiriéndose a Ecuador y Colombia. Afirma que usa “palabras fuertes solo con gente de confianza” con lo cual relaciona una frase que encontró en una de sus lecturas: “para tener algo hay que comenzar con palabras frías”. Cuando quiere “reclamar” o “pelear”, “se traban las palabras” y siente que se “enferma del corazón”. Cree que solo peleando podría salir del Hospital para “ir a Pasto a ver a mis amigos”.

En relación a las “voces” de las que ha hablado, dice: “antes de nacer, de ser el universo, pudimos ser sustancia viva, células”, después la “Tierra se hizo fría, de líquida pasó a sólida, por eso es normal que nos comuniquemos con voces”. Al señalarle que no todos hacemos esto, responde: “usted porque es joven, yo porque no puedo trabajar, ya no tengo en qué ocuparme”. En seguida, agrega: “todos tenemos miedo a la muerte”. Al indagar qué ha escuchado de las “voces”, cuenta que alguna vez le dijeron “salte, soy guerrillero” y al interrogarle sobre su origen dice que “son de los nervios”. No ha escuchado voces recientemente; ahora se comunica con “telepatía”, algo que había intentado hacer desde niño.

Respecto a su apreciación sobre esto último, explica que, por ejemplo, “sentido de aquí, pienso a comer”, “se me viene la imagen” y de inmediato los enfermeros anuncian la hora de comida pronunciando: “a comer”. Afirma que esto es como las historietas cómicas de Calimán que leía cuando niño. Ante la pregunta de si sentía que su madre podía leerle los pensamientos, contesta que no, ella “sí conversaba porque tenía buena memoria”. No obstante, para B, su padre poseía tal habilidad. Para explicarlo dice que recuerda muy bien una frase que una vez oyó de aquel y que le gusta mucho: “voy a coger las papas para darle a B para la ropa”. Él tenía aproximadamente 10 años cuando la escuchó y lo que le gustó de la frase es que en ese momento él pensaba que las papas no eran para él. De inmediato, cuenta cierta anécdota muy particular que intentaremos describir a continuación:

En una ocasión su padre le preguntó cuál de entre cierto grupo de discos de acetato era el que más le gustaba, interrogante que él había anticipado telepáticamente y cuya respuesta involucraba una alternativa. Primero, un disco que tenía una “cosa” refiriéndose a un gráfico que explica con un dibujo (una suerte de flor en el lugar de la etiqueta del disco), segundo, un disco del cantautor Julio Jaramillo. Al responderle “me gusta el disco que tiene esa cosa”, su padre lo extrajo “como sacándolo del corazón”. En ese momento intervino su madre diciendo que en ese disco suena “una bruja que se ríe”; no obstante, B señala que no era eso lo que le gustaba del disco sino la “cosa”. Ante las palabras de su madre él pensó: primero, “yo ya estoy grande para estar aquí”, segundo, “ese me gusta”, empero, lo que pronunció fue: “ese no me gusta, me gusta el de Julio Jaramillo”. Respecto al significante «cosa», en un paréntesis durante el relato, explica que es aquello “que no se sabe”.

Por último, en torno al “trabajo” afirma: “el que es perezoso es preferible asesinarlo”. Y al cuestionar tan drástica pena, explica que “los chinos dicen que hay un líquido en el universo, como no hemos trabajado se desgasta y se nos va para arriba”.

Cuenta que está buscando trabajo, “algo para distraerse, no, para estar bien”. Al interrogarle si está bien en este Hospital, contesta que no.

### *3.2.3. Características generales de la participación*

La ficha de evaluación de la variable “Participación en el taller” (ver Anexo #1) ha sido diseñada para considerar los aspectos generales en relación a lo que el paciente hacía y no hacía dentro del taller. Esta ficha fue aplicada para cada reunión y toma en cuenta las siguientes categorías generales de evaluación: asistencia, actividad, exposición, comportamiento y relación con los conductores. Los resultados son los siguientes:

Respecto a la asistencia, B ha ingresado con frecuencia a las reuniones de los talleres. En el primer periodo del taller (antes de la reorganización de los subgrupos por sexos), asistió a doce reuniones, trabajó en cada una de ellas y presentó sus escritos en siete ocasiones. En el segundo, asistió a siete reuniones, trabajó en cada una de ellas y presentó sus escritos en cinco ocasiones. La menor frecuencia de asistencia para el segundo periodo se debe a la transición mediante la cual se separó el grupo entre hombres y mujeres. Cabe señalar que, cuando esta separación fue establecida, B prefería asistir a las reuniones de las mujeres que a las de los hombres, argumentando que quería conocer mujeres. Al explicarle las razones de la separación y la importancia de que asista a las reuniones correspondientes, B accedió a hacerlo, sin embargo, hubo cierta disminución en su asistencia. En ninguna ocasión mostró resistencia explícita a ingresar. Incluso, habiendo recibido la visita de su hermana menor, motivo común del resto de pacientes para ausentarse del taller, decidió invitarle y asistieron juntos al mismo. A diferencia de muchos de sus compañeros, solía entrar al inicio de la reunión y salir al cabo de esta; no se retiraba salvo para dirigirse al servicio higiénico, y esto en pocas ocasiones.

Ahora se hablará de su actividad en el taller. En ninguna reunión se abstuvo de escribir, siempre admitió el tema propuesto y en algunas ocasiones realizó trabajos adicionales sobre otros temas. A excepción de algunos de estos últimos, entregó en préstamo la mayoría de sus escritos. En muy pocas ocasiones rechazó la invitación de exponer; la mayoría de las veces lo hacía por iniciativa propia. El resultado de su labor manifiesta lo prolífico de su producción: 39 trabajos en total, entre los cuales constan escritos extensos y breves, anotaciones sobre frases escuchadas, reflexiones y dibujos.

En relación a la exposición de trabajos, ha sido muy notorio el bajo volumen con el que hablaba, aunque esto no estaba restringido a la exposición. Pese a que se le pidió

repetidas veces que eleve su voz, ya sea al momento de presentar o al escucharle en cualquier otro rato, o bien, la elevaba un instante y en seguida regresaba a su tono bajo, o bien, no aparentaba hacer esfuerzos por elevarla. Por esta razón, los acentos y la entonación, presentes a un volumen muy bajo, a veces se hacían indistinguibles. Presentaba una pronunciación “cerrada”, dificultando el discernimiento de las palabras que profería. Sus exposiciones siempre mostraron relación al trabajo escrito, empero tenía gran propensión a la disgregación: con mayor o menor coherencia tendía a alejarse del tema de su escrito. Muchas veces omitía partes de su escrito, reemplazándolas por ideas que se le ocurrían durante la exposición; no explicaba por qué hacía esto. Adicionalmente, siempre expuso de pie, quieto, frente a la mesa de trabajo, dirigiendo su mirada hacia el escrito o hacia cualquier interlocutor.

En cuanto al comportamiento general durante el taller, B ha mostrado gran disposición al trabajo y a colaborar con su organización y ejecución. Por ejemplo, no pocas veces ayudó a ordenar las mesas antes y después de la reunión. También ayudaba a sus compañeros acercándoles el material de trabajo (algo que no era común entre los pacientes). No se observaron signos manifiestos de ansiedad, actings ni actos significativos. Tampoco se ha hallado llanto, risa inmotivada ni muestras de ecolalia o ecopraxia. Solamente en una ocasión B mostró agresión: uno de sus compañeros le arranchó un vaso de yogurt para bebérselo, B le respondió con un puñetazo en la mejilla, ante lo cual se le señaló lo inadecuado de su reacción y se le pidió que guardara la comida para después del taller. B no se mostró muy locuaz, cuando se le invitaba al diálogo respondía brevemente y no pocas veces de un modo disgregado. Cabe resaltar que en ciertos momentos se percibían cortes en su decir, aquello que la psiquiatría denomina “interrupciones del pensamiento”.

Por último, respecto a la relación que B mantuvo con nosotros, tenía un trato respetuoso y cordial; saludaba y se despedía con un apretón de manos. Si nos veía caminando por los patios del Hospital, solía acercarse y hablar. Fue destacable su tendencia a hacernos preguntas específicas, sobre todo, en relación al lenguaje. En varias ocasiones mencionó que no encontraba las palabras adecuadas para iniciar las frases, nos interrogaba si tal o cual expresión era adecuada para charlar con alguien, preguntaba sobre el significado de ciertas palabras y sobre cómo escribir alguna oración. Al parecer, nos ubicaba como una suerte de “profesores del lenguaje”; ello demostrado por el hecho de que en más de una ocasión, y pese a que le subrayábamos que nosotros no éramos profesores y que lo que hacíamos era un taller, el llamaba “clases” a las reuniones. En esto había algo de cierta suposición de saber, sin embargo, de un modo

muy ambiguo, puesto que algunas veces manifestó desconfianza y renuencia ante lo que decíamos.

#### *3.2.4. Características generales de los escritos*

La ficha de evaluación de la variable “Escritos del taller” (ver Anexo #2) ha sido construida a partir del estudio teórico de la relación escritura – psicosis. Los indicadores elegidos pretendían mostrar las características generales de los escritos realizados por el paciente en el taller, así como revelar si presentaban las características de aquella relación (ver subcapítulo 2.3.). Las categorías de evaluación son las siguientes: estilo, contenido, retórica, redacción, gramática, vocabulario, nominación y factor gráfico. No hemos aplicado la ficha a cada trabajo hecho por B, nos hemos concentrado en diecisiete de ellos que se distinguen por contener suficiente material escrito para evaluar. Los resultados son los siguientes:

El estilo predominante del conjunto de escritos es metonímico, aunque en dos trabajos hay presencia de ciertas expresiones que pueden ser consideradas como metafóricas. Uno de ellos corresponde al tema de taller “La fábula”, en el que consta la copia de tres refranes leídos por nosotros. El otro corresponde al tema “El chiste”, en el que aparece la siguiente frase: «“Ala hora del Ambre no hay pan duro”» (un conocido dicho popular).

Respecto al contenido, todos los escritos muestran una relación cercana al tema sugerido en cada reunión del taller. La mayoría muestra coherencia e ilación entre sus partes, no obstante, en algunos trabajos se lee una notoria disgregación. En cuatro trabajos se halla cierta “estereotipia temática”, es decir que, sin considerar la repetición de palabras, hay un mismo tema, distinto al propuesto en la consigna, que se repite en el escrito. En tres de las cuatro ocasiones los temas repetidos giran alrededor del significante “trabajo”; en la cuarta ocasión se trata de la insistencia del tema «tener una nueva mujer».

En cuanto a la retórica, sus trabajos se dividen entre los géneros descriptivo y narrativo, con una leve tendencia hacia el segundo. Sin embargo, dos de sus escritos, correspondientes a los temas de taller “El chiste” y “Una canción”, podrían ser clasificados como poéticos. No se hallaron textos de género expositivo ni argumentativo. Sus escritos tienden a ser de tipo monológico, pero algunos presentan diálogos que involucran o no a B. El uso de tropos significativos es reducido, además de las expresiones metafóricas ya mencionadas, solamente se encuentran enumeraciones, anáforas, un asíndeton y una aliteración. En relación a la redacción, pocas veces se

manifiesta una adecuada construcción de párrafos y en ningún trabajo se encuentra una estructura externa del párrafo adecuada. Hay frases sueltas, escritos de un solo párrafo, o cortes mediante espacios que no están adecuados a la relación introducción-desarrollo-conclusión, dentro de los párrafos y entre ellos.

Respecto a la gramática, en varios trabajos hay alteraciones sintácticas significativas, todas ellas en el nivel del predicado. Es notoria la casi completa ausencia de puntuación así como la gran irregularidad en el espaciado, ya sea entre palabras, entre frases o entre líneas (las alteraciones del espacio entre letras de una misma palabra se considerarán en otra parte). A pesar de que no se manifiestan agramatismos, estos factores en varias ocasiones obligan a deducir la coherencia gramatical en lugar de encontrarla de un modo evidente, dificultando la lectura de algunos escritos. Cabe señalar que en la mitad de los trabajos el tiempo verbal está limitado al presente, mientras que en la otra mitad predominan los tiempos pretéritos. En ambos casos prevalece el modo indicativo, hay pocos ejemplos del condicional y del imperativo, menos aún del subjuntivo. El uso de metalenguaje se reduce a las definiciones de dos palabras: *familia* y *nombre* (excluimos de esta consideración los trabajos de una reunión, correspondiente al tema “El diccionario”, cuya consigna consistía justamente en copiar definiciones de diccionario de las palabras que los pacientes escogieran). En la mayoría de trabajos hay un uso regular de conmutadores referentes a los participantes del hecho discursivo, sobre todo a su agente, es decir, a B. Por último, en la mitad de los escritos consta el uso de “discursos citados”, incluso en uno de ellos aparecen comillas, aunque ubicadas inadecuadamente.

En lo que respecta al vocabulario, consideramos que el acervo léxico mostrado en los trabajos puede calificarse como intermedio, pues, pese a su “reducida elocuencia” y a ciertas restricciones estereotípicas, no es pequeño el repertorio de palabras que se ve desplegado en algunos de los escritos. Sin embargo, en ningún trabajo se manifestó una “corrección” ortográfica total; más bien un gran número de términos presenta alteraciones en su escritura, incluso variantes alteradas de una misma palabra en un mismo trabajo. Son notorias: la ausencia de tildes, el uso “arbitrario” de mayúsculas, el uso “incorrecto” de la letra «h», por omisión e intromisión, y la alternación entre los pares de letras «v» y «b», «s» y «c», «j» y «g», y «m» y «n». Pero también se hallan alteraciones que no pueden ser tomadas como ortográficas, por ejemplo: la separación entre letras de una misma palabra, la fusión entre palabras (sobre todo entre artículos y preposiciones, como «ala»), omisiones, intromisiones y cambios de letras. Estas y aquellas alteraciones, al ser leídas “al pie de la letra”, generan transformaciones en las escansiones, en los acentos, en las sutiles diferencias de pronunciación para los pares de letras «b» y «v», «m» y «n»,

o no generan transformación alguna. Empero, también provocan la aparición de palabras fuera de lugar, de equívocos y de neologismos. Finalmente, es importante señalar que en la mitad de los escritos se hallan estereotipias de palabras, entre las que sobresalen las repeticiones del significante “trabajar” y su flexiones.

En cuanto a la nominación, en la mayoría de trabajos de B consta su nombre propio, no obstante su escritura varía en gran medida. En ciertas ocasiones escribe sus nombres y apellidos, en otras su primer nombre y su apellido paterno, en otras incluye iniciales para su segundo nombre y su apellido materno, e incluso en una ocasión escribe las dos primeras letras de su segundo nombre, a modo de inicial. Además, es muy relevante el hecho de que, a diferencia de la escritura de su segundo nombre, apellidos e iniciales, la letra inicial de su primer nombre nunca es mayúscula. Por otra parte, solamente en un trabajo, cuyo tema de taller fue “Carta”, escribió otros nombres propios, el de su hijo y el de su ex pareja. Por último, la gran mayoría de sus escritos llevan título y fecha.

En relación al factor gráfico, la forma general de los trabajos es adecuada; ha utilizado en su mayoría papel bond y hojas a cuadros. Generalmente, ha ocupado la hoja de modo vertical, escribiendo desde la parte superior hacia abajo. Ha respetado los márgenes de página y ha escrito en línea recta. Sin embargo, no faltan las excepciones que resaltan, sobre todo un trabajo, cuyo tema de taller fue “El problema que le trajo al hospital”, en el que hay mucha irregularidad en las formas: notoria tendencia a inclinar las líneas, borrones y un particular cambio de lápiz a esfero. Su caligrafía es legible en todos los escritos. El tipo de letra usada es imprenta, empero, en dos ocasiones se evidencian intentos de escribir con un estilo manuscrito. Finalmente, en poco más de la mitad de trabajos hay presencia de dibujos, no todos con relación evidente al tema.

### 3.2.5. Intentos de interpretación

En este acápite intentaremos trabajar lo singular de aquello que satura las dos variables mencionadas (“Participación en el taller” y “Escritos del taller”), es decir, buscando ya no lo objetivo, sino aquello que de lo subjetivo B ponía en juego en el taller. Por ello, a partir de uno de sus escritos más significativos —correspondiente al tema de taller “Un día en el Hospital”— propondremos un análisis que, yendo más allá de las evaluaciones, pone en relación significativa lo investigado sobre el paciente.

Jueves 16 de agosto del 2012

un día en el hospital Julio Endara

Me despierto veo si ya aclaró el día desde la cama espero un rato espero a que llegue el médico que de la orden de levantarse porque sin una orden no hay esperanza

Llega el médico dice a levantarse ledigo espero un rato porque quiere echarme la culpa ami de algo que no puede espero que les diga a los demás que se levanten de la cama me levanto me van a cambiar de ropa veo que todo marcha bien me calmo en los momentos de impulsos malos (tejo un rato las pulceras o en angustia me acuerdo cuando me viene el infarto me comunico por telepatía con algunas amigas que creo que son 6 o 7 no ego muchas pulceras porque no me compran las pulceras solo hago para legalar saco la biblia les combato algunas frases como los hijos sean para las hijas al médico el médico) el médico me llama a tomarme el pulso dice que estoy un poco fuera de lo normal el otro médico trata de controlar hasta Dios.

"Dice Alber" y se sorprende alber que estoy bien solo un poco bajo la presión. Piensa que con una pastilla teniéndolo dormido ha uno o intimidándolo ha uno ha asolucionar sus problemas y yo beo que entre mas droga nos dan mas semeten en problemas El presidente piensa que es un angel mandando ha contaminar el mundo con droga

~ s ~ s ~ s ~ a ~ s ~ a ~ s ~ a ~ s ~

Se comenzará señalando que en este texto se manifiesta la tendencia de B a fusionar palabras. Encontramos: «ledigo», «ami», «alos», «atomarme», «lonormal», «alber» «asolucionar», «nosdan» y «semeten». Su frecuencia señala un modo habitual de escritura del paciente. Para intentar precisar su función, consideremos las fusiones más frecuentes, las que unen la preposición «a» con otro término: «ami», «alos», «atomarme» y «asolucionar» («alber» será tomada en cuenta más adelante). Como se vio en los acápites anteriores, B ha manifestado peculiaridades respecto al lenguaje mismo. Los cortes en su decir, su insistencia en buscar las “palabras buenas”, aquella conexión entre “decir palabras buenas” y “estar espiritualmente bien”, todo esto apunta a cierta problemática manifiesta frente a la articulación y la significación.

Ante la psicótica desestructuración del lenguaje, el paciente parece intentar recapturar el sentido perdido, haciéndolo a través de la letra y el significante. Por ello, las preposiciones, que sirven de conectores entre verbo y objeto y que no disponen de un significado evidente, quedan fusionadas al servicio de tal intento. «alos», «atomarme» y «asolucionar» ubican a la significación de la preposición —de la conexión misma— en continuidad —y no en articulación— con el objeto. No es a «mí» a quien echan la culpa, sino «ami»: la dirección del «eharme la culpa» no puede separarse de un “mí”. Es curioso que en «ledigo», «nosdan» y «semeten», se fusionen verbos con pronombres personales átonos y reflexivos, justamente los que sintetizan la preposición «a» con un pronombre personal tónico: «digo a él», «dan a nosotros», «meten a sí». Es importante remarcar el hecho de que estas fusiones se constituyen *en* la escritura, en el habla pasarían inadvertidas.

«el medico» «quiere eharme la culpa ami de algo que no puede», esto resuena cuando es puesto en relación con la “suciedad de espíritu”, el “grano bajo la piel”, la “prostituta”, el “rasca bonito” y la “burra”. Leemos allí cierta culpa no articulada, un reproche al que se “denegó creencia”, que retorna tan real y tan fusionado como un “lunar” al cuerpo. Aparece una sexualidad que pone en relación metonímica —y no metafórica— cuerpo y espíritu; de modo que “la ropa es cuando uno tiene plata y cuando uno se va a morir tiene que estar espiritualmente bien”. Cuando inicia su actividad sexual, una “prostituta”, “sucia de espíritu”, le deja también “ensuciado”, deja marcado su cuerpo.

En su historia se encuentran manifestaciones de suspicacia en relación a otros. Así, lo calculador de las preguntas de su hermana es que ella buscaba algo que él *no sabía, no tenía* la respuesta; el “interés” de los auxiliares y sus compañeros es por algo que él *no tiene*. Empero, se trata de una suspicacia particular: lo común es escuchar que alguien “interesado” busca ocultamente lo que uno *tiene*, o que alguien “calculador” calcula lo que uno *debería tener*. ¿Qué es lo que B no tiene y que tan insidiosamente buscan los otros en él? Tal vez, no tiene lugar psíquico para culpa alguna, culpa que en el Nombre-del-Padre aqueja al obsesivo, y que aquí queda omitida, como la letra «c» del «eharme», para retornar en el otro que la echa «ami», a un “espíritu corporal”. El sentido perdido de una culpa imaginaria es trabajado a nivel de la letra y el significante, a nivel de lo real del lenguaje: “hay que dirigirse a lo que se va a decir” como “dirigirse al ideal”. ¿No apunta esto a un nudo real-simbólico, desanudado de lo imaginario?

Ahora bien, tomemos un término que podría tener un carácter neológico: «acuento». ¿Se trata aquí de un “acuerdo”, de un “cuento” o de un “acuesto”? Nuestra lógica fálica nos empuja a buscar por esta vía, sin embargo, “al pie de la letra”, lo importante es que ninguna de esas palabras ha sido escrita. B se “acuenta” «cuando me

viene el infarto». Esto se localiza dentro de un gran paréntesis que parece describir lo que hace para “calmarse” «en los momentos de impulsos malos». Se “acuenta” y teje «en aujeta»: cae la inicial de su primer nombre —aquella que nunca escribe en mayúsculas— tal como cae él mismo ante un «momento de impulsos malos», ante una voz que dice “salte, soy guerrillero”.

Es muy notable el contraste entre la tendencia a la agresividad que se describe en su Historia clínica y lo que nosotros atestiguamos en el taller. ¿Podría ser que en el «acuento», contiguo al tejer «pulceras», al «me comunico por telepatía con algunas amigas», a la “combersación” de «fraces» de la «biblia» —tan enigmáticas como la escrita—, opere algo de ese intento de curación delirante del que la teoría nos anotició? ¿Es posible que en el paréntesis y en lo que dice del paciente, B realice ese *trabajo* con la letra y el significante? Aquel trabajo requerido para “afrentar” la forclusión del Nombre-del-Padre y, así, no responder al mismo nivel de lo real que retorna, no matar “a uno”.

Recalquemos la insistencia del significante “trabajo” en el conjunto de escritos del paciente. Recordemos el lugar en el que parece ubicarlo: «[...] Mis problemas comenzaron cuando Mi papa no me supo mandar de la caza al trabajo» (ver acápite 2.3.2.). Consideremos el gusto que le da la frase con la que su padre le otorgaba el fruto del trabajo realizado junto a él: “voy a coger las papas para darle a B para la ropa”. Enfatizamos que “al que es perezoso es preferible matarlo”. Entonces, del “todo era a cambio de algo” con su madre, hay un pasaje a la retribución por un trabajo, por un tejido que, aunque no se hace mucho porque no le «compran las pulceras», se hace al menos «para regalar». En la cárcel-refugio imaginario del “ese [disco] no me gusta”, efecto de la identificación con la demanda de no escoger a “una bruja que ríe”, la “cosa”, objeto de un deseo que un padre que no conversaba saca de su corazón, se torna inarticulable y el “yo ya estoy grande para estar aquí” no puede pronunciarse. Esta inarticulación se repite ante la interposición de un hombre, sea su “cuñado” o “Lalo”, entre B y una mujer, sea su “mujer” o su “novia por una noche”. Es en este punto donde el “trabajo” es intento de restituir su ausencia inicial, ausencia que si no mató, al menos fue el comienzo de los problemas.

De este modo, es posible leer algo del delirio en el escrito. En seguida del paréntesis reaparece la figura del médico: aquellos “medicos” de los que se desconoce si son verbo o sustantivo. El primero determina «lonormal», ubicando a B «Fuera». El otro «trata de controlar hasta Dios» y cree intentar «asolucionar» los «problemas» del paciente —de «uno»— «con una pastilla». La persecución “medica” no es sin respuesta: Lo que B “be” es que «entre mas droga nosdan mas semeten [¿“someten”?] en problemas». La aliteración entre el «“Dice Abeer”» y el «alber que Estoy bien», juego de

letras sostenido en su homofonía, da cuenta del nivel de tal respuesta: B «sorprende» al «medico» estando «solo un poco bajo la precion» —¿“estoy bajo su presión, pero solamente un poco”? Puede desafiar al otro del delirio con el mismo material con que este le trata: con letra y significante.

Ahora bien, ponemos en relieve lo particular de la expresión «me comunico por telepatia». ¿Qué más cercano a la realización de la ilusión neurótica de comunicación que la telepatía? Como se trata de lo no pronunciado, de lo no articulado, esta comunicación no se enfrenta a las vicisitudes neuróticas del significante: es una “comunicación lograda”, por así decir. Figura claramente la dualidad especular de la psicosis, la no intervención de un hombre entre B y sus «6 o 7» «amigas». Y, sobre todo, muestra que el delirio, por más patológico que parezca, es aquello que un psicótico puede construir ante la desestructuración de la que es sede.

Más allá, el delirio tiene cierta función respecto a aquel goce Otro del psicótico: ese “líquido universal” que “como no hemos trabajado se desgasta y se nos va para arriba”. Sin trabajo, el goce escapa a cualquier tenencia, a cualquier usufructo; “se le sube”, por así decir. Como “no se lo ganó”, las palabras se “trababan en la garganta”. El “espíritu” de B no metaforiza un goce, lo *literaliza* en su cuerpo. Ese cuerpo que alberga “una conexión entre el sistema nervioso y las glándulas salivales”, que le impide “pedir comida”, aquel al que le «viene el infarto». El “trabajo de tejido”, la “comunicación por telepatía”, el “decir palabras buenas”, estabilizan el goce. Le permiten “estar espiritualmente bien” y ubican la “suciedad de espíritu”, “los problemas” y “la culpa” en otros, por ejemplo: en el «papa» que «no supo mandar», en los “medicos” que lo adormecen y lo intimidan, en ese «Presidente» que «piensa que es un angel mandado ha contaminar el mundo con droga». Si las palabras se le traban en la garganta, puede pedir comida “telepáticamente”.

Por último, consideremos la expresión «Sin una orden no hay Esperanza». Aunque en principio enigmática, ahora creemos poder evocar algo de su significación —advirtámoslo: articulada por nosotros. En un mismo tiempo, B “espera” una orden y desafía a su agente: espera —sin pedir— algún orden encarnado en alguien que le “sepa mandar”, para poder moverse en ese mundo que se ha tornado infame, mudo y alternante como la «h». En la reconstrucción del sentido, el trabajo de su delirio se vale de algo análogo a la desestructuración: se asienta en la descomposición, amalgamación, alternación, omisión, intromisión, e invención de la letra y el significante.

El delirio no es deducido, reproduce la misma fuerza constituyente, es también un fenómeno elemental. Es decir que la noción de elemento no debe ser entendida en este caso de modo distinto que la de estructura, diferenciada, irreductible a todo lo que no sea ella misma. (Lacan, [1984], p. 33)

En fin, se ve cómo la escritura se presta para algún *trabajo de delirio*, pues permite poner en juego letras y movilizar algo del significante, es decir, su propio material. Por ello, *la escritura del escrito* da cuenta del modo en que el paciente construye su delirio, de cómo reconstruye el mundo y sus relaciones con él. El delirio ha *escrito* algo de su goce deslocalizado. B se refiere a las “voces” que ya no escucha en términos de una “comunicación”, perdida porque ya no hace el “trabajo” que esta requería. Las manifestaciones hipocondriacas y espirituales no solamente invaden un cuerpo que se muestra, también se *cifran* en ciertos lugares de un cuerpo hablado, en fragmentos de su historia y en unos otros, múltiples en su unicidad. Con esa «Esperanza» literal, «un día en el ospital Julio Endara» B “espera”; “espera”, tal vez, una *impuntualidad* también literal.

### 3.3. ¿Escritura psicótica?

En este subcapítulo daremos una conclusión sobre la hipótesis de la presente disertación: “Existe una relación particular entre la estructura psicótica y la escritura, y el “Taller de escritura” permite un acercamiento a las características de dicha relación así como a sus posibles efectos”. Con tal propósito, nos haremos las siguientes interrogantes: ¿Es posible hablar de “escritos psicóticos” o de “expresiones psicóticas”? ¿Existe una “escritura psicótica”? ¿Es posible leer algo de la estructura psicótica en una escritura particular? ¿La escritura en taller ha tenido algún efecto para algún paciente?

#### 3.3.1. No hay un “escrito psicótico”

Maleval (2002), en una crítica a las perspectivas positivas de la psiquiatría y la lingüística, se pregunta por el camino que permitiría distinguir los fenómenos del lenguaje psicóticos. Responde citando un pasaje del libro *L’amour de la langue*, de Jean-Claude Milner:

Milner indica el camino a seguir mostrando que una de las características de la lingüística reside en el hecho de que solo quiere ocuparse de un otro vaciado de su goce. “He aquí —escribe— una posibilidad de la que el lingüista, en cuanto tal, nada sabe: todo lo aparta de suponerle a *la lengua* el menor goce, que no podría sino devaluar el suyo propio. [...]”<sup>66</sup> Lo que dice el lingüista se funda en el silencio de aquellos que han servido a la lengua y a su goce”. (Maleval, 2002, p. 162)

---

<sup>66</sup> Los corchetes son de Maleval.

El “caso de taller” lo ha demostrado: la mirada no puede apuntar al nivel del fenómeno. Su estudio no permite distinguir siquiera fenómenos que corresponderían a la esquizofrenia más que a la paranoia, menos aún dan cuenta de la pretendida especificidad de un supuesto “lenguaje psicótico”.

De este modo, debemos decir que la característica fundamental de las “expresiones psicóticas” —sintagma que forma parte del título de nuestra disertación— es que son como cualquier otra expresión humana. Por ello, afirmamos que no hay una “expresión psicótica”, no existe un significante específico de la psicosis. Asimismo, no hay un “escrito psicótico”, un “*texto escrito* psicótico”. Tomadas aisladamente, las evaluaciones objetivas y generales de los escritos y de la participación del paciente en el taller, señalan variaciones “extrañas” de la escritura, “incorrecciones”, características “vacías”, decires “peculiares”, comportamientos “cuasi normales” y “anormales”. Incluso, si se pretende analizar el escrito trabajado sin una articulación a lo que se pudo escuchar del paciente, no se hallaría nada que no pueda ser imitado, “recreado por una neurosis”. Similarmente, varios de los escritos realizados en el taller no mostraban un carácter psicótico sino después de su presentación, de su lectura, de su relación con otros escritos y con mucho más.

A pesar de esto, hemos hallado una especificidad teórica de la relación del psicótico con la letra y el significante. La puesta en práctica de tal relación nos permite concebir una *escritura psicótica* y acercarnos a sus características. Empero, es necesario aclarar que con «escritura» hacemos referencia a la operación de la relación entre alguien que escribe, lo que escribe, alguien que lee y lo que allí lee. Esta relación escritural abre el camino para algo más. Algo en el límite entre lo ausente y lo presente, en las palabras escritas, en las palabras pronunciadas, en los silencios, en los gestos, en el cuerpo, en las entradas, en las salidas, algo que compromete a los pacientes y nos interroga. Es en la relación cuerpo-goce-escritura donde se establece la especificidad de la *escritura psicótica*. Pero ello solamente porque tal relación se pone en escena en el espacio inaugurado por el taller y reinaugurado en cada reunión.

Las características de esta *escritura psicótica en taller* no son generales. Se revelan en el trabajo que parte de un escrito particular. Empero, si en ellas podemos leer algo en común, a saber, algo de la estructura psicótica, ello es debido a que es posible encontrar funciones de la escritura específicas a la psicosis. El último acápite de la presente disertación estará dedicado a ello.

### 3.3.2. La función de la escritura en la psicosis

El descubrimiento freudiano de que el delirio es un intento de reconstitución remarca la potencialidad creadora, inherente a un proceso psicótico. Dichos intentos de restitución se realizan a través de un movimiento del significante y de la letra. Esto indica que una de las vías que tomará tal trabajo será, justamente, un intento de escritura.

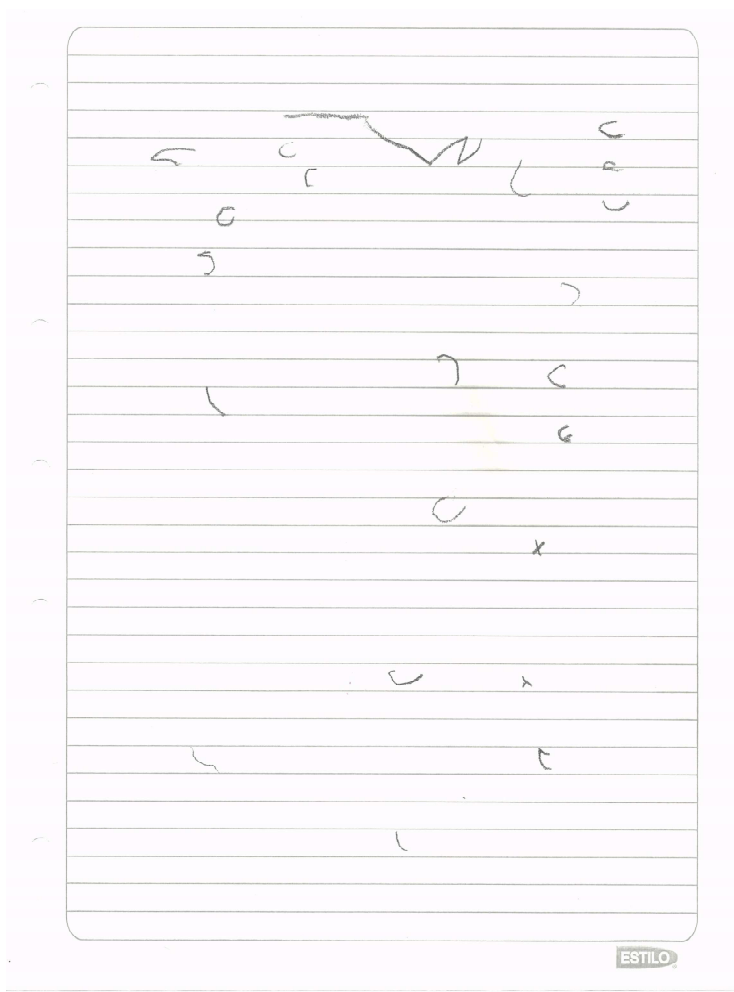
Es conocida la propensión de los psicóticos a entregarse a trabajos de escritura, la insistencia con que los realizan, así como el papel estabilizador que esta parecería cumplir en ciertos casos. Esto nos lleva a preguntarnos sobre la función o funciones que la escritura podría tener para ellos. Jean Claude Maleval (1993), en su texto *Función del escrito para el psicótico* desarrolla algunos puntos que servirán de guía para responder esta cuestión. Como ya se ha señalado, una de los efectos estructurales de la forclusión del Nombre-del-Padre es la desregulación del goce, y los trastornos que de esto se desprenden son problemáticos. Así, los psicóticos se ven llevados a intentar desembarazarse de este exceso de goce (Maleval, 1993, p. 5).

En este intento, algunos llegan a realizarse cortes y automutilaciones, escrituras en lo real del cuerpo, otros toman vías más elaboradas que se presentan en distintas graduaciones. Estas van desde los garabatos ininteligibles de ciertos esquizofrénicos hasta los trabajos escritos más sistematizados de psicóticos delirantes. Empero, todas estas producciones deben ser tomadas, en primer lugar, en su dimensión real, es decir, como “[...] un depósito de letras” (Maleval, 1993, p. 6) —y no como “cartas” con mensaje. A esta función de la escritura Maleval (1993) la denomina *depósito del goce*: depósito justamente por el hecho de que el goce no llega a ser simbolizado, lo cual pone a estos trabajos en el orden de la repetición incesante. Es necesario otro procedimiento, que generalmente sucede a la par, para lograr efectos más duraderos.

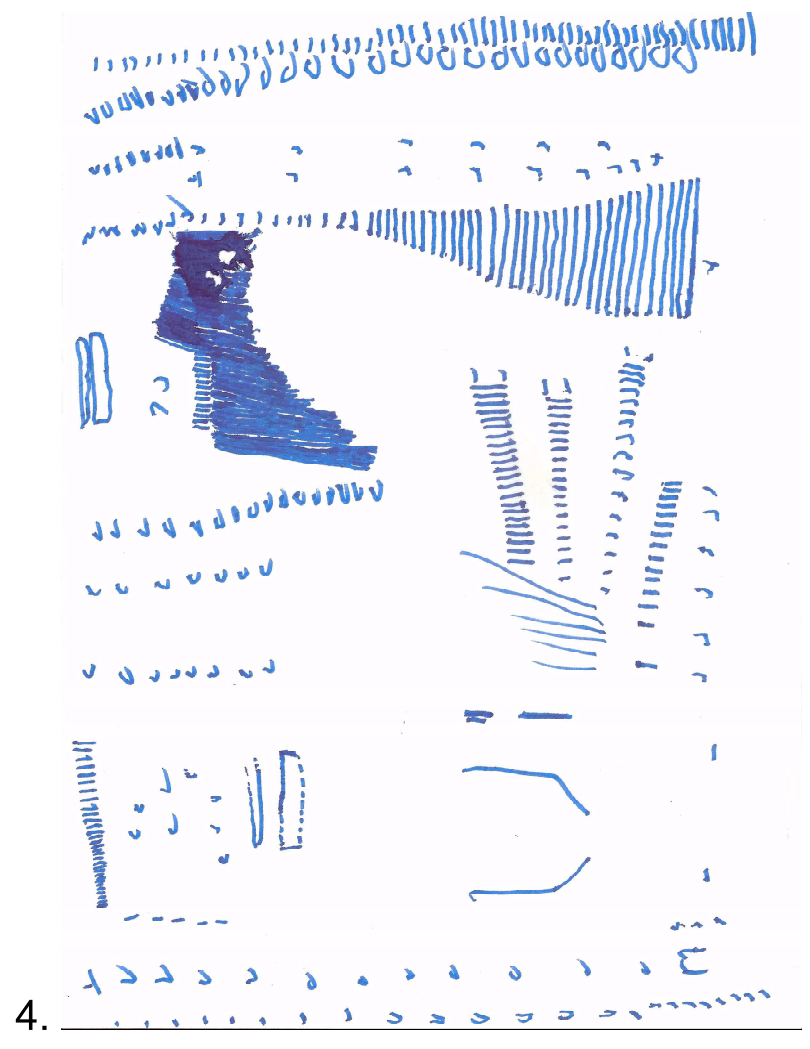
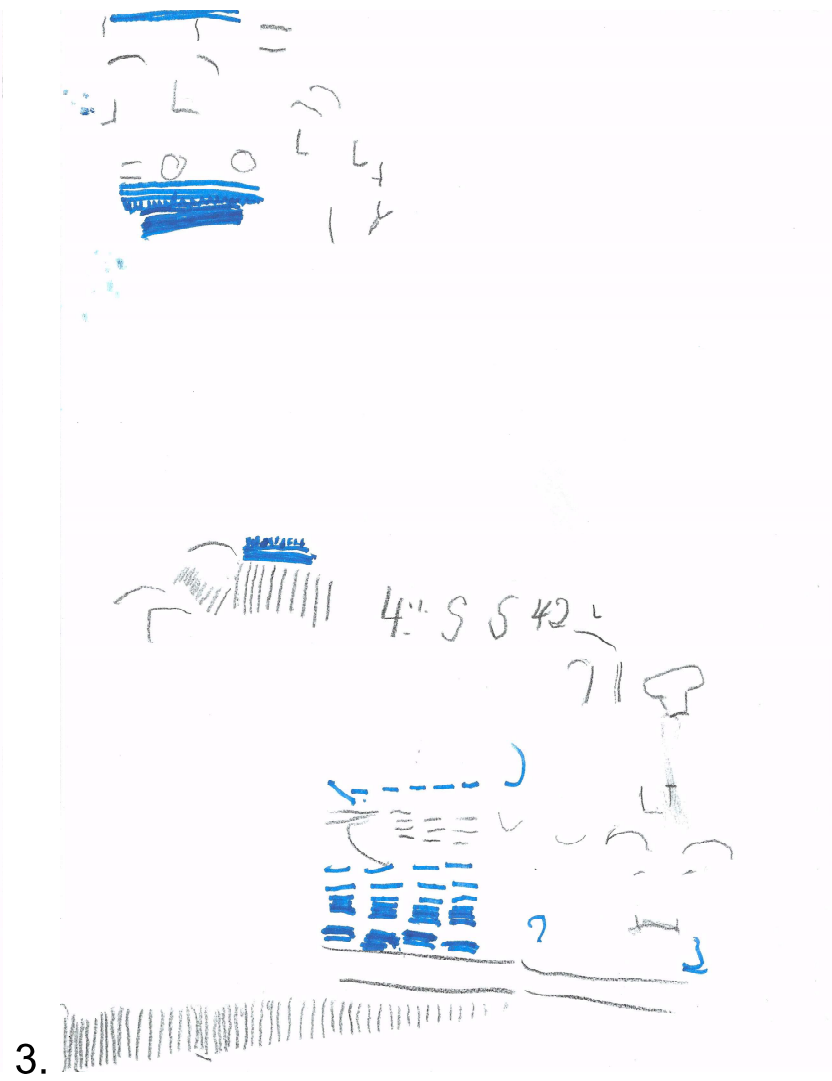
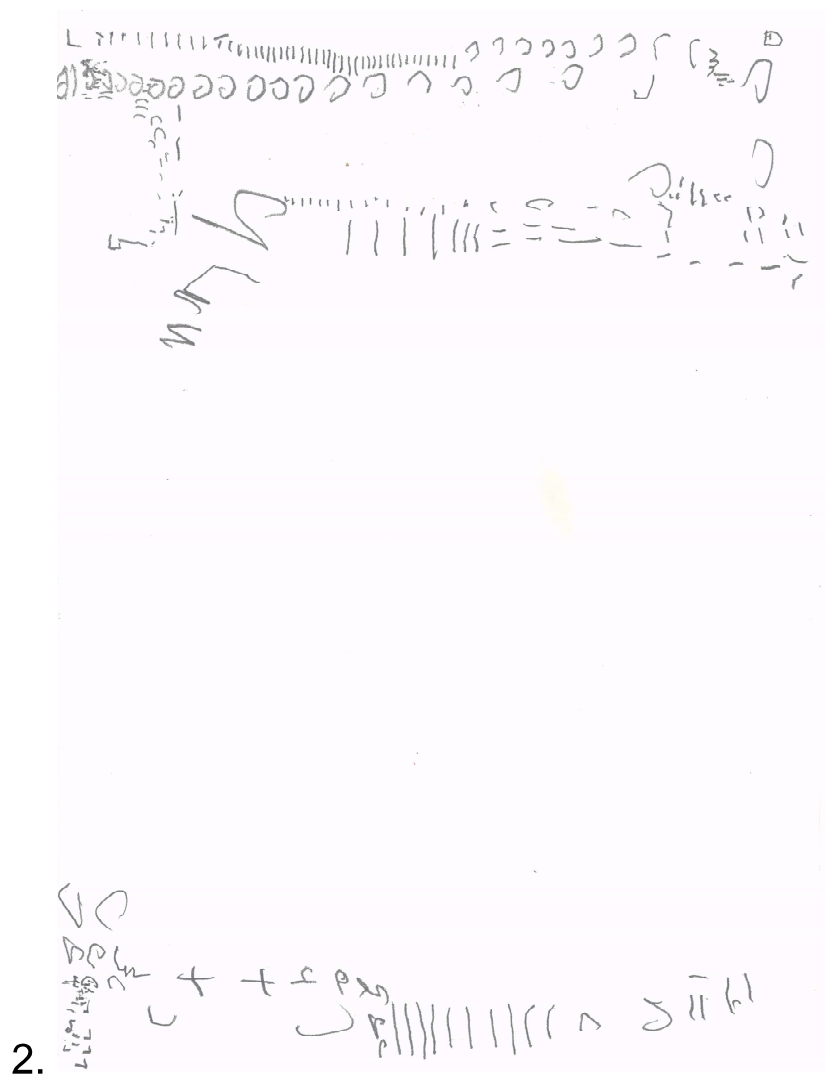
Como se evidenció en “el caso de taller”, algunos escritos de psicóticos recogen ideas delirantes: es el trabajo del delirio el que localizará el goce desarticulado. Sin embargo, el énfasis de este trabajo recae en la escritura misma. Se trata de un proceso al que Maleval (1993) denomina *cifrado del goce*; se trata de un “[...] forzar por el significante las experiencias enigmáticas que surgen en lo real” (p. 7). Esta función parece favorecer la estabilización en las psicosis. De hecho, cuando el goce ha sido localizado, depositado y cifrado tienden a desaparecer los trastornos más desestructurantes.

Hablemos por un momento de un paciente del taller. Es un hombre de entre 40 y 50 años de edad que se mantiene casi todo el tiempo en silencio y responde a cualquier pregunta o pedido solamente con “sí” o “no”, vagamente pronunciados. Consideramos

que con sus trabajos se muestra cierto vaivén entre la función de depósito y un intento de cifrado del goce.

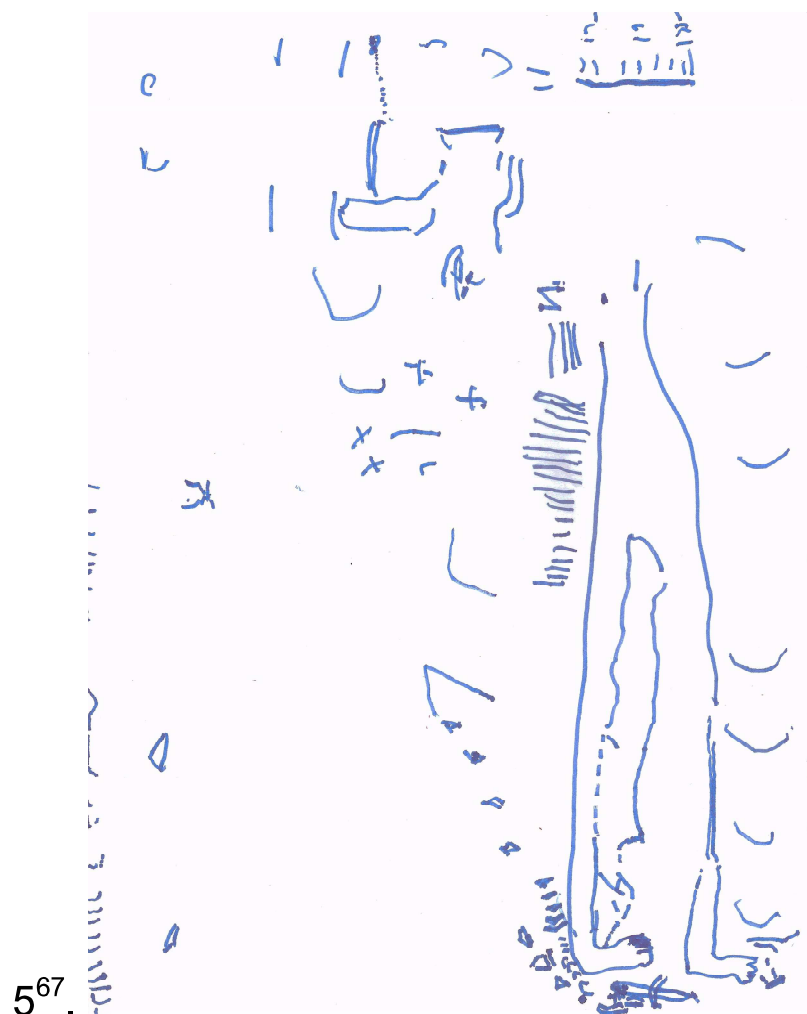


En este trabajo se lee la función de depósito. Todo está a nivel del trazo, poniendo en juego el cuerpo. Como dice el psicomotrista argentino Daniel Calmels (2001), “Sobre el lápiz: trabajo de presión y de prensión. Sobre la hoja: un gesto que no se pierde en el aire” (p. 34). Aunque no haya significación, ya se escribe esa letra precaria, litoral entre lo real y lo simbólico. Se presenta la materialidad del significante en esos  $S_1$  de la lengua; de ahí que estos trazos parezcan esbozos de letras. Letras que curiosamente se encuentran en el nombre del paciente —por supuesto, no hay firma.



En estos tres escritos leemos ciertos intentos de cifrado del goce. En el #2 y en el #3 podemos notar que los trazos se disponen en cierto orden: se acercan a los márgenes y se distribuyen en cierta linealidad. Los trazos se distinguen más entre sí: unos parecen líneas, otros se acercan a letras que, nuevamente, son aquellas con las que se compone

el nombre del paciente, e incluso hay algunos números logrados. Así como aquel trabajo del ordenamiento alfabético de palabras por sus iniciales (ver acápite 2.2.2.), aquí ya se impone una organización. Es como si de la desregulación del goce invasor se intentase hacer un pasaje a cierta localización en la letra. “El cuerpo encuentra en la escritura un acto que le exige controles, inhibiciones, independencias y acuerdos mutuos entre el ojo y la mano” (Calmels, 2001, p. 32). Por ello, en estos intentos de cifrado se manifiesta cierta regulación del cuerpo, un sostenimiento del movimiento que traza, deposita y ordena, aunque la significación se mantenga en la materialidad de la letra.

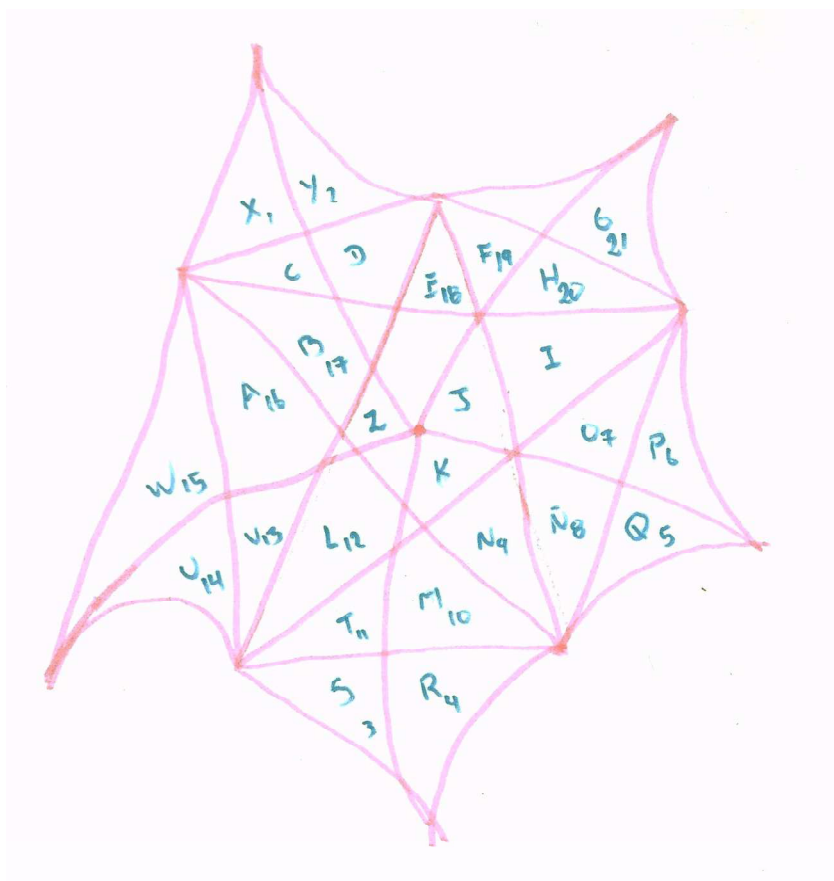


Como el goce fálico se establece en un más allá de la significación, del sentido —que articula lo simbólico con lo imaginario—, se encuentra en la articulación entre lo real y lo simbólico. Al contrario, el goce Otro es fuera del lenguaje, lo que le ubica entre lo imaginario y lo real. En este cuerpo leemos justamente eso: una imaginarización de la fragmentación real del cuerpo; aquella fragmentación, previa al estadio del espejo, entre objetos a no extraídos. Además, aquí se muestra la operación de la letra en la imagen. Recuérdese lo que decía Freud del contenido manifiesto del sueño (acápite 2.2.2.): las imágenes deben ser tomadas en su valor de letra. Por eso consideramos que este trabajo

<sup>67</sup> Debemos aclarar que esta ordenación de los trabajos del paciente no responde a una cronología. El orden por fechas sería el siguiente: 5, 3, 4, 1 y 2. Por nuestra parte, así la ganas empujen, no nos apegamos a la idea de progreso. Al, contrario, tratamos de aproximar nuestra mirada al vaivén estructural propio de la psicosis.

se trata de un escrito, no de un intento de dibujo del cuerpo. Esto se podría leer: “fragmentación”, “sujeto acéfalo”, “mundo habitado por letras”. Empero, debemos mantener entre signos de interrogación cualquier intento de dar un significado al escrito.

En el polo opuesto, se encuentra un cifrado del goce a través de significaciones plenas, de consistencia permanente.



Este es el escrito de un paciente de aproximadamente 30 años de edad. Se presenta como una escritura sistematizada, que combina figuras geométricas, letras y números a modo de subíndices de las letras. El paciente expuso este escrito afirmando que trataba de representar la perfección que él encontraba en la naturaleza. De hecho, hay en las relaciones de las líneas una simetría asentada en el número 5: 5 rectas que forman la estrella interna, un pentágono que la encierra, otro pentágono curvo que encierra al primero y cinco líneas concéntricas desde los vértices de este último. Las letras y números se localizan en los espacios vacíos formados por las figuras geométricas; se percibe cierto ordenamiento alfabético en esta distribución, empero, su lógica se nos escapa.

Con este intento de cifrado del goce podemos retomar aquella escritura *mitográfica*, mencionada en el capítulo anterior (ver acápite 2.1.1.). Pese a que con Hjelmslev hayamos hallado una “solución” para el “fuera del lenguaje” que planteaba la mitografía (ver acápite 2.1.3), la misma aproximación de la Glosemática requiere de aquellos “sentido del contenido” y “sentido de la expresión”, en tanto supuestos anteriores y necesarios, para el abordaje coherente del lenguaje. Ahora que ya disponemos de un concepto que designe esa exterioridad del lenguaje, podemos comprender mejor las cosas. La mitografía no es exclusiva de pueblos antiguos o primitivos; aparece en su

esplendor en la escritura de los psicóticos. Sin embargo, cabe hacer una objeción al término «mitografía». El principio de escritura en que esta se sostiene, a saber, cifrar con lo litoral de lo literal el goce fuera del lenguaje, es mítico solamente para el neurótico.

Por otra parte, se ha observado que los psicóticos se sienten impulsados a desprenderse de sus producciones, a establecer cierta distancia con las mismas: es común que los quemen, los tiren a la basura o, en algunos casos, lleguen a publicarlos. Para Maleval (1993), esto “[...] convierte el escrito en basura. Instauro un corte entre el sujeto que escribe y lo que de su ser tomó sustancia de libro” (p. 8). El depósito y el ciframiento no son suficientes, pues, como se ha dicho ya, la forclusión imposibilita la simbolización del goce Otro. Esto llevará al psicótico a un intento de *vaciamiento del goce*, intento la más de las veces contradictorio, ya que revela su carácter de imposibilidad. En su puesta en marcha se constata, por un lado, que dicho vaciamiento nunca es completo y, por otro, que, de acercarse a dicha completud, pone en riesgo el ser mismo del sujeto. Maleval (1993) subraya que “Son la exposición de obras y de las publicaciones de obras que conllevan episodios depresivos y pasos al acto suicidas” (p. 9).

En el taller no pocas veces hallamos algo de este orden. Muchos pacientes regalan a otros o a nosotros sus trabajos. Algunos rompen sus escritos durante la reunión o a su término. Más aún, dos operaciones propias al dispositivo del taller pueden vehicular este vaciamiento. Primero, la presentación de los trabajos, que permite a un paciente hacer público, ante los otros pacientes y ante nosotros, aquello que hasta ese momento se ha mantenido en cierto nivel de lo privado. La invitación a la presentación es acogida con agrado por unos, exigida por algunos, y rehusada fuertemente por otros. Segundo, el hecho de que los trabajos nos sean entregados “en préstamo”. Con esta operación nos proponemos como posibles depositarios del depósito. El efecto que reslute de la devolución de los escritos que, como el préstamo, no será obligatoria, aún está por verse.

Con toda esta variedad de funciones de la escritura, los efectos obtenidos son disimiles. Lo que queda manifiesto es que, si bien el trabajo de escritura puede favorecer la estabilización, no hay garantía. Las vicisitudes de la escritura y de los escritos dan cuenta tanto de la capacidad de creación que se pone en marcha en las psicosis, como de sus límites y de lo inefable con lo que se trata. La escritura marca el inicio de un trabajo en las psicosis, su culminación estará siempre *por-venir*.

## CONCLUSIONES

1. Freud introdujo la cuestión del sujeto en el estudio de la psicosis. Con ello, renovó su antiguo estatuto *psíquico* y se distanció de las perspectivas organicistas y psicologistas que, habiéndole precedido, aún tienen mucha fuerza en el campo de la salud mental.
2. La psicosis es efecto de la forclusión del Nombre-del-Padre. Este concepto hace referencia a todo un recorrido freudiano: desde sus intentos fallidos de incluir la psicosis en sus teorizaciones de la neurosis, pasa por el descubrimiento del *intento de curación* en las manifestaciones más patológicas, hasta la pregunta por su mecanismo específico. Mecanismo análogo a la represión neurótica por su relación a la castración, empero, fundamentalmente distinto de ella por su implicación en las relaciones con la realidad.
3. La forclusión del Nombre-del-Padre implica una inadmisión de lo simbólico en su ordenamiento de la realidad significativa. El psicótico queda atrapado en su relación especular con el otro. Sin embargo, lo forcluído retorna en lo real, en forma de delirio y alucinación. Por ello, la psicosis es dual: escenifica la “cancelación” de un tercero enigmáticamente presente.
4. La escritura es un concepto resistente a la definición. Entre los lingüistas estructurales hay diferencias a la hora de establecer sus principios y caracterizar sus relaciones con el habla y el lenguaje.
5. Haciendo uso de la Glosemática de Louis Hjelmslev, se pueden establecer tres niveles de la escritura: primero, el de la letra tomada como tal; segundo, el de la letra-fonema; tercero, el de la letra-morfema.
6. La escritura no es un concepto del Psicoanálisis. No obstante, el hecho de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje implica una relación necesaria entre el inconsciente y la escritura. Ello lo demuestra la concepción del aparato anímico en términos de escritura.
7. La instancia de la letra en el inconsciente se revela como una escritura del significante. Sus principios son, por un lado, la permanente transposición del sentido, por otro, la metonimia (desplazamiento freudiano) y la metáfora (condensación freudiana). Aquí se ve aparecer los dos últimos niveles de la escritura.
8. En el primer nivel de la escritura, el psicoanálisis revela que lo literal de la letra hace de litoral entre goce y saber. La letra, distinta a su instancia, satura el campo de la significación. A diferencia del significante, *tiene* significado, es inarticulable y hace de límite entre el lenguaje y un goce Otro, (des)localizado fuera del lenguaje. Por las

incidencias de la letra, el segundo nivel de la escritura queda descompuesto en la homofonía de lo literal y en la fonografía del significante.

9. La admisión “neurótica” del Nombre-del-Padre remite al falo, aquel significante originalmente reprimido que decide las significaciones, ordena el goce y lo ubica como desecho del cuerpo y del lenguaje. Esto permite la lectura de un goce fálico en la relación del neurótico con el significante.
10. La forclusión del Nombre-del-Padre provoca la imposibilidad de una referencia fálica y reduce la metáfora paterna a un “muñón”. Por tal motivo, el significante queda desencadenado y se pulveriza en la letra. El goce Otro hace referencia a ese goce no ordenado por el falo, es decir, la deslocalización de un goce que invade al psíquico y que lo determina como un sujeto del goce: gozado por la alucinación y el otro del delirio.
11. La estructura psicótica tiene cuatro variantes: la paranoia, la esquizofrenia, la melancolía y la manía. Es posible atestiguar tanto pasajes y “mezclas” entre la paranoia y la esquizofrenia, como alternancias entre la manía y la melancolía. Más aún, es posible reconocer algo maniaco o melancólico en algunos delirios paranoides.
12. Entre las variantes de la psicosis se presentan ciertas distinciones: El intento de curación de la paranoia implicará una metáfora delirante. Al contrario, el intento de curación correspondiente a la esquizofrenia implicará un “aferrarse a las palabras”. Por otra parte, en la melancolía, el yo se identifica al objeto *a*, quedando, por lo tanto, perdido. En la manía el yo se identifica al yo-ideal, “supera” al objeto *a*, pierde la falta misma y, consecuentemente, llega a los conocidos estados de “completud”, júbilo y poderío.
13. La metáfora delirante es un intento por construir el sentido “cancelado”. No es “atada”, se manifiesta en significaciones plenas y vacías, inarticulables, fuera de toda dialéctica. Sirve a la “reconstrucción del mundo” y a cierta localización del goce Otro en un otro.
14. El “aferramiento a las palabras” del esquizofrénico opera como un intento precario de sostenerse en la homofonía de letra. De cierto modo, “se aferra a la poca humanidad que le queda”. La investidura de la representación-palabra, desprovista del enlace con la representación-cosa, implica la ausencia de una significación metafórica: el sentido está jugado en las posibles ordenaciones literales. Ello conlleva una mayor problemática en relación a la deslocalización del goce.
15. Cualquier intento de curación, sea metafórico u homofónico, se revela en la movilización de la letra y el significante, es decir, opera con aquello mismo que sirve

a la desestructuración. No hay intentos de curación logrados, sino la estabilización temporal de las relaciones con el mundo y los otros.

16. Las características de la escritura en la psicosis se revelan en la lectura de lo singular. No obstante, es posible señalar formaciones comunes: el neologismo, el estribillo y el uso de la homofonía de la letra. Estas no deben ser tomadas como fenómenos; su análisis precisa de una articulación.
17. El neologismo puede responder a la lógica de una metáfora delirante, no obstante, esto no es una regla. El estribillo y el uso de la homofonía se prestan para el trabajo del esquizofrénico sobre la letra, empero, no son exclusivos de la esquizofrenia.
18. La psicosis no es fuera del lenguaje, pero sí fuera del discurso. El concepto de holofrase permite escribir este “fuera del discurso” como una continuidad sin cortes ni división. La holofrase contiene la estructura misma de la psicosis: la no articulación y la deslocalización del goce.
19. Desde antes de Freud, con él y con Lacan, el concepto de psicosis ha entrañado un valor diferencial respecto al de neurosis. No se puede abordar una estructura sin hacer referencia a la otra.
20. Las cuestiones sobre el “sujeto en la psicosis”, sobre una “psicotización” de la neurosis o una “neurotización” de la psicosis, implican problemáticas complejas. Su abordaje requiere necesariamente de la articulación teoría-clínica.
21. El “Taller de escritura” construido en el Hospital Psiquiátrico Julio Endara, se presenta como un espacio de palabra, cuyo trabajo permite a los pacientes ocuparse de ellos mismos y ocupar un lugar simbólico.
22. El Taller permite hablar de una *escritura psicótica en taller*. Pero solamente si se considera la escritura como una puesta en relación entre quien escribe, lo que escribe, quien lee, y lo que lee.
23. No hay una “expresión psicótica” ni un “escrito psicótico”. La cuestión no está a nivel del fenómeno. Es necesario hacer una lectura que reconozca el goce para poder delimitar cierta *escritura psicótica*, siempre en referencia a una no-psicótica.
24. El Taller es una puesta en escena de la articulación *cuerpo-goce-escritura* y, por lo tanto, permite encontrar la especificidad de una escritura psicótica.
25. Los efectos del Taller en los pacientes están vinculados a las funciones de la escritura en la psicosis. La teoría y la práctica del taller señalan cuatro: la construcción de la metáfora delirante, el depósito de goce, el cifrado de goce y el vaciamiento de goce.
26. El depósito hace referencia a la escritura en términos de un objeto en el que se “deja” algo del goce. El cifrado implica una “encriptación” no simbólica del goce mediante

un cierto orden. El vaciamiento se relaciona con el arrojar el objeto de la escritura para tomar distancia de lo que se ha depositado y/o cifrado en él.

27. Si bien el trabajo de escritura ha demostrado ser una posible vía de estabilización de una psicosis, no hay garantía. La escritura puede marcar el inicio de un trabajo en las psicosis, su culminación estará siempre *por-venir*.
28. Los efectos de la escritura y del Taller no deben ser contemplados desde una perspectiva de progreso. En lo singular de cada caso, estos pueden demostrar un carácter terapéutico. Sin embargo, ello no puede ser afirmado con la objetividad que se espera de una disciplina de la salud mental.
29. El Taller puede proponerse como una vía de aproximación a las características de la relación psicosis-escritura, para profesionales y estudiantes en formación.
30. El sostenimiento del Taller requiere cierto estudio psicoanalítico por parte de los conductores. Aunque esto no obsta que se construyan talleres de escritura con enfoques psicológicos.
31. La propuesta de un trabajo de palabra en el ámbito institucional psiquiátrico se enfrenta a varios obstáculos. Sin embargo, el Taller da testimonio de la posibilidad de dar un lugar a lo psíquico allí.
32. Si se busca un acercamiento a la estructura que el psicoanálisis escribe, las demandas académicas resultan difíciles de responder. Empero, es en los impases, en los límites y en lo fallido donde el psicoanálisis encuentra un trabajo.
33. La presente disertación ha permitido desarrollar formulaciones suficientes para ubicar, justificar, estructurar y elaborar un proyecto de talleres de escritura para hospitales psiquiátricos quiteños.

## RECOMENDACIONES

1. La experiencia del Taller muestra que es posible realizar un trabajo psíquico con pacientes psicóticos. Pero para ello es recomendable apostar por la emergencia de un sujeto ahí donde la condición estructural, el tratamiento establecido y las perspectivas familiares y sociales tienden a la deshumanización y a la objetivación.
2. Todo aquel que sostenga un interés en lo psíquico está llamado a interrogarse por la psicosis, puesto que en esta se muestran de forma cruda y real los puntos de la estructura inherente a todo ser hablante. Por ello, se invita enfáticamente a profesionales y estudiantes en formación, comprometidos con el campo de la salud mental, a aproximarse *responsablemente* a esta estructura clínica. Un taller de escritura en una institución psiquiátrica se presta muy bien para intentarlo.
3. El esfuerzo de trabajo manifestado por varios psicóticos, muchas veces es desechado como efecto secundario de la “enfermedad”. Por esta razón, se aconseja la invención, reinención e implementación de métodos y técnicas nuevas, que viabilicen el “intento de curación” inherente a la psicosis, y se enfatiza que del seno mismo de su problemática puede nacer un tratamiento.
4. En la medida en que la curación no se encuentra donde es buscada, se sugiere abandonar aquel anhelo de curar o cambiar sustancialmente la vida de los psicóticos. Toda iniciativa terapéutica que se emprenda con ellos debe estar sustentada en una teoría y en una ética, y debe trabajarse recurrentemente la interrogante por aquello que del profesional o del estudiante se juega en la iniciativa.
5. En el trabajo con psicóticos es aconsejable evitar las interpretaciones razonantes (fálicas), puesto que la relación de la psicosis con el significante es de un orden distinto al de la neurosis. En muchos casos, este tipo de interpretaciones solamente suscitan resistencias, pero pueden asimismo provocar actitudes persecutorias, actos de agresión o el desencadenamiento de una crisis.
6. Se recomienda abandonar también las ideas de comprensión iluminadora y las generalizaciones. Cualquier intento por cerrar la problemática de la psicosis resulta ineficaz, tanto teórica como clínicamente. Al contrario, hay que guardar siempre un espacio para el enigma, para lo nuevo, para lo imprevisto y para la indudable enseñanza que ofrece la locura.

## BIBLIOGRAFÍA

- Braunstein, Néstor. (2006). *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 7ª edición.
- Cadoux, Bernard. (1999). *Écritures de la psychose*. Paris: Aubier.
- Calligaris, Contardo. (1991). *Introducción a una clínica diferencial de las psicosis*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Calmels, Daniel. (2001). *El cuerpo en la escritura. Capítulos de psicomotricidad*. Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas, 2ª edición.
- Chemama, Rolland & Vandermersch, Bernard (Directores). (2010). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- de Saussure, Ferdinand. [1916] (1992). *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ducrot, Oswald & Todorov, Tzvetan. (1983). *Diccionario enciclopédico de ciencias del lenguaje*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Freud, Sigmund. [1894a] (1973). Las neropsicosis de defensa. En *Obras completas. Tomo I*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 3ª edición.
- Freud, Sigmund. [1894b] (1999). Las neropsicosis de defensa. En *Obras completas. Volumen III*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1895a] (1994). Manuscrito G. En *Cartas a Wilhelm Fließ (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, Sigmund. [1895b] (1994). Manuscrito H. En *Cartas a Wilhelm Fließ (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, Sigmund. [1896a] (1994). Manuscrito K. En *Cartas a Wilhelm Fließ (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, Sigmund. [1896b] (1994). Carta 112. En *Cartas a Wilhelm Fließ (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, Sigmund. [1896c] (1999). Nuevas observaciones sobre las neropsicosis de defensa. En *Obras completas. Volumen III*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1899] (1994). Carta 228. En *Cartas a Wilhelm Fließ (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, Sigmund. [1900] (1973). La interpretación de los sueños. En *Obras completas. Tomo I*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 3ª edición.

- Freud, Sigmund. [1911] (2008). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En *Obras completas. Volumen XII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1914] (2006). Introducción al narcisismo. En *Obras completas. Volumen XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1915] (2010). Lo inconciente. En *Obras completas. Volumen XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1917] (2006). Duelo y melancolía. En *Obras completas. Volumen XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1921] (1973). Psicología de la masas y análisis del yo. En *Obras completas. Tomo III*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 3ª edición.
- Freud, Sigmund. [1923] (2011). El yo y el ello. En *Obras completas. Volumen XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1924a] (2011) Neurosis y psicosis. En *Obras completas. Volumen XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1924b] (2011). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras completas. Volumen XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1924c] (2011). La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis. En *Obras completas. Volumen XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Freud, Sigmund. [1925] (2011). Nota sobre la «pizarra mágica». En *Obras completas. Volumen XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª edición.
- Gerber, Daniel (1996). Del significante a la letra: un destino de escritura. En *Morales Ascencio, Helí. Escritura y psicoanálisis*. México: Siglo XXI Editores.
- Greimas, A. J. & Courtés, J.. (1982). *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Editorial Gredos.
- Hospital Psiquiátrico Julio Endara. *Historia clínica del paciente B*. Conservada en el Pabellón de varones del Área clínica psiquiátrica. Quito, consulta realizada en el año 2013.
- Hjelmslev, Louis. [1943] (1984). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid: Editorial Gredos, 2ª edición.
- Hjelmslev, Louis. [1959] (1972). *Ensayos lingüísticos*. Madrid: Editorial Gredos.
- Jakobson, Roman. [1956] (2005). *Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia*. [Versión de Aula de Psicoanálisis]. Recuperado de <http://www.auladepsicoanalisis.com>

- Lacan, Jacques. [1949] (2007). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos. Tomo 1*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 25ª edición.
- Lacan, Jacques. [1957] (2007). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En *Escritos. Tomo 1*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 25ª edición.
- Lacan, Jacques. [1958] (2003). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En *Escritos. Tomo 2*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2ª edición.
- Lacan, Jacques. [1981, año de la publicación de la Versión de Paidós] (2005) . *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 20. Aun. 1972-1973*. [Versión de Psikolibro, transcrita de la Versión de Paidós]. Recuperado de <http://psikolibro.blogspot.com/search/label/Obras%20Completas%20Lacan>
- Lacan, Jacques. [1984] (1998). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 3. Las psicosis. 1955-1956*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, Jacques. [1994] (1998). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 4. La relación de objeto. 1956-1957*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, Jacques. (2005a, año de la publicación virtual de Psikolibro). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 9. La identificación. 1961-1962*. [Versión de Psikolibro: transcrita de la Versión de la Escuela Freudiana de Buenos Aires]. Recuperado de <http://psikolibro.blogspot.com/search/label/Obras%20Completas%20Lacan>
- Lacan, Jacques. (2005b, año de la publicación virtual de Psikolibro). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 18. De un discurso que no fuera del semblante. 1971*. [Versión de Psikolibro: transcrita de la Versión de la Escuela Freudiana de Argentina]. Recuperado de <http://psikolibro.blogspot.com/search/label/Obras%20Completas%20Lacan>
- Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Bertrand. (1979) *Diccionario de psicoanálisis*. Madrid: Editorial Labor, 2ª edición.
- Maleval, Jean-Claude. (1981). *Locuras histéricas y psicosis disociativas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Maleval, Jean Claude. (1993). Función del escrito para el psicótico. En la revista *Samedis Psychanalytiques de Bretagne*, N° 4, p. 89-98 [Traducción por Ricardo Rojas]. Recuperado de <http://centroencontrarte.com/downloads.php?id=1057375&dld=17507&fld=63193>
- Maleval, Jean-Claude. (2002). *La forclusión del Nombre del Padre. El concepto y su clínica*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Real Academia Española. (2013). *Diccionario de la lengua española. Vigésimo segunda edición*. Recuperado de <http://www.rae.es/rae.html>

Schreber, Daniel Paul. [1903] (1999). *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires:  
Libros Perfil S.A..

Anexo #1: Ficha de evaluación de la variable “Participación en el taller”

Nombre:		Fecha:	
Taller:			Observaciones:
Asistencia:	Sí	No	
Salidas:	Sí	No	
Entradas:	Sí	No	
Resistencias:			
Actividad:			
Escritura:	Sí	No	
Admisión del tema propuesto:	Sí	No	
Exposición:	Sí	No	
Entrega del trabajo:	Sí	No	
Resistencias:			
Exposición:			
Relación con el trabajo escrito:	Sí	No	
Disgregación:	Presencia	Ausencia	
Incoherencia:	Presencia	Ausencia	
Omisiones:	Sí	No	
Volumen	Audible	Inaudible	
Entonación:	Presencia	Ausencia	
	Sostenida	Variable	
Alteraciones prosódicas:	Presencia	Ausencia	
Posición corporal			
Comportamiento:			
Disposición:	Sí	No	
Colaboración:	Sí	No	
Agresividad:	Presencia	Ausencia	
Ansiedad:	Presencia	Ausencia	
Locuacidad:	Sí	No	
Llanto:	Sí	No	
Ecolalia:	Sí	No	
Ecopraxia:	Sí	No	
Risa inmotivada:	Sí	No	
Actos o actings:			
Relación con los conductores:			

Anexo #2: Ficha de evaluación de la variable “Escritos del taller”

Nombre:		Fecha:		
Taller:				Observaciones
Estilo (predominancia):	Metafórico	Metonímico		
Contenido:				
Tema:				
Estereotipias:	Presencia	Ausencia		
Relación al tema propuesto	Sí	No		
Argumento:	Coherente	Incoherente		
Ilación:	Sí	No		
Retórica:	Descriptivo	Narrativo	Poético	Analítico
	Monológico		Dialógico	
Tropos:	Presencia	Ausencia		
Redacción:				
Estructura interna del párrafo	Coherente	Incoherente		
Estructura externa del párrafo	Coherente	Incoherente		
Gramática:				
	Coherente	Incoherente		
Alteraciones sintácticas:	Presencia	Ausencia		
Alteraciones sintácticas:	Predicado	Sujeto		
Tiempos verbales:				
Modo verbal:				
Metalenguaje	Presencia	Ausencia		
Conmutador:	Presencia	Ausencia		
Discurso citado:	Presencia	Ausencia		
Puntuación:	Presencia	Ausencia		
Espaciamento:				
Vocabulario:				
Acervo léxico:	Amplio	Restringido		
Alteraciones ortográficas:	Presencia	Ausencia		
Neologismos:	Presencia	Ausencia		
Estereotipias:	Presencia	Ausencia		
Nominación:				
Nombre propio:	Presencia	Ausencia		
Otros nombres:	Presencia	Ausencia		
Título:	Presencia	Ausencia		
Fecha:	Presencia	Ausencia		
Factor gráfico:				
Forma general:				
Caligrafía:	Legible	Ilegible		
Dibujos:	Presencia	Ausencia		